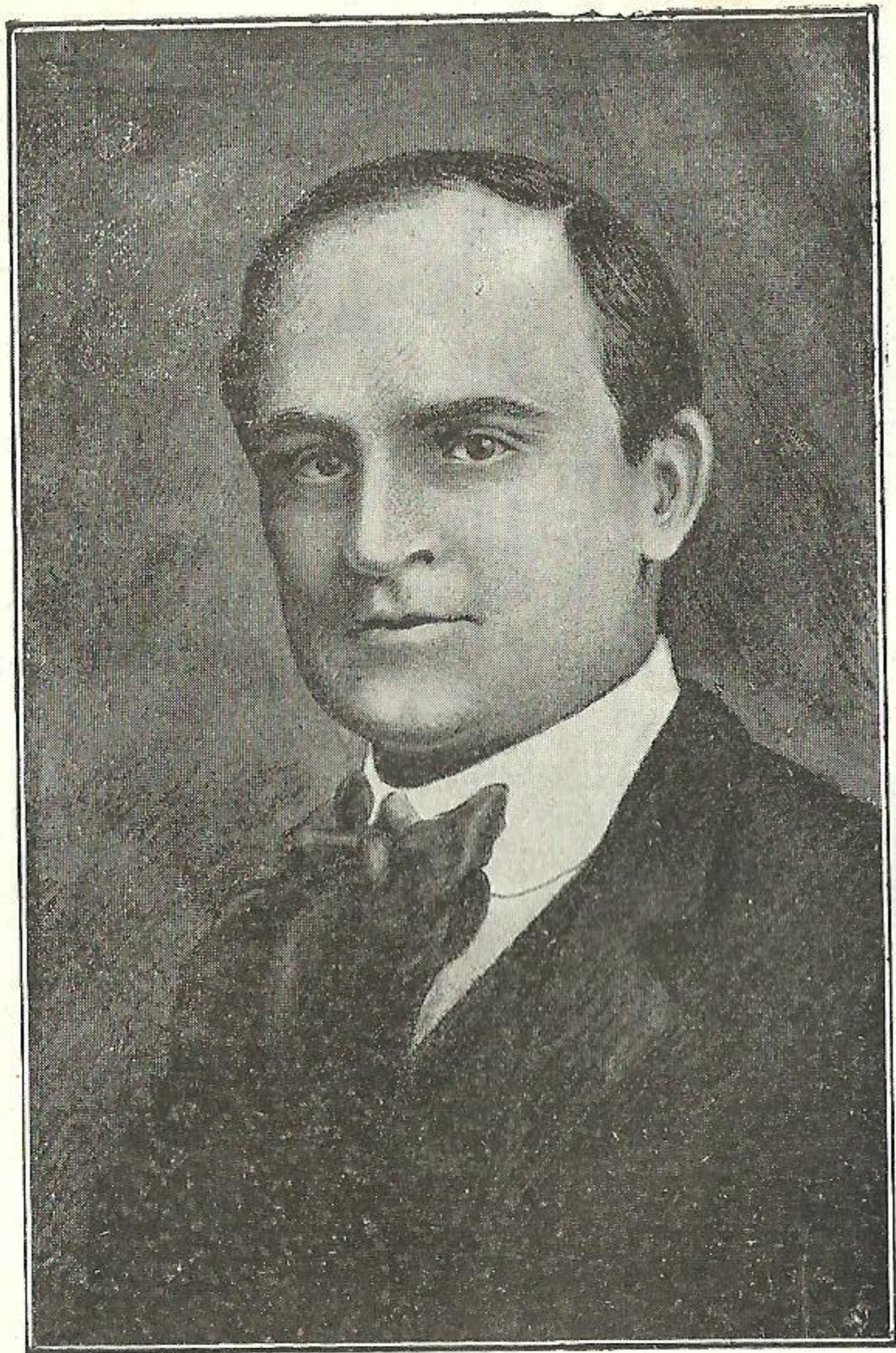


W. W. ATKINSON



La Perfección
de la Raza

FELIU Y SUSANNA
EDITORES BARCELONA



William Walker Atkinson

WILLIAM - W. ATKINSON

**LA
PERFECCIÓN
DE LA RAZA**

VERSIÓN ESPAÑOLA

DE

D. AGUSTIN DE MENA Y DEL VALLE

FELIU Y SUSANNA. — EDITORES

RONDA DE SAN PEDRO, 36. — BARCELONA

**ES PROPIEDAD. Queda hecho
el depósito que exige la ley.**

TALLERES GRÁFICOS DE FELIU Y SUSANNA

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
	CAPÍTULO I
El Ideal	11
	CAPÍTULO II
La Idea es fuerza	27
	CAPÍTULO III
La Autosugestión.	45
	CAPÍTULO IV
La vida interior	67
	CAPÍTULO V
Por la Belleza caminamos a la Perfección	67
	CAPÍTULO VI
Principios que han de guiarnos	97
	CAPÍTULO VII
Fiscalización del pasado	103
	CAPÍTULO VIII
Desenvolvimiento.	121

	<u>Págs.</u>
CAPÍTULO IX	
En busca de la felicidad	131
CAPÍTULO X	
La imaginación es el mejor auxiliar para la perfección de la Raza	143
CAPÍTULO XI	
La Educación de los Sentimientos	156
CAPÍTULO XII	
Hábitos e inclinaciones	170
CAPÍTULO XIII	
El Arte y el buen gusto coadyuvan a la perfección de la Raza	179
CAPÍTULO XIV	
El cultivo del Espíritu	219
CAPÍTULO XV	
La influencia de la escuela	237
CAPÍTULO XVI	
La Educación del Carácter	247

EL IDEAL

La perfección de la raza debe empezar por la perfección del individuo. — El pensamiento gobierna al mundo. — Todas las cosas son reflejos de las imágenes mentales. — Sin el Ideal, sin la imagen de lo que se desea, no se realiza el deseo. — La creación del Ideal ha de hacerse por Autosugestión. — El consciente y el inconsciente son, unidos, los grandes creadores del Ideal.

CAPITULO I

El Ideal

En este libro nos proponemos ocuparnos de las posibilidades de la Perfección de la Raza.

La perfección de la raza ha de comenzar por la perfección del individuo. Esperar a que la humanidad se perfeccione, para perfeccionarnos nosotros, equivaldría a pretender construir una casa por el tejado.

Tan sólo el hombre indolente mental y corporalmente, puede aguardar la perfección en esa forma, que, si pudiera ser, resultaría indudablemente cómoda y fácil; pero no puede ser, desgraciadamente para esa categoría de seres, y es preciso que cada uno y todos contribuyamos con nuestro esfuerzo a esa perfección comenzando por conseguirla para nosotros mismos, o cuando menos laborando con

perseverancia para alcanzarla en aquel grado a que podamos llegar.

Cierto es que existe una ley de evolución que paso a paso nos conduce a la perfección; pero en nuestras manos está acelerar la marcha de esa evolución; y dar los medios al lector, es lo que nos proponemos en este libro que no es un argumento en pro, sino una aserción. Lo que aquí se dice puede comprobarlo todo ser razonable con su buen sentido.

Toda la filosofía que aquí se encierra queda reducida a aseverar que la conducta moral debe ser precedida de pensamientos morales. El Pensamiento gobierna al mundo. Los individuos, las comunidades y las naciones son lo que son debido al predominio de ciertos pensamientos.

De lo Ideal nace lo real. El que no quiere remover el mundo, necesita dirigir su pensamiento hacia esos fines. En todos los sectores del esfuerzo humano los mejores resultados son siempre los de mayor fuerza del ideal. Aspirar a la perfección es haber dado un gran paso hacia ella.

En otros libros anteriores hemos afirmado la importancia de la pintura mental y que la Imaginación es el poder creador. Ahora queremos intensi-

ficar este pensamiento añadiendo que: *Todas las cosas son reflejos materiales de imágenes mentales.*

¿Qué otra cosa son el cuadro del pintor, la estatua del escultor, el drama del poeta, el edificio del arquitecto, la máquina del ingeniero?

Sin el ideal, sin la pintura mental, esas obras no se hubieran producido.

¿Qué es lo real y qué es lo ideal? ¿Qué es lo transitorio y qué es lo permanente? ¿Cuál es la Verdad y cuál es la ilusión? ¿Qué es *la* cosa y qué es *el* reflejo? El fuego, el agua, el descuido destruirán la pintura, la estatua o el palacio, pero la idea no puede ser destruída. La cosa eterna por lo tanto es la Idea; lo transitorio es su reflejo en el sentido material. Lo que existe eternamente es lo no visto y permanente, el Ideal, creado por la Mente Humana con Ideas Divinas.

Sin Ideal no hay progreso posible, por la razón de que nada se hace sin que el pensamiento lo preceda. Ver mentalmente los capullos es crearlos, y no tan sólo florecerán en el reino eterno sino también en la vida objetiva. Únicamente pierden belleza cuando son comparados con sus reflejos en el reino de la destrucción y de la muerte.

El Creador, la Mente, es superior a lo creado, las cosas, y la creación es lo que el creador más perfectamente ha creado. Generalmente damos más importancia a las apariencias, a las creaciones, a las cosas.

Emerson ha dicho:

“Las cosas son los lomos sobre los que cabalga la humanidad.”

Mazzini, el patriota italiano y hombre de Estado, ha dicho a sus conciudadanos:

“Amor y reverencia al Ideal que es la patria del Espíritu y la ciudad del Alma.”

Y en ninguna otra patria puede vivir la Mente Humana. La Imaginación es el “hogar del Alma”. No hay felicidad sin Ideal. La Esperanza vive en él y la Paz hace su habitación en el Ideal. De él vienen todas las manifestaciones del Pensamiento. El hombre es creador a través del pensamiento. Su mejor obra es la que no se ve. El material que emplea son las ideas divinas; su instrumento la Imaginación y el producto los Ideales, entre los cuales vive el hombre, pues son ellos nuestros únicos compañeros, y sólo gozamos o sufrimos con arreglo a las creaciones de nuestra mente.

La vida, el mundo, las condiciones, todo cuanto nos rodea no es más que lo que de ello pensamos; y son para nosotros lo que nuestros Ideales quieren que sean. Es muy importante que nos demos cuenta exacta de esto, pues nuestra salud, felicidad y bienestar depende de lo que efectúa nuestro poder creador.

Dar realidad a lo que poseemos y lo que hacemos ya sea conscientemente o inconscientemente, creando cada condición es para nosotros llegar a ser creadores *conscientes* en todo momento, lo mismo que creando Ideales a nuestro deseo y concentrándolo en ellos, los transformamos en actualidades materiales.

¿Y de qué medios nos valdremos para la creación de esos Ideales?

Sólo existe uno: la Autosugestión.

Por la Autosugestión somos lo que queremos, y que la sabiduría popular conocía esta verdad lo revela el hecho de que en todas las lenguas existe el proverbio: “el que quiera ser Papa que se lo meta en la testa” o alguno equivalente.

Ignoraría el que lo creó lo que era la Autosuges-

ción, pero indudablemente sus efectos le eran conocidos.

Los grandes progresos que últimamente han hecho los estudios psíquicos, nos han conducido a la conclusión de que la sugestión es un hecho corriente que se observa sobre todo en la vida ordinaria; es una idea que se transforma en realidad gracias a un trabajo subconsciente (de la Consciencia Interna).

Para evitar equívocos, conviene no confundir la ciencia psíquica con la psicología (filosófica) por una parte, o con la fisiología (biológica) por otra, pues la ciencia psíquica (ciencia de la psiquis, llamada también inconsciente, subconsciente, yo subliminal, cuerpo astral, etc.) nada tiene que ver ni con la filosofía ni con la fisiología, lo cual no impide, desde luego, que la ciencia psíquica tenga concomitancias con la filosofía y la fisiología, pero por vía de consecuencias, no de principios.

En realidad, como ha dicho un conocido escritor contemporáneo, para estudiar la ciencia psíquica hay que empezar por echar la llave a la biblioteca filosófica y fisiológica. La ciencia psíquica no tan sólo es antifisiológica con relación a la medicina

clásica, sino también antiintelectualista a la manera búdica y bergsoniana. Estamos lejos de la ciencia oficial. Sin duda es preciso ser intelectual para emprender el estudio analítico y objetivo de los fenómenos; pero en los ejercicios prácticos, o experiencias, el método es antiintelectualista, puesto que se trata de explotar la "fuerza inconsciente" del universo que existe en nosotros en el estatuto individual de la psiquis de cada uno.

No es nuestra intención dar en este libro un curso completo de ciencia psíquica que por sí solo exigiría un volumen de muchas más páginas, pero para el mejor aprovechamiento de esos conocimientos al fin que nos proponemos daremos lo esencial comprobado por la experiencia.

El espíritu humano es doble. Existe el yo consciente (Consciencia externa) y la subconsciencia (Consciencia interna). Como estas dos partes son distintas y separables, se las puede estudiar analíticamente para conocer las leyes de su funcionamiento cuando están asociadas y van una tras otra en el uso de la vida espiritual normal.

En nuestro libro *La Consciencia Interna*, hemos hablado de la ley del *esfuerzo invertido*, bautizada

así por el profesor de la Universidad de Ginebra M. Baudouin, según la cual ley, “siempre que exista conflicto, lucha, entre la imaginación y la voluntad, el triunfo será de aquélla”.

¿Quiere decir esto que la voluntad carezca de importancia? Sería un error suponerlo.

Por el contrario, la voluntad es la directora, es la que propone el fin que se desea alcanzar, pero una vez propuesto debe inhibirse para que la imaginación lo lleve a cabo.

El inconsciente labora por orden y mandato del consciente, cuando se le sabe dirigir.

El doctor Mornier-Williams ha dicho:

“El inconsciente es en gran parte lo que el consciente hace de él y la imaginación inconsciente no es más que una simple reproducción de los pensamientos de la imaginación subconsciente; en otros términos: el inconsciente es ante todo y sobre todo memoria, memoria que es impecable, pues si nuestra inspiración consciente produce sin cesar pensamientos indeseables, forjando continuamente una cierta autosugestión consciente y registrando sin descanso la imagen de ese pensamiento en esa parte del espíritu en que se encuentran las imágenes de las cosas,

es decir en el inconsciente, un día u otro éste empleará esas imágenes, esas impresiones mentales por sí mismo. En una palabra, vuestra reserva de recuerdos reproducirá ese mismo pensamiento indeseable y lo pensará sin advertirlo.

“Entonces es cuando el inconsciente os conduce debido a la sugestión inconsciente. Habéis perdido el dominio de vosotros, pues vuestro inconsciente elige vuestros pensamientos y vuestras emociones por vosotros, hasta el punto de que sentís miedo sin pensar conscientemente en el miedo, que no podéis dormir sin pensar en el insomnio. Así, pues, los malos pensamientos inconscientes son en realidad malos pensamientos conscientes que el consciente ha olvidado, pero de los que, por desgracia, se acuerda el inconsciente. Hemos perdido el dominio de esos pensamientos, y nuestro inconsciente los elige por nosotros.

“El remedio está en elegir conscientemente nuevos pensamientos; pensamientos que nos sean beneficiosos y esos pensamientos podemos permitir sin temor que el inconsciente los recuerde para nuestro mayor bien.”

“Este método es el que se ha llamado “el dominio

de sí mismo por la autosugestión consciente” y consiste en dar a nuestra imaginación consciente un medio que impida a la imaginación inconsciente que nos perjudique en lo sucesivo.”

Así, pues, la voluntad sigue ejerciendo su importantísimo papel; pero como alguien ha dicho: “sin la fe la voluntad es vencida”. ¿Por qué? Porque si la fe falta, falta la voluntad.

Crear en la Perfección de la Raza, pensar en la Perfección de la Raza, es desearla, y creyendo en ella, pensando en ella, deseándola, es ponerse en camino de obtenerla.

Todos sabemos que el espíritu del hombre tiene su origen en una vida más profunda, más amplia, en algo bienhechor que puede ayudarle aun durante el sueño, algo que puede cuidarlo y defenderlo mejor que pudiera hacerlo él mismo.

Y estas ideas no son el producto de cerebros exaltados, sino que están en completo acuerdo con la marcha y el principio de la evolución humana.

¿Cómo la amiba se ha convertido en un Shakespeare o un Wat Witman? Al presente sabemos que los grandes hombres como los vulgares han tenido en el comienzo de los siglos organismos unicelulares;

y cuando hoy se estudian en el microscopio los procesos maravillosos de la vida celular, se siente el investigador en presencia de un gran misterio, uno de esos misterios de los que todavía no se es capaz de sondear toda su profundidad.

¿Cuál es, pues, la naturaleza de ese poder que obrando desde el comienzo de la aparición de la vida, ha producido al fin los hombres y mujeres tales como hoy son? Porque nosotros somos el producto de un pasado casi infinito. Si un poder ha estado obrando de ese modo a través de las edades, si partiendo del organismo unicelular primitivo al fin ha llegado al hombre, no olvidemos que ese principio evolutivo primitivo no está agotado y se halla siempre en activo.

Y lo que todavía puede parecer más sorprendente es que el hombre ha llegado actualmente en su desarrollo a un grado que le permite emprender en gran escala la dirección de sus propios destinos con el ejercicio de su pensamiento reflexivo, y más especialmente por lo que ahora se llama la Autosugestión.

La Escuela francesa proporciona numerosos hechos auténticos que prueban la existencia de ese

principio en las profundidades de nuestra Consciencia Interna, y nos ofrece la fórmula de un llamamiento a ese poder inmanente, dejándolo obrar a su guisa.

Esta fórmula aparentemente sencilla y sin pretensiones encierra una más alta filosofía que aquella para que la humanidad estaba preparada: en realidad no es nada menos que el evangelio de la divinidad del hombre.

Quedan todavía por descubrir las vastas posibilidades de ese poder latente, que es un principio de Conjunto, de Harmonía, de Felicidad.

Todo en la vida depende de un principio de Unidad. Podemos, en efecto, soñar que con razón en una edad futura, los conflictos y las luchas crueles cesarán. Empezaremos a ver mucho mejor que antes que ninguna nación, que ningún individuo puede en definitiva vivir a expensas de otro... Las investigaciones biológicas más recientes han demostrado que el verdadero progreso no consiste, como por tanto tiempo se ha supuesto, en la lucha por la vida y por la supervivencia de los más aptos, lucha en la cual unos se apoderan de todo sin dar nada,

sino en lo que ahora se llama la simbiosis o cooperación, confraternidad, unidad.

La Autosugestión, por la filosofía que encierra, nos ofrece una vista sublime de un gran poder creador en los vastos universos. Pero no basta con ver una gran posibilidad, un gran ideal, y dejar que permanezca en las nubes. Hay que hacerlo descender a la tierra y aplicarlo pacientemente cada día. Debemos tener siempre presente la visión de ese Ideal en nuestra imaginación y esta misma visión tenderá por sí misma, por su propia actividad creadora inherente a convertirse en realidad; pues lo que *imagina* y no lo que se *quiere* es lo que se realiza.

Gracias a estos principios, podemos descubrir en nosotros impulsos y fuerzas que aguardan su desarrollo, facultades en relación con una vida más elevada, pues estamos en marcha hacia una evolución que es la que nos ha de conducir a la Perfección de la Raza.

II

LA IDEA ES FUERZA

La idea es un comienzo de acción.— El poder de la imaginación.— La fuerza motriz de la idea está en relación con el elemento efectivo a que va unido.— La importancia de la sensibilidad.— En la lucha entre varias ideas vencen aquéllas que con el concurso de la sensibilidad inclinan a su favor toda la actividad mental.— Asociación de ideas.— Asociación de movimientos e ideas.— El automatismo mental a que estamos sometidos puede encauzarse, por la Autosugestión, en beneficio de la Perfección de la Raza.

CAPITULO II

La Idea es fuerza

Hemos visto en el capítulo anterior como por Autosugestión se crea el Ideal, y aunque más de una vez ha tratado el autor sobre la fuerza del pensamiento y en muchos de nuestros libros se desarrolla este principio, hemos de insistir ahora sobre el alto valor dinámico de la Idea o Pensamiento, antes de entrar en el método que hay que seguir para aplicarlo a la consecución de nuestro objetivo que es en estas páginas La Perfección de la Raza.

“La idea, como ha dicho un escritor muy conocido, es una fuerza y por lo tanto un comienzo de acción” y de ningún modo debe asimilarse a una simple representación, a una imagen pasiva de las cosas, pues es a la vez “emoción, apetito y movimiento”; implica siempre, en diversos grados, una

actividad que tiende a desplegarse, un poder que tiende a pasar a acto y a mover el cuerpo.

La acción de la idea sobre nuestros órganos es real y efectiva y millares de hechos de observación diaria lo comprueban.

De todo el mundo son conocidos los efectos del *vértigo*.

“El mayor filósofo del mundo, dice Pascal, puesto sobre una plancha, por grande que sea, si hay debajo un precipicio, aunque su razón le convenza de su seguridad, temerá en pasar por ella, porque prevalecerá su imaginación. Muchos no podrían pensar en ello sin palidecer y sudar.”

Solo la vista de un precipicio suscita, en efecto, en nosotros la idea de una caída posible, y esta idea, por su propia fuerza, nos inclina a caer.

El célebre experimento del *péndulo* de Chevreul no es menos concluyente.

Si cogemos un péndulo en la mano, vemos que basta pensar en sus movimientos posibles para que en seguida se produzcan estos movimientos; todavía más: vemos aumentar la amplitud de estas oscilaciones en cuanto la seguimos con la mirada, aumen-

tando entonces la percepción la vivacidad de nuestra representación interior.

Por una acción análoga de la idea o de la imagen sobre el organismo se explican los movimientos de la *varita adivinadora* y los de las *mesas giratorias*, de que tanto se han ocupado en otro tiempo. La espera de un movimiento, y de un movimiento en determinada dirección, provoca en los dedos una multitud de vibraciones inconscientes que se trasmiten a los objetos y los hacen moverse.

Se ha hablado mucho en nuestros días del poder maravilloso que tienen ciertas personas para *adivinar nuestros sentimientos y nuestros pensamientos*, sin más que cogernos la mano. Si este poder es real, es una nueva prueba de la fuerza motora de las ideas, pues las vibraciones que ocasionan y por las cuales se traducen pueden percibirse directamente.

Finalmente señalemos los resultados a que han llevado los recientes estudios sobre la memoria: estos estudios han establecido que la memoria, haciendo revivir nuestros estados psíquicos pasados, hace revivir al mismo tiempo, con más o menos intensidad, sus condiciones orgánicas primitivas.

“No podemos, dice M. Joly, acordarnos de un aire musical sin que una especie de ondulación debilitada parezca todavía hacer vibrar en nuestro oído como un eco lejano, hasta el punto de que marcan el compás movimientos imperceptibles de la cabeza y del cuerpo.”

Cuando recordamos un sabor desagradable, el órgano del gusto puede afectarse tan formalmente, que se produzcan náuseas; por el contrario, “sentado delante de un buen plato, dice M. Taine, un glotón siente de antemano su gusto exquisito: la imagen del sabor que se espera equivale a la sensación del sabor presente; la semejanza va tan lejos que, en ambos casos, las glándulas salivares segregan en el mismo grado.

Se ha comprobado que el recuerdo vivo de una herida antigua y ya cicatrizada puede llegar hasta irritar fuertemente la piel y aun hasta hacer que corra la sangre.

Laura Bridgeman que ha aprendido el lenguaje sólo con ayuda del tacto, mueve constantemente los dedos cuando se entrega a una meditación un poco prolongada. Las mismas observaciones se han hecho a propósito de la vista y del olfato, observaciones

que nos conducen todas a la misma conclusión, a saber: que no se produce ni un solo fenómeno psicológico que no tenga su eco en el organismo.

La ley que acabamos de exponer debe relacionarse con la ley siguiente, que la ilustra y la completa: *La fuerza motora de la idea varía según el elemento afectivo a que va unida.* Quizá ninguna ley, desde el punto de vista pedagógico, tiene un alcance mayor, yendo, como va, a la cabeza de todos los demás influjos en el niño, el de la sensibilidad.

Este influjo se afirma por una multitud de efectos. Ante todo ¿no es un hecho de experiencia, observado por todos, que sólo la idea que nos interesa es capaz de provocar una atención sostenida?

La que no va acompañada de ninguna emoción es una llama que alumbra, pero no calienta; puede mostrarnos el fin que hay que alcanzar, sólo nos impulsa débilmente a perseguirlo. Por esto es por lo que tantas ideas atraviesan nuestro espíritu sin dejar en él trazas duraderas, simples huéspedes de paso que no tratamos de retener; por esto es tan difícil instruir y convencer a aquellos cuyo corazón es insensible.

“Es preciso confesar, dice sensatamente Fenelon,

que, de todos los trabajos de la educación, ninguno es comparable al de educar niños que carecen de sensibilidad; todos sus pensamientos son distracciones; oyen todo y no sienten nada.”

Porque carecen igualmente de sensibilidad es por lo que se agotan tantos hombres en vanos proyectos que no realizan nunca.

En ellos se verifica una lucha continua, en que las ideas más opuestas son sucesivamente vencedoras y vencidas, sin llegar a ninguna resolución definitiva. Pero que intervenga de repente el amor propio, la ambición, la indignación o la cólera, y en seguida, bajo el impulso de estos sentimientos, la actividad se despierta y desaparece toda indecisión.

Lo propio de la emoción es, en efecto, apresurar el trabajo de la deliberación produciendo el triunfo de una idea dominante y aprovechándose de toda la actividad cerebral.

Creemos que hay que explicar de la misma manera, es decir, por una insensibilidad relativa, estas contradicciones tan frecuentes que la malignidad pública se complace en señalar entre las opiniones de los hombres y su conducta.

Consideremos, por ejemplo, a los moralistas: ¿qué

son para algunos de ellos las ideas del bien, del derecho y del deber, cuyos caracteres esenciales todos analizan cuidadosamente? Simples nociones abstractas, sobre las cuales razonan como razona el matemático sobre los números y las figuras, preocupados, ante todo, del sistema que defienden y de los argumentos que lo apoyan. Sus creencias, puramente intelectuales, carecen de calor y de vida; por esto no tienen eficacia.

¡Qué diferentes las creencias coloreadas y vivificadas por un sentimiento profundo! Estas son las que producen todos los héroes y todos los mártires, las que permiten afirmarse al genio, cuando no lo crean, finalmente, las que dan a la luz quizá lo más admirable que hay: los milagros de la caridad. Es, pues, del corazón de donde vienen las grandes acciones, lo mismo que los grandes pensamientos.

Se comprende por esto que Spencer haya sostenido que son los sentimientos, y no las ideas como decía Bacon, los que rigen el mundo. La verdad es que el mundo marcha hacia el objeto que le muestran las ideas, sostenido y fortificado por el poder eficaz del sentimiento.

Sin embargo, de estas consideraciones no se po-

dría deducir que la acción de la sensibilidad se manifieste siempre de una manera uniforme, por un impulso dado a la actividad.

Observemos en primer lugar que, entre nuestras emociones, no son las sensaciones brutales las que obran más poderosamente sobre nosotros, sino que son los sentimientos que envuelven una representación intelectual, imagen o idea más clara y más precisa.

En segundo lugar, la experiencia diaria nos prueba que el sentimiento mismo, en lugar de excitar la actividad, la paraliza con frecuencia, así como perturba el pensamiento en lugar de ilustrarlo.

Esto es lo que sucede generalmente cuando es excesivo y se despierta súbitamente.

Muchos médicos que dan prueba de una sangre fría extraordinaria y de una habilidad maravillosa cuando prodigan sus cuidados a extraños, parecen perder toda su seguridad y toda su lucidez de espíritu cuando la enfermedad ataca a los que ellos aman. En presencia de un peligro que amenaza a sus hijos, y que el menor esfuerzo bastaría a conjurar, se han visto madres desoladas, aniquiladas e incapaces de auxiliarlos.

El sentimiento hasta puede, en ciertos casos, producir una perturbación tan profunda que ocasione la muerte: la alegría produce miedo y mata, como el dolor, cuando es muy brusca y muy viva, y estos esfuerzos son siempre de temer para aquellos cuya vida transcurre tranquila y regular, sobre todo, cuando en ellos predomina el sistema nervioso sobre el sistema muscular.

Todavía hay más: ciertos sentimientos, cualquiera que sea por otra parte su intensidad, presentan siempre un carácter depresivo que embota en nosotros la energía y que retarda la acción: tales son los sentimientos de desconfianza y de temor.

Tal es, en una palabra, el miedo, cuyos efectos son tan conocidos.

Cuando el miedo se apodera de nosotros, se perturban los movimientos del corazón, se oscurece la inteligencia, los resortes de la voluntad se aflojan; muchos fracasos de la vida no tienen otra causa: el temor de ser vencidos apresura nuestra derrota. Por el contrario, los sentimientos de confianza y de esperanza facilitan nuestro buen éxito centuplicando nuestras fuerzas.

Se ha dicho con razón que la fortuna favorece a

los audaces, y es que, en efecto, los audaces sacan de la seguridad de vencer el valor que les permite perseguir sin desfallecer el fin que se han propuesto.

Como se ve, entre todas nuestras ideas—que son fuerzas—o mejor todavía entre todos nuestros estados de consciencia, *hay lucha por la vida* y selección natural como se ha dicho que existe entre los seres vivos.

Sólo dominan las ideas que son bastante poderosas por sí mismas o por el concurso de la sensibilidad, para inclinar a su favor, aunque sólo sea por un instante, toda la actividad mental.

Si se pudiese realizar el estado de monoideísmo perfecto, la ejecución de un acto seguiría siempre inmediatamente a su concepción, y ya hemos visto que así ocurre con frecuencia en los niños, pero en el estado de polideísmo, que es el estado ordinario del espíritu, ocurre de otra manera.

La consciencia es teatro de un conflicto incesante del que sólo nos damos cuenta en el momento de la deliberación.

De este conflicto, cuando se prolonga, salen todas esas dudas de la voluntad a que corresponden la in-

decisión de nuestra conducta y la incoherencia de nuestros actos.

El carácter propio de cada uno de nosotros, el fondo de tristeza que se nota en unos, de alegría en otros, se debe únicamente a la prolongación de un estado de consciencia que han contribuido a hacer predominante, ya las circunstancias exteriores, ya la constitución de nuestro organismo, favorecidas o no por la voluntad.

Una última ley sobre la que tratamos de llamar la atención, dado el fin que perseguimos aquí, es la que se designa ordinariamente con el nombre de *ley de asociación de las ideas*, pero que, en realidad es la ley de todos los fenómenos mentales y de todos los movimientos orgánicos.

Así, podemos considerarlos desde tres puntos de vista diferentes.

En virtud de esta ley, *dos fenómenos distintos, ideas, emociones o voliciones, que se han encontrado juntos o que se han sucedido inmediatamente en la consciencia, tienden a evocarse mutuamente.*

El nombre de Stuart Mill evoca en mí el recuerdo de Avignon, donde murió; el recuerdo de Avignon, la imagen del castillo de los Papas, luego la de la

virgen de Pradier que se encuentra allí, y así sucesivamente.

De igual modo, las ideas completamente opuestas, y a primera vista sin ninguna relación de contigüidad, ni en el tiempo ni en el espacio, pueden unirse de repente en mi espíritu si se han encontrado envueltas, aunque en épocas diferentes, en un mismo estado afectivo, agradable o doloroso.

Esta ley es, por otra parte, una de las más conocidas hoy día y de las más claramente demostradas.

Hemos añadido que se aplica igualmente a los movimientos orgánicos. En efecto, *estos se evocan y se llaman como nuestros estados de consciencia y en las mismas condiciones*: parece que en ambos casos los fenómenos están ligados como los eslabones de una cadena.

Así se explica que ciertos obreros puedan ejecutar trabajos manuales muy complicados aun pensando en otra cosa; que el soldado continúe una maniobra comenzada aunque haya recibido la orden de interrumpirla; que escribamos a veces un nombre en lugar de otro que comience por las mismas letras, pero que nos es más familiar. Los primeros movimientos de la mano llaman a los que los han

seguido ya, y sólo por un esfuerzo de voluntad podemos impedir que se produzcan.

Finalmente, esta asociación que acabamos de consignar entre ideas y movimientos se establece de la misma manera entre *movimientos e ideas*.

Si los mismos estados íntimos se traducen de ordinario por los mismos movimientos, es, sin duda, menos en virtud de una asociación propiamente dicha, en el sentido preciso que se da casi siempre a esta palabra, que por una unión universal y necesaria; podemos en efecto considerar como probada esta ley formulada por Carlos Bell: que toda emoción o toda pasión tiende a traducirse por un movimiento expresivo, que es precisamente el comienzo de la acción que se necesitaría para alejarla si es dolorosa, prolongarla si, por el contrario, es agradable, pero no siempre ocurre así cuando interviene la reflexión.

Bajo el influjo de los prejuicios, la expresión de nuestros pensamientos se transforma poco a poco, según los tiempos y los medios; hemos sustituido las señales que en otro tiempo revelaban espontáneamente nuestros sentimientos por señales artificiales cuyo uso nos enseña la educación.

Por ejemplo: ¡con cuánta diferencia se expresan en los diversos países de nuestros días la deferencia y el respeto!

Ahora bien, entre estas señales nuevas y sus causas mentales se forma gradualmente una asociación que las hace cada vez más inseparables; por esto es tan instructiva la observación atenta de las personas que nos rodean; su actitud, sus gestos habituales, el juego de su fisonomía pueden suministrarnos las indicaciones más preciosas sobre su carácter.

Ahora podemos invertir la proposición y decir que *los mismos movimientos del cuerpo tienden a despertar, por asociación, los mismos estados de espíritu*. Es una verdad vulgar que ciertas actitudes favorecen más especialmente la producción de ciertos pensamientos; por ejemplo, adoptar la del hombre reflexivo o colérico es disponerse de antemano al recogimiento o a la cólera.

Pascal lo había comprendido bien. “Tomad agua bendita, decía a los incrédulos de su tiempo, y encontraréis la fe”; en efecto, las muestras exteriores de la piedad la revelan insensiblemente a nuestros corazones.

De igual modo ¿no sabemos cuánto influyen por

fortuna sobre el curso de nuestras ideas y la naturaleza de nuestros sentimientos la obligación que tenemos por nuestras profesiones diferentes de vigilar con cuidado nuestros gestos, nuestras palabras, nuestro aspecto? En cuanto a la razón última de estas asociaciones diversas y de su fuerza más o menos grande, se encuentra en la tendencia de nuestra actividad a desarrollarse cada vez más y con el menor esfuerzo posible, por las vías que se ha trazado ya; se encuentra también en la estrecha solidaridad que existe entre lo físico y lo moral: la vida mental y la vida orgánica no son, en efecto, como las representan algunos filósofos, semejantes a dos ríos cuyas ondas corriesen paralelamente unas sobre otras, sin ejercer el menor influjo; se parecen más bien a dos corrientes que probablemente no se mezclan nunca, pero que se favorecen o se perjudican modificándose sin cesar.

Lo que se desprende del simple enunciado de estas leyes es que estamos sometidos a una especie de automatismo fisiológico y mental, cualesquiera que sean el papel y el poder de la voluntad; ahora, este automatismo mismo es el que queremos estudiar

más de cerca, analizando bajo sus diferentes formas los fenómenos de la sugestión para que, conocida ésta en todo su valor nos proporcione los medios deseados para conducirnos mediante ella a la Perfección de la Raza.

III

LA AUTOSUGESTIÓN

La Autosugestión consciente y la Autosugestión inconsciente.— Las influencias exteriores modifican nuestros estados de consciencia, como autosugestiones pasajeras.— La vanidad es fecunda en autosugestiones ingeniosas.— El papel importante que la Imaginación desempeña en nuestra vida.— La paramnesia.— La Autosugestión crea estados morbosos, pero los crea así mismo beneficiosos para el hombre.

CAPITULO III

La Autosugestión

Ante todo es preciso distinguir la Autosugestión consciente de la Autosugestión inconsciente, o para explicarnos en otros términos, aquella en que conservamos el dominio de nosotros mismos de la otra en que lo hemos perdido.

Hemos dicho ya en el capítulo I que ésta puede ser nociva y la otra es siempre beneficiosa, por cuanto es nuestro juicio, nuestra inteligencia la que ordena a los duendecillos (1) de nuestra Consciencia Interna, la labor que han de realizar.

Aunque en estos últimos tiempos se han estudiado los efectos de la Autosugestión de un modo sistemático, en todo tiempo han sido conocidos.

Por sugestión se ha entendido la inspiración de

(1) Véase la *Consciencia Interna*.

una creencia cuyos verdaderos motivos no vemos y que con mayor o menor energía tiende a realizarse por sí misma.

Cuando las causas que provocan la sugestión están en nosotros mismos, toma el nombre de Autosugestión.

Los fenómenos que designamos aquí con este término general, son a veces tan sorprendentes y su influjo en la vida es tan grande, que los moralistas, desde muy antiguo, se han complacido en describirnoslos.

Para comprender bien su naturaleza y su carácter esencial, examinemos lo que se verifica en nosotros cuando en un ensueño fijamos la mirada por un instante sobre los dibujos de un tejido, las flores de una cortina, los arabescos de un monumento.

Al principio, ninguna diferencia hay entre la percepción de estos objetos y nuestras percepciones ordinarias; pero en seguida, como bajo la acción invisible de un mago maravilloso, el espectáculo se transforma; nuevas imágenes surgen ante nuestros ojos; esta flor representa una cara, esos puntos unos ojos brillantes... y la ilusión es a veces tan grande, que más tarde, cuando se reproduce la percepción

primera, se renuevan las mismas metamorfosis. Muchas gentes saben por experiencia que les es imposible, aun después de una larga ausencia, volver a ver tal o cual roca de sus montañas sin que en seguida se dibuje ante su vista la silueta del gigante que su imaginación de niño veía allí en otro tiempo.

Ahora bien, estas trasformaciones que sufren nuestras percepciones, pueden experimentarlas igualmente nuestros sentimientos y nuestras ideas.

De igual modo que hace poco las líneas y los colores parecían abandonar su destino primitivo para formar otra imagen cada vez más precisa, así nuestras ideas, aunque fuesen diferentes, se van adaptando cada vez más a juicios que en otro tiempo parecían contradecir.

Entonces se forman, por un trabajo más o menos rápido, pero de ordinario inconsciente, sentimientos y opiniones a que se subordinan todas nuestras emociones y todos nuestros pensamientos; son otros tantos prismas a través de los cuales vemos las cosas y de los cuales se matizan todos nuestros estados de consciencia. Por ellos se explica lo más a menudo nuestra manera de concebir y de comprender la vida.

Es difícil descubrir bajo qué influjos precisos se nos sugieren estos sentimientos y estas creencias por no poder guiarnos aquí la consciencia; nadie duda, sin embargo, de que muchos de ellos tienen su origen en el estado mismo de nuestros órganos. La experiencia, en efecto, nos prueba frecuentemente que las menores alteraciones en nuestras funciones orgánicas bastan para cambiar el carácter de nuestros pensamientos y a conmover nuestras resoluciones más firmes: de aquí los fenómenos de "refracción moral", tan bien descritos por Maine de Biran, esos pasos súbitos del entusiasmo a la desconfianza, de la alegría a la tristeza, de la actividad a la inercia: los trabajos que nos ocupaban, bruscamente nos desagradan; nuestros proyectos más decididos nos parecen meras quimeras; hace poco una voz nos sugería los medios de ponerlos en práctica, ahora otra nos sugiere las razones para abandonarlos, y sin embargo, su valor es el mismo.

¿De dónde viene este cambio?

Quizá sencillamente de la fatiga física que nos invade, del alimento que hemos tomado, del aire menos puro que respiramos... Pero estas sugerencias son pasajeras como las causas que las producen;

muy diferentes son las que provienen de la naturaleza de nuestro temperamento y de la acción latente y continua que ejerce sobre nuestras facultades mentales. Según que se es sanguíneo, nervioso, linfático o bilioso, nos sentimos más especialmente inclinados a la benevolencia y al placer, a la violencia y a la tristeza, a la blandura y a la indiferencia, a la malevolencia y a la envidia. La enfermedad y la salud influyen sobre todos nuestros juicios y nos predisponen, ya al pesimismo que exagera los defectos de los hombres y de las cosas, ya al optimismo que los atenúa.

Nuestro grado de sensibilidad, la vivacidad de nuestras pasiones, el predominio en nosotros de tal o cual inclinación adquirida o innata, tienen efectos más aparentes todavía, si no más duraderos; por esto son más conocidos generalmente.

¿No hablamos a cada instante de las sugerencias del egoísmo, de la cólera, del amor y del odio, de las sugerencias del amor propio y de la vanidad?

En efecto, estas sugerencias son tan frecuentes que chocan a todo el mundo; cuando nuestro interés está de por medio ¿con cuánta habilidad no sabemos refutar las objeciones de la conciencia, jus-

tificar nuestras resoluciones menos excusables, oponer a los motivos de la razón motivos que la combaten y disculpar todos nuestros actos?

“El interés, observa sensatamente Pascal, es un maravilloso instrumento para sacarnos los ojos agradablemente.”

La pasión en este punto no es un instrumento menos notable, porque, como ha dicho un escritor muy conocido, “con frecuencia hace un loco del hombre más cuerdo y convierte en cuerdos a los más tontos”. Tan pronto trasforma en cualidades buenas los defectos más llamativos, como en defectos las cualidades más raras; por esto se ve siempre a los enemigos defender sus prevenciones y a los amantes alabar siempre su elección.

Se sabe, finalmente, cuán fecunda es la vanidad en sugerencias ingeniosas, y con qué arte La Rochefoucauld nos descubre las astucias y las “flexibilidades” del amor propio, “sus insensibles vueltas y revueltas” para excusar “sus errores y sus ignorancias del asunto”.

Que se recuerde la desgraciada aventura del Gil Blas tan delicadamente contada por Lesage.

El santo arzobispo de Granada, al que su repu-

tación de orador preocupaba tanto como la salud de sus fieles, comprometió a Gil Blas, para que sin rodeos, y tan pronto como notase en sus homilias algunos signos de decadencia, se lo advirtiese. La promesa fué hecha... y cumplida.

Después Lesage nos dice cuál fué la recompensa:

“Hijo mío, respondió el buen arzobispo a su demasiado ingenuo amigo, sois todavía muy joven para distinguir lo verdadero de lo falso. Sabed que jamás he compuesto mejor homilia que la que ha tenido la desgracia de no ser de vuestra aprobación. Mi espíritu, gracias al cielo, no ha perdido todavía nada de su vigor. Más adelante escogeré mejor mis confidentes. Andad, prosiguió empujando a Gil Blas por la espalda fuera de la habitación, id a decir a mi tesorero que os cuente cien ducados. Y que el cielo os guíe con esa suma. Adiós, señor Gil Blas, os auguro toda clase de prosperidades con un poco más de gusto.” Esta lección merece ser meditada: ¿todos los hombres no se parecen un poco al arzobispo de Granada?

Este influjo de la pasión y del amor propio sobre nuestras creencias, sería, sin embargo, muy exage-

rado si, en los ejemplos que preceden, no apreciásemos la parte que toma la Imaginación.

Sin el concurso de esta última facultad, cuyo poder se extiende a todos nuestros pensamientos y a todos nuestros actos, la mayor parte de las inspiraciones que nos guían, quedarían, en efecto, inexplicables.

Piénsese, primero, en el importante papel que desempeña en la vida, papel que los moralistas han desnaturalizado con tanta frecuencia.

En verdad, es de ella, como tan perfectamente lo han demostrado Malebranche y Pascal de donde provienen la mayor parte de nuestras ilusiones y nuestros errores, nuestros odios y nuestros amores irracionales, nuestros entusiasmos y nuestros desalientos irreflexivos; pero, en cambio, ¡cuántos servicios nos presta!

¿No es ella la que aleja todos nuestros males? La vida humana está lejos de ser siempre agradable y fácil y las pruebas que nos suministra con frecuencia nos desconciertan; entonces es cuando interviene como un hada bienhechora sustituyendo un presente desagradable y sombrío, con un porvenir embellecido por completo de felicidad; al pobre da

castillos en el aire; al rico, la confianza en el porvenir; a todos, el más precioso de los dones concedidos al hombre: la esperanza.

Por último, ¿no es a ella a la que debemos todos, en parte, no sólo lo que somos, sino lo que valemos?

Se ha dicho que la existencia más útil y más bella nos viene ordinariamente de un sueño de la juventud realizado en la edad madura: no se puede hacer de ella un elogio más adulator, puesto que es la que en buen hora nos indica el fin que debemos perseguir, y excitando por completo nuestro ánimo, nos señala los medios de alcanzarlo.

Al lado de estos efectos generales, indicaremos algunas ilusiones de las que con particularidad se han ocupado en nuestros días, y que tienen, desde el punto de vista de la educación sobre todo, muy grande importancia.

Las primeras hacen que consideremos como verdaderas, concepciones que otras veces sabíamos perfectamente que eran falsas, o como reales hechos que simplemente hemos soñado.

El embustero que, a fuerza de repetir los mismos hechos inexactos llega poco a poco a engañarse a sí mismo, nos ofrece, desde luego un ejemplo notable.

Hay en todas partes, no sólo en la Mancha, esos Quijotes inventivos que acaban por persuadirse a sí mismos de que todas las bellas hazañas que cuentan podrían muy bien dejar de ser por completo imaginarias. Después de hacerlo creer a los que les rodean, ellos mismos se lo creen, y su lenguaje, su aptitud, se adaptan al papel que han creado y aceptado. Es raro, sin duda alguna, que su convicción llegue nunca a ser entera y permanente; pero la semi-creencia que se ha producido es bastante fuerte para resistir prácticamente las ideas que la combaten.

Los anales judiciales nos han enseñado hasta dónde llegan en los niños estas autosugestiones y con qué prudencia conviene acoger sus testimonios.

La casualidad los hace testigos de algún crimen e inmediatamente su imaginación añade mil detalles distintos de los que han percibido; ahora bien, todos los pormenores que colocan en el mismo plan, en sus declaraciones, ya sea para aparecer como bien informados, ya para darse alguna importancia, se confunden bien pronto en su espíritu. El recuerdo de su primera mentira se borra gradualmente, y se ve que llamados ante la justicia algunos meses más

tarde, afirman sinceramente haber visto lo que en realidad no han hecho más que imaginar.

¿No es esto igual a los relatos que tantos niños de nuestras escuelas hacen con frecuencia, una vez en su casa, de los incidentes más pequeños ocurridos en la clase? ¡Con qué facilidad desnaturalizan las cosas y se forman opiniones que, a pesar de su inverosimilitud y falsedad, intentan defender!

Esta aptitud que tienen los niños de engañarse aparece más evidente todavía en la confusión que muchas veces crean entre sus sueños y la realidad.

Muchos entre nosotros, sin duda, se han imaginado, en sueños, que tenían alas y recorrían grandes espacios volando; además hemos conocido muchos niños que con muy buena fe nos han asegurado que acababan de volar, ya en su escalera, ya en el campo, y la impresión que de ello le ha quedado a uno de ellos es tan fuerte que lo recuerda todavía hoy, después de treinta años.

Las otras ilusiones que queremos señalar se designan en nuestros días con el nombre de *paramnesias*.

He aquí la descripción científica que da de este

fenómeno M. J. Soury en la que hay bastante impugnable, sin embargo, por un afán de excluir ideas que hoy se van abriendo paso y el desconocimiento de las modernas teorías de la psicoanálisis tan extendidas por el Dr. Froend:

“A la vista de un paisaje, de un monumento, de un cuadro, de un objeto cualquiera, se recuerda de repente haberlo *visto ya*, y en condiciones completamente idénticas, como si reviviese un instante, una existencia desaparecida.

Otras veces se tiene la convicción de haber *oído ya* con los mismos términos y a las mismas personas lo que se habla; *con anticipación se adivina* lo que se va a decir, y en ciertos casos la previsión está justificada.

Lo que constituye la ilusión de la paramnesia, es que no se tiene en modo alguno consciencia de una analogía más o menos distanciada entre un suceso pasado y el momento presente: se cree en una identidad absoluta.

Para dar cuenta de este fenómeno nos parece inútil recurrir, como se ha hecho, a las hipótesis metafísicas más oscuras, siendo aquí suficientes las leyes conocidas de los procesos psicológicos.

Y desde luego, ¿no se puede admitir el que ciertos objetos percibidos por primera vez respondan a representaciones que el espíritu se ha formado precedentemente? ¿Por qué entre todas las combinaciones que la imaginación produce con la ayuda de los materiales que le suministran los sentidos y la consciencia, con los recuerdos de lo que hemos leído y oído, no se ha de hallar uno que concuerde con la realidad?

En este caso, la convicción de haber percibido estos objetos se explicaría, como la ilusión a que nos referimos a cada instante a propósito de ciertos sueños, por un aumento de la memoria y de la imaginación.

Sin embargo, esta hipótesis de una identidad perfecta entre ciertas combinaciones imaginarias, semejante a la de nuestras percepciones actuales es muy difícil de comprobar; pero una simple semejanza, ¿no nos haría creer en una identidad?

Como la imagen que tenemos en el espíritu está localizada en el pasado, los sentimientos que la acompañan están allí localizados igualmente con la coloración que les es propia.

En cuanto a la previsión que también caracteri-

za a la paramnesia, sería extraño que la imaginación, como las demás facultades, no tuviese su lógica.

¿No es, gracias a esta lógica, por la que podemos, por ejemplo, escuchando a una persona prever los argumentos que va a presentar, bien que, en este caso (numerosos experimentos lo prueban), las previsiones son siempre vagas y confusas?

Con todo, cuando ocurre el suceso presentido, se asimila a un recuerdo, como sucede con las representaciones de que hemos hablado, y por las mismas razones.”

Hasta aquí hemos considerado las autosugestiones como imponiéndose a nosotros por su sola virtud, pero no es raro que las secundemos voluntariamente y que con propósito deliberado colaboremos a su éxito.

Sin este concurso de la voluntad, muchas de ellas no harían más que pasar por el espíritu sin dejar huellas; con su ayuda llegan a ahogar todas las fuerzas que las embarazan.

Esto es lo que Pascal deja entender en un pasaje que ya hemos citado. El que *quiere* tener fe acaba a

la larga por doblegar su razón y vencer las resistencias que le opone.

El que *quiere* encontrar agradable un estudio, a pesar del fastidio que le causa, suscita por su misma firmeza sugerencias que hacen que le ame.

Investigando las causas de la sugestión, hemos presentado al mismo tiempo los principales efectos.

Es de la autosugestión de donde provienen primeramente estos fenómenos, que los teólogos designan con el nombre de *tentaciones*, y la importuna tiranía que ejercen sobre nosotros. Al principio es una idea vaga, inapreciable, que viene no se sabe de dónde; después, poco a poco, aparece unas veces combatida, otras secundada por nuestros instintos y nuestros hábitos; por último, si nada la detiene se convierte en una fuerza a que es imposible resistir.

En los *impulsivos*, su desarrollo extraordinariamente rápido y sus consecuencias son muy funestas.

Es a una especie de autosugestión de esta naturaleza a la que parecen obedecer ciertos criminales, invenciblemente llevados al mal.

“Estas gentes, dice Dostoiewsky, nacen con una idea que toda su vida los lleva inconscientemente

de derecha a izquierda; vagan así hasta que encuentran un objeto que despierta violentamente su deseo; entonces se entregan de cabeza.—Cuando Petrof deseaba cualquier cosa era necesario que se hiciera. Un individuo como Petrof asesinaría un hombre por 25 kopecks, únicamente por tener para beber medio litro; en otra ocasión desdeñaría centenares de miles de rublos.”

Además, hemos demostrado cómo la autosugestión puede falsear el juicio y la memoria y alterar la sensibilidad; su acción puede llegar algunas veces hasta producir verdaderas enfermedades del espíritu. Una de las más frecuentes es *el delirio de persecución*.

El sujeto atacado ve en todas partes peligros y enemigos imaginarios; en la sombra que se mueve cerca de él, en el ruido del viento a través de las hojas, no ve más que amenazas y presagios funestos. Un gesto le aterra, la menor palabra le hiere. Parece que un genio maligno encuentra placer en desnaturalizar, para hacerle sufrir, todo lo que impresiona sus sentidos.

Los mismos sentimientos más benévolos son torcidos y tergiversados por esta disposición pesimista;

así, la vida se convierte en una carga para estos desgraciados enloquecidos. Estas predisposiciones las hallamos algunas veces aun en los niños, sobre todo en aquellos cuya salud es débil o que han vivido con temor cerca de padres que les aterrorizaban.

¿Quién no ha encontrado niños inquietos, descontentos, azorados, que juzgan el mundo muy duro y muy injusto para ellos?

Sus camaradas, ordinariamente, les demuestran poca compasión, y sin embargo sólo por la bondad podrían curarse.

Por el influjo de autosugestiones análogas es por lo que muchos niños son incapaces, por *temor a las tinieblas*, de hacer solos, de noche, el más pequeño trayecto. El miedo los aterra, y sus piernas se niegan a andar. Aquí, es la voluntad sobre todo la atacada; lo es más todavía en la *agorafobia* en la que todo movimiento de los órganos motores parece imposible.

Se ha visto a personas muy sanas, no poder atravesar una plaza en que circulaban paseantes, porque en ellas surgía la idea de que tal esfuerzo era superior a sus fuerzas, o porque les amenazaba un peligro. Ni los razonamientos que se les hacían, ni

las advertencias de sus amigos eran capaces de vencer esta súbita impotencia.

Estos casos extremos, son por fortuna, bastante raros, pero, ¿no los encontramos atenuados en un gran número de enfermos imaginarios?

No hay enfermedad nueva cuyos ataques no sientan o crean sentir; así las epidemias encuentran en ellos un terreno perfectamente preparado por la imaginación.

La *alucinación* y la mayor parte de las *alteraciones de la personalidad* provienen igualmente de causas semejantes.

El hombre alucinado es el que espontáneamente objetiva las imágenes que tiene en su espíritu y cree en su realidad. En efecto, son tan vivas para él estas imágenes que le hacen insensible para las percepciones de los sentidos.

Pues bien, del mismo modo que por Autosugestión se pueden crear estados morbosos en el hombre, existe la posibilidad comprobada de crearlos beneficiosos, sin más que tomarse imágenes mentales de ese carácter.

Toda la novedad y trascendencia del Nuevo Pensamiento radica en eso precisamente. En aprovechar

en beneficio de nuestros intereses individuales y de raza, las grandes fuerzas que residen en nosotros y que hasta ahora dejábamos que se desarrollaran a su gozo y capricho por sernos desconocidas.

Descubiertas ya, cometería el hombre una acción vituperable si no las encauzara debidamente para alcanzar mediante ellas la Felicidad, la Salud y la Belleza, que en resumen constituyen la Perfección de la Raza.

IV

LA VIDA INTERIOR

La vida puede ser cada vez más bella. En el hombre existen fuerzas para conseguirlo.— En la mente están pintados los ideales a que aspiramos.— No es preciso ser rico para ser dichoso.— La libertad se adquiere desechando todo temor.— La vida humana es progreso.— Pensando en la profundidad de las cosas se amplifica la visión.— Tan sólo el Espíritu es nuestro señor, y nosotros somos Espíritu.— La perfección de la raza está al alcance del poder del hombre.

CAPITULO IV

La vida interior

En los capítulos precedentes hemos tratado en general de los medios de que dispone el hombre para alcanzar lo que se proponga, en el supuesto de que ello sea el deseo de la Perfección de la Raza; en este nos ocuparemos de lo que al individuo concierne para conseguirlo en la parte que le corresponde, pues, como hemos dicho en el capítulo I, por Uno Mismo, por su propia perfección, ha de empezar si quiere contribuir a la de la Humanidad futura.

Existen influencias en la vida que nos proporcionan un aumento de poder y una mayor capacidad para la felicidad; y es posible conservar joven el corazón y la actividad progresiva de la mente a través de los años.

La vida puede ser cada vez más bella, la esperanza más radiante y la inteligencia más aguda.

Tenemos el poder de rejuvenecer el cuerpo, de mantener clara la mente y avanzar siempre hacia un mayor saber y una mayor felicidad y libertad.

Tengamos confianza en nosotros mismos. Tengamos persistencia en los propósitos, determinación y buena voluntad.

Dentro de las circunvoluciones del cerebro existen potencialidades para toda obra posible. Existe algo dentro de la mente que se hace más fuerte y más determinado por la lucha contra las fuerzas opuestas.

Volvamos la cara hacia la felicidad. Busquemos aquellas virtudes que el corazón desea para todos los ideales que la mente concibe, y por el pensamiento constante y la afirmación cerrada, la cosa deseada convirtámosla en una joya preciada que llegue a formar parte de nuestro ser.

En nuestra mente están pintados los ideales a que aspiramos. Hemos formado concepciones de verdad, de justicia, de belleza y de amor; nobles aspiraciones que reaccionan contra los obstáculos y

sienten la influencia coactiva de los pensamientos y acciones comunes. La mente está dotada de fuerza para ser la Señora del deseo, indiferente del cautiverio que el cuerpo siente; combate con realidades externas, desarrolla las fuerzas del genio innato. Las tentaciones, penas y disgustos, elevan la potencia de las fuerzas y penetran la mente con visiones de triunfos futuros.

La senda de la moderación conduce por suave pendiente al logro de la salud, de la paz y de la alegría. Recorrámosla prudentemente y nos aproximaremos cada vez más al ideal de perfección que es el de Felicidad. No nos ilusionemos con la apariencia de felicidad que se encuentra en la satisfacción de los deseos sensuales. Detrás de la máscara de esos goces se hallan ocultos los secretos disgustos, la duda y los temores de locura y debilidad.

Llegar a ser consciente del mundo mental de armonía y belleza es hacer accesible un santuario en el que los disgustos y cuidados están excluidos. Para gozar una paz y una alegría que para siempre exalte la mente, se ha de pensar y obrar al unísono con la verdad y la justicia; y debemos vivir en simpatía con la Naturaleza, amando la música del mar,

la gloria de la puesta de sol, la sublimidad de los bosques y las llanuras, no menos que la belleza de un poema, un rostro o un cuadro.

No es preciso ser rico y poderoso para entrar en el reino místico por donde corren los ríos llenos de goces. En los Campos Eliseos del pensamiento hay sinfonías que impresionan y encantan el corazón y conservan viva la fe y el celo de la juventud.

Lo más real, más verdadero y substancial en la humanidad, está construído sobre la ayuda, percepción y pensamiento deliberado de un entendimiento bien equilibrado y maduro.

Con un corazón simpático que ame la belleza y la bondad y una mente inquiridora llena de ahinco y admiración para ver y comprender lo más elevado y lo mejor, se conseguirá una apacible felicidad que proporcionará ardor y fuerza y goces duraderos.

Mantengamos nuestros ideales a la vista. Desechemos los pensamientos que sean contrarios a nuestra dicha; apartemos los miasmas del miedo y la desconfianza. Creamos sinceramente en la realidad de todo lo que es bueno, en el triunfo final de la verdad y en la victoria de todo lo que es noble.

Conservemos el buen humor y confiemos en la consecución de los ideales.

Mantengamos claro el cerebro y nuestros pensamientos concentrados, como asimismo todo poder y facultades, hacia un solo fin y propósito. Con la persistente demanda, dominio de sí y confianza, todo lo que deseemos, todo lo que esperemos será alcanzado.

Cuando el hombre desecha todo temor, es libre. Nada puede ser tan perjudicial como lo que entra en nuestra consciencia a través de la puerta del miedo.

Conviene observar cuidadosamente los incidentes de la vida diaria y aprender de las cosas pequeñas la lección de progreso, para construir con nuestras observaciones, y nuestros pensamientos nuestro carácter.

Observar minuciosamente y agudamente todo lo que se ve y aprender a escoger entre lo perecedero y lo imperecedero, entre lo falso y lo verdadero; construir bellos pensamientos día tras día y aspirar la realización de lo más elevado y mejor; abrir la mente y el corazón a la inspiración de nuevas y amplias concepciones; desechar toda idea de peligro,

desagrado, atracción sensual y malicia; todo eso conduce a la obtención de la perfección a que aspiramos, pues con la nuestra contribuimos a la de la Raza.

La vida humana es progreso, lo alcanza todo por las vibraciones de los impulsos, deseos y simpatías. El pensamiento es la única cosa que no puede mantenerse aprisionado; las creencias y costumbres no pueden impedirse y el mundo de la ignorancia no puede empañarlas.

Desarrollemos la mente, afianzándola en la razón; seamos sinceros y procuremos expresar nuestros más íntimos pensamientos. Vivamos en el reino de lo útil y evitemos las palabras odiosas. Miremos lo bueno de los otros y llenemos nuestra vida de actos generosos, dirigiendo nuestra mente a lo que es verdadero y lo que es bueno. Deseemos únicamente aquello que aumente nuestra fuerza y nuestra utilidad. Pongamos nuestra vista en la sabiduría y en la luz.

Cuando encontremos el reino donde la Sabiduría habita habremos encontrado la fuente de todo verdadero conocimiento y poder; habremos llegado a la Perfección de la Raza.

Intensidad de sentimiento, intensidad de pensamiento e intensidad de propósito elevarán nuestra energía latente y nos capacitarán para grandes empresas.

Dominar toda emoción.

Es absurdo que el hombre, el heredero de los tiempos pasados, sea gobernado por los pensamientos tiranos, por los cuidados y deseos, comportándose como un esclavo bajo el látigo de las circunstancias.

La suprema meta de la vida es conseguir la felicidad, la verdad y el amor; los medios de que el hombre dispone para lograrlo son la razón, la fe y la experiencia.

La gran oportunidad de hacerlo es ahora. El hoy nos pertenece. No malgastemos las horas en atolondrada ociosidad. Los años pasan poco a poco y pesan sobre nosotros; y el tiempo, como la vida, no puede ser recuperado. Así, pues, vivamos de modo que podamos decir cada noche al acostarnos:

“En el día de hoy no he desaprovechado ninguna oportunidad para probar mi condición y ayudar a los otros. En todas las cosas he procedido con arreglo a mi buen juicio. He dado vida en mí a lo más

elevado y a lo mejor. Sea lo que fuese lo que mañana sobrevenga, no podrá privarme de la serenidad del día que ha acabado”.

Ebn Xaraf, el gran poeta árabe español de la corte de Motacim de Almería dejó escrito:

“Que la dicha que aumenta cada día excite vuestro deseo más que la dicha suprema, pues cuando la luna llega a su plenitud es cuando decrece.

”Si no hubieran dicho “luego”, muchas personas serían sabias”.

En todos vuestros pensamientos y deseos, dejad que os guíe la más elevada razón, y no fijéis vuestros deseos más allá de lo que os sea posible realizar.

El ser interior está constantemente tejido en las ropas que lo visten. La personalidad es el tejido que indica la naturaleza de nuestros pensamientos, ideales y aspiraciones. Si hemos vivido nuestros días esclavizados por los sentidos, la animalidad y el egoísmo, la historia de nuestra existencia estará pintada en nuestras facciones revelando nuestras imperfecciones y deficiencias.

Si hemos conseguido dominar los instintos materiales y groseros, el aspecto alegre, la simétrica ele-

gancia, la dignidad masculina de la actitud revelará nuestras virtudes y bondades.

Las ambiciones, los esfuerzos, la esperanza y el amor están verdaderamente escritos en las manos, en el rostro, en los ojos y en todas las curvas y rectas de la forma física.

Mientras no veamos con nuestros ojos naturales la inteligencia, las ideas y ensueños que forman el mundo interior de la memoria y el pensamiento, no sabemos que el ideal está entronizado en la mente. Si no conocemos lo bueno en nosotros, no podremos reconocer lo bueno que nos rodea. Si amamos el amor, la justicia, la verdad, la belleza, esas virtudes en nuestro interior nos inspirarán sentimientos de su mismo género en nuestros corazones, y renovarán nuestras aspiraciones.

Une el ideal a tus actividades cotidianas, obligalo a vivir en todos tus pensamientos, mezclado con todos tus actos, con tus goces y cuidados. El secreto de todas las cosas se revela desde dentro.

La lanzadera que teje, la fuerza que construye, son invisibles. Toda fuerza moral, toda verdadera belleza y alegría, lo que da valor y elevación de propósitos y fe en un futuro glorioso, viene de la

fuerza oculta que hay en el hombre. Las fuerzas ilimitadas palpitan dentro, luchan por salir a la superficie, se esfuerzan por expresar el genio escondido de la mente.

Escucha las armonías interiores. Sonríe al mundo con ojos brillantes que revelen la oculta llama del amor. La vida está siempre manifestándose por sí misma; desarrollándose constantemente desde el centro invisible en las más bellas formas. Del corazón del rosal nace la rosa; del corazón del árbol el fruto; del corazón del hombre brota el amor. En la superficie de la vida pueden estar en desacuerdo los efectos; en el interior existe siempre paz y alegría. El desacuerdo es como las turbulentas olas del mar impulsadas de acá para allá por todos los vientos; la paz es como las tranquilas profundidades del mar que no pueden conmover las tempestades.

Un velo de ilusión se extiende sobre la humanidad. Los hombres parecen sabios y están abrumados con la importancia de sus obras. Se lanzan de una tarea aun no acabada a otra, insensatos, y ocultan las profundas realidades del ser. Pero algunos se cansan de la finalidad egoísta y descubren que

la felicidad no se encuentra en la abundancia de cosas que un hombre posee, sino en la belleza y en la grandeza de una mente dotada de una visión intuitiva; en el amplio y alegre corazón que palpita con ferviente simpatía.

Del centro invisible vienen todas las criaturas a la vida. Cada semilla de la que brota algo contiene en su corazón el pequeño germen que es vivificado por el beso del sol y el amor de la tierra que lo envuelve.

El pez que se agita en los mares, los pájaros que vuelan por los aires, los árboles y flores que constituyen la belleza de los jardines y la grandeza de los bosques y de los huertos, nacen y se multiplican respondiendo a un impulso creador. La corteza no puede decirnos el gran secreto de los árboles, de como conduce la savia desde la tierra a través del tronco y la reparte por las ramas hasta producir radiantes flores. No pueden decir los pétalos de las flores lo que ocurre en las profundidades de su cándida pureza. Pero cuando los pétalos superficiales han caído, el fruto naciente se revela, mostrando su belleza esférica para sazonar y madurar con los rayos del sol de los días estivales.

Y así ocurre con el hombre.

Del centro de una esfera divina ardientemente llega a la vida el niño. Viendo el cuerpo no se puede conocer el hombre. Nada de lo externo puede decirnos la gran vida que envuelve, la gran verdad que piensa, la gran alma que habita, en una irradiación que transmite a través los oscuros sentidos tan sólo un relámpago de la gloria que lo envuelve.

Piensa en la profundidad de las cosas y tu visión se amplificará. Mira dentro del alma de las cosas y tu alma se expandirá y radiará su amor y alegría.

Cuando veas el alma de las cosas, entonces descubrirás siempre la belleza de las flores y el amor te sonreirá en el rostro de tu amigo.

Tan sólo en el centro está la verdad, habitando en la realidad divina. Encontrar el centro de uno mismo es encontrar el centro íntimo del universo. Se puede sentir la palpitación del profundo corazón de lo Infinito, en los latidos de nuestro propio corazón. Este es el hogar a donde volvemos cuando nos hallamos fatigados de la lucha. Allí encontraremos la alegría. Allí es donde podemos realizar la

Perfección de nuestro ser, pues nos manumitimos de la esclavitud de lo externo.

Tan sólo el Espíritu es nuestro señor, y nosotros somos Espíritu.

Cuando hemos dirigido la mirada hacia las profundidades de nuestro propio ser, es cuando hemos alcanzado la verdadera visión.

En nuestro interior están todas las fuerzas del Universo: todo amor, toda sabiduría, toda vida. Poseyendo esta verdad el hombre puede ver realizados sus deseos de Salud, de Belleza, de Bondad.

El hombre es todo lo que desea ser pero también todo lo que teme ser; todo lo que sueña y todo lo que aspira. Reside en la Gloria del Ser Esencial, y le basta la Fe en sus destinos, para que éstos sean gloriosos.

La Perfección de la Raza se encuentra, pues, al alcance de su Poder, puesto que la Perfección de Sí Mismo le es asequible, y de ésta ha de nacer aquélla.

V

POR LA BELLEZA CAMINAMOS
A LA PERFECCIÓN

Sin la paz y la alegría interiores no se puede alcanzar la dicha.— Las fuerzas materialistas y egoistas destruyen la armonía.— En la vida existe más de lo que el hombre supone.— Las grandes obras son el producto de mentes que ven más allá de la vida material que las rodea.— Las obras de arte son la realización de los sueños del artista.— El genio misterioso que existe en nosotros está siempre laborando en beneficio de nuestras aspiraciones.— Estas deben ser nobles para que su labor resulte útil a la Perfección de la Raza.

CAPITULO IV

Por la Belleza caminamos a la Perfección

En el capítulo que precede hemos dado aquellas reglas y consejos que más pueden coadyuvar a los fines que en este libro nos proponemos, pues sabido es que sin la paz y la alegría interiores, el hombre no puede alcanzar los frutos de una vida dichosa.

El hombre es un arpa; todo lo que ha conocido en la vida y ha penetrado en su consciencia constituyen las cuerdas que vibran con los recuerdos y ensueños. Estas cuerdas han de ser heridas por las influencias que las acorde para las más elevadas armonías; que llene la mente con las más deliciosas visiones y abraze el corazón con el celo y la diligencia para las empresas que se proponga, a fin de que en su exaltación pueda ir más allá de las sumidades de la vida física.

Pero si esas cuerdas son olvidadas y no se las hiere con las púas de la fe y de la esperanza, la imaginación decae, queda convertida en una fuerza inerte, de espaldas a la vida.

Las fuerzas materialistas y egoistas destruyen la armonía y producen un caótico desarreglo que desconcierta la mente y la aplasta bajo las eventualidades de la vida.

Cuando la química de la visión empieza a trabajar en la mente humana, son trasladados los hechos ordinarios del día. Todos los sentidos se hacen activos para gozar las formas bellas y las verdades que llenan el mundo de música y poesía.

Existe algo cósmico en el hombre; y cuando su naturaleza estética concluye por fortalecerse, mira cara a cara la vida y ve sus profundos secretos. Siente su propia potencia y la potencia del mundo que lo rodea. Penetra y palpita con las fuerzas divinas que surgen de él en olas de amor e inspiración. El Pensamiento relampaguea más allá del horizonte de la visión material amplificando y profundizando los conceptos.

El espíritu creador del hombre llamea y proclama que en la vida existe más de lo que él nunca

había soñado. Se siente torturado por la exquisita belleza de las visiones que le invitan a recrearse con ellas. Siente la agitación, como una pena, que le produce el deseo de compartir con otros la riqueza de sus visiones.

Pero comprueba la triste ineficacia de las palabras para expresar esas deliciosas visiones que relampaguean en el espejo de su mente. Unicamente puede ponerse de pie, con los ojos abiertos, luchar, y afanarse, y aprender, hasta que el espíritu de la belleza que llamea en él encenderá la llama en otros corazones por su irresistible irradiación.

Esta es la visión de las más grandes cosas y la fe en la realización final que levanta las fuerzas dormidas y las dirige a nobles usos.

Todos los grandes descubrimientos e invenciones, todas las producciones magníficas y grandes en música, literatura y arte, han sido el resultado de mentes poderosas inspiradas por visiones que alcanzaban más allá de la existencia material y aferraban rápidos reflejos de las cosas mejores.

El que estudia el arte mira la amplia tela y el mármol elocuente, y siente que el impulso creador se agita en él. La visión le da la fe y la paciencia

para trabajar y el estudio para dominar los detalles que le harán posible el pintar la belleza como los grandes artistas han hecho.

El que estudia las ciencias trabaja en los problemas y demostraciones en el laboratorio, buscando nuevos adelantos. Estudia las reacciones químicas, las acciones y reacciones de las fuerzas, y con sutil penetración de visión las teorías aceptadas y da a la humanidad una nueva invención y un más vasto punto de vista, haciendo posibles mayores obras en algún sector del Progreso.

El que quiere llegar a ser un gran cantante debe estudiar y practicar los mismos ejercicios persistentemente hasta que la voz esté desarrollada y ciertos tonos se produzcan en toda su pureza.

Unicamente el aficionado que siente y se da cuenta de su fuerza y posibilidades y tiene profética visión, puede tener la paciencia necesaria para practicar los tonos lleno de fe, sin progreso aparente hasta que los defectos son vencidos y las cualidades desarrolladas, y le resulta posible cantar con facilidad y naturalidad.

Poseer una voz de tal timbre que sea un estímulo para el que la oye; poseer la pureza, la calidad, la

modulación musical, el producto rico e indefinible del cultivo de ese órgano, y cantar el amor de la vida y los anhelos, sus esperanzas y pasiones, sus penas y alegrías, obligando a los corazones a latir en perfecto acuerdo... ¡debe ser una felicidad para el cantante en esa hora de triunfo y de realización de las visiones que han estimulado al artista a través de años de paciente labor!

Detrás de todas las grandes producciones existe siempre una mente poderosa que ha visto la necesidad y ha tenido la visión, y ha materializado su sueño con paciente trabajo.

Todas las grandes obras de arte son las representaciones imperfectas de los sueños de belleza del artista. Todas las composiciones musicales cuyas armonías conmueven las más sensibles cuerdas del corazón, han sido escritas por aquellos que han oído melodías divinas que vibraban en sus almas.

Sentimos profunda gratitud por el rico legado de belleza que nos han enriquecido en el arte del mundo; gratitud por las condiciones que hacen posible para nosotros el contacto con la belleza; gratitud por la habilidad para apreciar la belleza cuando estamos en contacto con ella. Sentimos gratitud

hacia la vida en sí misma, y gratitud hacia la juventud, con sus ojos esperanzados, su ánimo vigoroso, su entusiasmo lozano, y su decidida libre marcha hacia lo inesperado.

Existen disgustos que minan nuestras mejores fuerzas, existen penas que vienen de tan alto que amenazan aplastarnos, existen circunstancias que enmarañan y obstaculizan y atan al hombre, y existen sueños que dejan de ser dorados y de color de rosa, y se desvanecen en su inexistencia como los meses se precipitan en los años.

Pero feliz el hombre o la mujer que habiendo encontrado o conocido alguno o a todos esos, puede de nuevo ahora por un momento ponerse en presencia de la belleza que es tan verdad, tan pura, tan completa, que todas las anomalías y toda entorpecedora languidez que el luchador ha abandonado, quedan aniquiladas.

Tales momentos serán raros y muy espaciados, pero nos compensan de todos los meses y años que se ha sufrido. Son breves, pero aquellos que las gozan sienten que su vida se ha enriquecido con un poder que va más allá de las cosas materiales. Los placeres son para aquellos que disfrutan con

la música y tienen la fortuna de oír músicos dotados del supremo favor del genio.

Todo lo que se oye es música...; música tan pura y tan hermosa que los sentidos se arrebatan, tan espontánea y fresca que parece la creación del instante que acaba de pasar más bien que una cosa que ha sido escrita en el papel pautado, música que impresiona como la expresión del espíritu de belleza mismo cantando para que oigan los espíritus de su género. Los medios materiales diríase que han sido eliminados y permanece únicamente la esencia de la música.

Cuando miramos los ojos de un genio percibimos una visión de un espíritu bello que irradia paz y alegría. Fulguran con amor y ternura, y sentimos que comprenden sin palabras nuestros anhelos por realizar y crear la belleza y armonía que han expresado. La sensación se reviste de forma, color y radiación, y una nueva cuerda vibra trayéndonos divinas armonías.

El artista pinta en la tela las imágenes que han relampagueado en su mente desde los reinos de la belleza, y reproduce con mano diestra las visiones imaginadas en la consciencia Interna.

El orador, con la fuerza de la elocuencia que gobierna, maneja las pasiones de la multitud, y lo mismo la enfurece que la tranquiliza.

El poeta interpreta los melodiosos sonidos de la Naturaleza y revela, con la dulce armonía de las palabras, los apasionados impulsos del corazón.

El músico nos conmueve con el sentimiento de alegría y nos consuela envolviéndonos en olas de armonía y buenos deseos. La música, con su mágico poder, devuelve la calma a la mente ofuscada y evoca de las profundidades del ser los sagrados atributos de la verdad y la virtud.

Con todos nuestros esfuerzos por dirigirnos hacia la luz y nuestros siglos de luchas por alcanzar la verdad, sentimos nuestra impotencia y nuestros anhelos para expresar más claramente y más libremente la naturaleza divina.

El genio misterioso está siempre trabajando, lo mismo cuando nos hallamos entregados al sueño por la noche, que en los momentos de mayor actividad durante el día; en relación con cada carácter y trabajando con arreglo a los moldes y modos de los rasgos individuales, llega a producir la obra según nuestros deseos y aspiraciones.

En otro libro (1) hemos llamado a este genio misterioso, "duendecillos", y el nombre es lo de menos. Lo esencial es que existe en nosotros un poder, reconocido desde hace siglos y siglos, pero que tan sólo en nuestra época comienza a ser utilizado de una manera práctica y sistemática, y a ese poder podemos fiar nuestra felicidad, nuestra salud y la Perfección de la Raza.

Llámesese Consciencia Interna, llámesese Subconsciencia, llámesese Inconsciencia, repetimos que el nombre es lo de menos; ya hoy es casi imposible poner en duda, que ese algo Interior, que unas veces nos conduce al bien, otras al mal, dejado en libertad de acción, puede ser regido por la Voluntad consciente y laborar exclusivamente en nuestro beneficio mediante el *principio de finalidad*, esto es, mediante la facultad que poseemos de trazar, por auto-sugestión, un camino determinado a la labor subconsciente, encaminada al fin que nos proponemos.

La persistente actividad en el alma humana no cesa ni reposa hasta que todas las facultades y fuer-

(1) *La Consciencia interna.*

zas entran en acción y se emplean en la consecución de alguna obra grande.

En cada uno de nosotros existe una fuerza creadora que está laborando constantemente; esa fuerza es la que moldea nuestra naturaleza, la que determina la marcha de nuestro desarrollo y la formación de nuestro carácter individual. Si dirigimos conscientemente esa fuerza, la sometemos a nuestros propósitos. Como antes hemos dicho, su trabajo puede ser útil o nocivo, con fines nobles o innobles, según se le dirija. Mientras pule y moldea nuestro carácter, debemos forzarla a que dé forma a la arcilla plástica con arreglo al modelo de nuestros mejores propósitos y profundos deseos reflejados suavemente.

Existen grandes momentos en la vida humana cuando los pensamientos y sentimientos comunes se transmutan y el ser total del hombre alcanza la unión con el espíritu de amor, verdad y alegría. Entonces conoce el goce perfecto y no existen sombras que obscurecen su visión. La luz lo baña por todas partes y tiene consciencia de su poder. No se siente esclavo, ni miedo ni penas. Es uno con el alma del arte y armonía; uno con la belleza de la vida y el amor. Todo es espontáneo y vívido para él.

Pero la música cesa, la visión se ensombrece, el éxtasis muere. Únicamente persiste la memoria para comunicar ánimos y consuelos a través de las horas prosaicas.

Hoy somos arrastrados por los vientos del goce, mañana nos hallamos bajo la penosa influencia del disgusto. No podemos alcanzar siempre las elevadas armonías. El cerebro y los nervios no son adaptados para la respuesta perfecta de las sutiles vibraciones producidas en momentos de éxtasis; pero existe una cuerda dominante cuyo tono normal será gradualmente elevado hasta el corazón para responder a un goce permanente y siempre creciente.

La alegría alcanzada de este modo no viene de la visión extática o de la gran emoción, sino de una mente equilibrada que contempla con serenidad los tesoros de la vida interior. Viene de un corazón que está contento y celebra la luz y la belleza del día, las cosas pequeñas que son útiles y las conscientes de dulces emociones.

Las palabras de bondad, los actos de justicia; un esfuerzo para hacer lo bueno de los otros; un anhelo por la verdad y la belleza; esas son las cosas que debemos exteriorizar, porque es lo mejor que hay en

nosotros y nos asegura una felicidad apacible y permanente que es la que nos ha de conducir a la Perfección.

Como antes de ahora he dicho: El que comprende las leyes de su ser mental, desarrolla sus fuerzas latentes y las emplea inteligentemente. No desdén las expresiones de su Subconsciencia, sino que de ellas hace buen uso y les encarga de aquello en que pueden auxiliarle, obteniendo de ese modo maravillosos resultados de su labor, regulándola y dirigiéndola debidamente. Desarrolla las facultades y poderes que hay en su interior y les enseña a manifestarse con arreglo a la mentación consciente igual que a la Subconsciente, y saca de ambas todo el partido que el Hombre libre y dueño de sí tiene derecho a saber.

VI

PRINCIPIOS QUE HAN DE
GUIARNOS

Existe una notable diferencia entre la conducta humana y la filosofía de la vida. — El amor y el altruismo, hacen fácil la realización de la unidad del mundo. — Los grandes problemas son producidos por grandes deberes. — El alma humana no conseguirá nunca el dominio de sí mismo si carece de un ideal noble y elevado. — La mente y el cuerpo se hallan unidos por las armonías de la Naturaleza.

CAPITULO VI

Principios que han de guiarnos

El hombre está en una prisión aunque el mundo le ofrezca su vasto espacio; está envuelto por la fatal obscuridad y la ilusión de su propia creación, mientras que el alado rayo del sol acaricia la tierra y el aire y el gran océano de libertad.

Existe una notable diferencia entre la conducta humana y la filosofía de la vida. Sin embargo seriamente se sentirá atraído por el estado apacible de que hablan el poeta y el soñador, cuando dicen que el hombre debe radicarse en el campo y extraer sus alimentos de la tierra. Lo apremiante de las necesidades produce la incesante lucha. El primordial instinto de conservación se halla profundamente arraigado en la vida humana, y desarrolla los atributos del egoísmo que se manifestarán sin mi-

ramientos para los sentimientos de afecto y los elevados ideales.

Las imperfecciones del hombre nacen de causas que alcanzan a los comienzos del mundo, cuando la vida sólo era posible gracias a la fuerza física y a la astucia.

Las acciones innobles son con frecuencia el resultado de una cadena de incidentes que el hado va forjando para encadenar el cuerpo y esclavizar la voluntad. No bastan para juzgar las indicaciones superficiales. Detrás de la faz mudable, en lo más profundo del cerebro, reposan ocultos los soñados ideales y los extinguidos anhelos por la verdad.

Los infinitos anhelos del corazón no vienen de los deseos satisfechos ni de las elevadas cosas conseguidas, sino de los esfuerzos fracasados y las luchas sin fin. El hombre puede amar la verdad y desear la justicia y tener aspiraciones de libertad aunque se vea contenido por los duros convencionalismos del mundo y siga la estrecha senda que ellos le señalan.

Cada buen pensamiento o acción buena ardientemente deseados se hace noble y altruista, y transforma las fuerzas latentes en la más pura llama de

la mente. Nuestro deber más urgente es el poner constantemente de acuerdo nuestra vida material y lo que nos rodea con nuestros más íntimos deseos e ideales. Tratando de establecer este deseable equilibrio descubriremos las verdaderas relaciones que existen entre el Hombre y la Naturaleza.

Cuando un hombre desconoce la armonía de lo universal, cuando no oye más que su ambiciosa melodía, debe reconcentrarse en sí mismo y hallará algún ideal a que dedicarse.

La soñada unidad del mundo se convertirá en realidad, no por el intelectualismo del individuo, sino por las profundas y elementales corrientes de altruismo y amor que redimen al hombre del egoísmo y del orgullo.

Desear hacer algo con arreglo a planes ampliamente concebidos, esta es la combinación divino-humana que facilita y da seguridad al movimiento progresivo hacia un objetivo digno, y al menos completa la realización de los ideales elevados.

El hombre comunicará la corriente de entusiasmo de hecho en hecho, hasta que el sempiterno esplendor ilumine todo lo que se refiere a la vida y a los deberes.

Los grandes problemas son producidos por grandes deberes. Los deberes vienen con la visión, y debemos corresponder por nuestra fe enriquecida con preciosas obligaciones.

El verdadero filósofo de buen humor se manifiesta en la confianza y heroico empleo de los sucesos que aparentemente son tristes y desagradables. En las luces confusas y en las sombras debemos a aprender a transformar las disonancias de nuestros tumultos en música. Debemos tarbajar firmemente bajo el dominio de una fuerte idea y estar poseídos por un serio entusiasmo. No debemos temer jamás, durante la noche, al nuevo día que está por venir.

El hombre no puede ejercer nunca una custodia inteligente sobre sí mismo; no puede tener un concepto exacto de como su propia vida se aferra a las otras vidas y se ata y solidariza con los destinos del género humano, hasta que en un momento de visión dominante se ve como un ser atendido a deberes y circunstancias.

Existe siempre algo enervador y disipador en la explosión de la energía que no es producida por una gran verdad o que no le señala al hombre la luz

que ha de conducirlo a la meta definitiva. La luz es el principal guía en que se cimenta cada acto, un ideal digno y permanente que ilumina como una estrella las fuerzas que surgen de una vida ardiente.

El punto en la historia de cada hombre, cuando llega a ser un hombre verdadero y prudente, es aquel en que siente el amor de la humanidad y reconoce la permanencia de la verdad y la justicia. Es una gran cosa saber que a lo largo de un camino se hallan esos grandes principios, eternas verdades y válidas justicias. No pueden hacer al hombre duradero y fuerte las influencias parciales, ordinarias y temporales, ni tampoco las habilidades. La vida tiene muchos aspectos y es un juego largo, y únicamente encontramos un hombre fuerte cuando las facultades de su mente y los afectos de su corazón y los propósitos de su voluntad, son movidos en ordenada obediencia y la mayor lealtad alrededor de una común y suprema realidad que los difunde con su calor y los suelda dentro de la unidad de carácter.

El alma humana no obtendrá nunca el dominio de sí misma sin estar organizada para un ideal tan

irrebatible e imperioso que toda la fuerza especial de la mente y el cuerpo precipiten las relaciones del uno con el otro. Entonces el hombre completo se encuentra con la Fuerza que lo hace poderoso, con la Sabiduría que lo hace sabio, con la Razón que lo hace razonable, con la Bondad que lo hace bueno.

Cuando se es joven se desdeña todo lo que es prosaico. La vida agitada en su plenitud se manifiesta en sueños y aspiraciones. Se ama el hermoso crepúsculo rojo, el suave movimiento de las nubes o el frío vientecillo de las noches que desciende de las montañas nevadas. Estos son los símbolos de la inquietud juvenil y los anhelos del corazón por las grandes aventuras.

Cuando se es joven se quisiera conmovier al mundo con la fuerza de un entusiasmo dominador. Se quisiera impulsar a la humanidad hacia las más gloriosas empresas. Se es magnético e intrépido y se siente con habilidad bastante para salvar todos los obstáculos que se interpongan a la realización de sus soñados ideales.

Se está inspirado por la sublimidad y la belleza de la Naturaleza. Se está bajo la sujeción de la má-

gica influencia de la poesía y de la música, y todas las sutiles armonías que impresionan tan sólo en la juventud.

Cuando somos jóvenes, la vida nos abre todas las doradas puertas del ocio, toda la poesía de los campos verdes y la música de los arroyos murmuradores, todos los misterios del firmamento, la dichosa inmensidad de las llanuras y los montes abandonados a los rayos del sol, el perfume de las hermosas flores y la música de los pájaros cantando la alegría de los cielos estivales.

No tomamos nota del tiempo, sino cuando su progreso está marcado por la alegre decoración apacible de los días soleados. Gozamos de las hermosas mañanas, de la quietud de las tardes y de la hora crepuscular cuando nuestros pensamientos se hacen confusos como las purpúreas sombras de los árboles y las voces misteriosas que señalan la aproximación de la noche.

La mente y el cuerpo se hallan unidos para las sutiles armonías de la Naturaleza.

Respondemos al espíritu del alba, al canto de los pájaros antes de salir el sol, a la suave brisa de la mañana portadora del perfume de las flores que

han sido besadas por el rocío. Es este nuestro despertar a la primera alegría y éxtasis nacido de la plenitud de vida. Es el brotar de la juventud y la inocencia y la fe en las aspiraciones y armonías que fluyen de nuestras almas con paz infinita.

Pero el tiempo cruel, el dueño del hombre, levanta su cetro sobre nosotros y revela un mundo entero de pasiones, de amores frenéticos y dolores desconocidos de la juventud. Nos encontramos colocados en medio de las realidades de un mundo transformado. Los hechos, las oportunidades y posibilidades de la existencia humana nos invitan a entrar en el tumulto, para que podamos abrazar lo actual más estrechamente.

A veces la más profunda y más noble comprensión de la debilidad y sufrimiento humanos, se nos revela únicamente por la experiencia.

Cuando está empeñada en nuestras almas la gran lucha entre el ánimo y la desesperación, entre la paciente razón y la loca rebelión, entre la debilidad y la fuerza, es cuando nace en nuestra conciencia un más amplio conocimiento, sin el que el sentimiento del deber puede adquirirse nunca ple-

namente, ni el conocimiento de la alegría altruista, ni el espíritu de ternura.

La juventud no alega excusas. Todo le parece bien y posible. Querría subyugar la adversidad y la fuerza que se apoyan a su camino. Querría alcanzar las inmunidades en todas las cosas y no ser detenida por ninguna barrera.

La juventud es conducida por impulsos y gasta las divinas energías en aventuras estériles.

Con la edad se adquiere el discernimiento de la mente y se acepta a la sabiduría como guía. Con la edad se pone el hombre en contacto con todos los elementos de vida; siente entonces como los otros hombres, ve lo que los otros ven, juzga desde el punto de vista de la salud y de la fuerza, al fracasado y al victorioso.

Después de numerosos desalientos y reveses, se llega a ser más humilde, pero más sabio, y, se aprende a seguir el camino de la vida pacientemente, guiado por la razón: lo mejor de la naturaleza del hombre lo desarrollan los años de contacto con las grandes fuerzas del mundo.

No podemos comprender lo que lo profundo de la vida significa o conocer nuestra propia fuerza

hasta haber experimentado lo que expone cada fase de nuestra naturaleza a las incontables sutiles influencias que se oponen a ella.

El orden es una ley natural. El designio es universal. Encontrar el camino indicado, vez la luz señalada y permitir que nos guíe, es lograr el triunfo. Mientras no podemos recobrar los años perdidos y borrar las equivocaciones de la juventud, ni desandar los pasos descarriados de la senda que la sabiduría de los años habría elegido, podemos, en cambio, con firmeza de propósito y fe en lo futuro, mantener las elevadas esperanzas y las ambiciones dignas. Aunque el presente sea descorazonador, y lo que esperamos lo veamos lejos, día vendrá en que los deseos que abrigamos florecerán y darán frutos.

Las circunstancias que nos rodean y nos conducen por los caminos trillados, son los reflejos de nuestras dudas y temores, los juguetes e instrumentos de nuestra propia creación.

Crear en sí mismo; taladrar a través de los velos y barreras del error y permanecer recto y consciente de la belleza y de la fuerza de nuestro ser, es lo que puede conducirnos a la Perfección ansiada.

De ese modo los recursos de lo Infinito están a nuestra disposición.

Dentro de nuestra mente los ideales elevados de los más verdaderos modos y métodos de vida. El mundo que soñamos llegará a ser un mundo real.

Los gobiernos e instituciones de hoy son las formas externas de lo que los hombres han soñado y creado. Pero todavía no han agotado la fuente de inspiración y poder creador. Aun podemos realizar las obras más altas, las creaciones más maravillosas y más arduas. Con un firme y constante propósito y una mente despierta y una voluntad indomable, se transforman los deseos, pasiones y emociones en inapreciables gérmenes de amor, compasión y fuerza.

VII

FISCALIZACIÓN DEL PASADO

Nuestro pasado va más allá de nosotros.—Lo principal de nuestro pasado no está en los hechos sino en la forma de considerarlos.—Los errores del pasado un día podrán revivir para pedirnos cuentas.—La mente prevenida contra la vejez asegura la juventud del cuerpo. La mayor victoria del hombre es saberse dominar a sí mismo.—La mente humana es una fuerza imponderable, y gracias a ella el hombre puede lograr todo lo que se proponga.

CAPITULO VII

Fiscalización del pasado

Nuestro pasado se extiende más allá de nosotros en una larga perspectiva.

En realidad nos pertenece completamente como lo presente, y como su existencia se halla por entero en nuestro pensamiento, podemos aprender a fiscalizarlo.

La memoria, se nutre en nuestro corazón y en nuestro cerebro, y es constantemente gobernada por la emoción y el pensamiento, es plástica y variable y sigue la dirección que le damos con arreglo a nuestra voluntad y a nuestros deseos.

Lo principal respecto a nuestro pasado no es lo que hemos hecho, sino la forma como consideramos los sucesos. Para extraer del pasado lo que en él hay de más preciado, debemos referirlo a los

momentos en que somos más conscientes de dominio. No se debilita más prestamente nuestra actividad moral, que la memoria que tan sólo puede vivir a costa de nuestra fuerza espiritual lanzada hacia adelante y que nos asalta.

Somos atenaceados por las esperanzas frustradas, por las alegrías que se han desvanecido para siempre, por los afectos rotos, por la fe malgastada y la belleza desaparecida.

Nuestras acciones no han muerto completamente, y muchos errores del pasado volverán a reclamar su deuda. Nos encontrarán sin los medios adecuados de defensa; pero antes de que puedan alcanzar el ser interino han de escuchar el juicio que de ellos hemos formado. Si los hemos interrogado y condenado, no tendrán fuerza para crear disgusto en el corazón. Distamos mucho de ser tan culpables como nos ven; y estamos ennoblecidos y purificados por el sufrimiento.

Existen recuerdos que son como vampiros que devoran y consumen la vida de sus víctimas. Sin embargo, hubo un día muy feliz y muy hermoso y ahora ya no existe, y produce melancolía. Tales recuerdos minan la fuerza y la confianza en la vida.

No debiéramos dejarnos adormecer por el pasado; deberíamos exaltar el momento en que nos hallamos, y esforzarnos llenos de ánimos y de entusiasmos a vivir el presente.

Si hemos tenido una hermosa época, no hemos de lamentar que no se repita; en la medida que hayamos gozado, la esencia de ese goce está en nosotros. Si hemos sentido una gran pena, no lo deploramos. Somos el centro de nuestra vida. En el fondo de nuestro ser todo se reproduce por renovación. Somos a imagen y semejanza de lo que hemos sentido, pensado y expresado; somos el alma de lo pasado, el otoño de los años transcurridos. En nuestro ser están los frutos de lo que hemos sembrado en los surcos de la vida.

Si hemos emitido luminosos pensamientos y palabras de amor, volverán a nosotros con generoso aumento desde una multitud de corazones.

La vida no es precisamente tan hermosa, la amistad tan verdadera, los pensamientos tan nobles, como en la edad madura. El mundo es joven; la Naturaleza se renueva perennemente. Debemos encender la llama del entusiasmo hasta que el corazón

palpite de nuevo con vivificada energía, y la mente sienta la agitación del nuevo pensamiento.

Deberíamos aprovechar las oportunidades que nos ofrece el presente, despreocupándonos del pasado, excepto en lo que nos sirve de guía de conducta para la consecución de la felicidad y la paz. Deberíamos gozar los años que vuelan continuamente, voluptuosamente. Lo que nos impide disfrutar de los tesoros del universo es la resignación hereditaria con que nos mantenemos en la cárcel de los recuerdos.

Algunos sucesos del pasado se yerguen ante nosotros y echan sus sombras sobre nuestros sentidos. Nos vemos asaltados por las desilusiones y privados de la inestimable libertad por el fantasma de los pensamientos.

El grande y mágico medio de preservar la juventud del cuerpo es prevenir a la mente contra la vejez. Deberíamos alentar los espontáneos sentimientos y pensamientos de juventud. Deberíamos creer en la felicidad, en la amistad y en el amor.

Las realidades de la Naturaleza exceden infinitamente a los sueños del hombre, lo mismo en alegría que en belleza.

Cambiando los hábitos mentales, seguramente se logra cambiar los del cuerpo. Las cosas que sobre todo contribuyen a hacernos viejos son el temor y las penas, los pensamientos rencorosos y amargos, los juicios desfavorables en los otros y la rabia del amor propio herido. La necesidad se une para hacernos sufrir y esclavizarnos. La vara está hecha para las bestias. Las pasiones del hombre le impelen a las batallas de la vida; y también le precipitarán a la destrucción si no tiene razón y quiere vencerlas y dominarlas.

Una gran desgracia sufrida con paciencia es un progreso realizado. Los que sufren mucho viven más verdaderamente que los que no sobrellevan las penas.

El que puede mirar hacia dentro sin temor y comunicar con su más elevado ser, tiene un refugio, un tesoro de invisible alegría, contra la cual las olas de la adversidad baten en vano.

El hombre que mira únicamente lo bueno en los otros y la felicidad que debían gozar, es un goce y una perpetua alegría para el mundo. Lo que más puede contribuir a nuestra dicha es gozar de salud, del amor, de la sabiduría y de la paz de la mente.

El hombre pobre no ve las vejaciones y las ansiedades del rico; no siente las dificultades y las perplejidades del poder, ni conoce el fastidio del ocio. Nadie envidia las apariencias de felicidad en ningún hombre, ni conoce sus secretos disgustos. Satisfacerse con poco es la mayor sabiduría. El que aumenta sus riquezas aumenta sus cuidados; pero una mente que sepa contenerse en sus ambiciones es un tesoro escondido que no encuentra nunca desazones. Un deseo inmoderado de riquezas es un veneno que se apodera del alma. No dejemos que la adversidad nos arrebatte la esperanza, ni a la obscura prosperidad que nos quite la luz de la razón y la prudencia.

La mayor victoria que el hombre puede alcanzar es sobre sí mismo. Establecerse bajo sus propios principios de acción y procurar que esos principios sean la justicia, la sabiduría, la verdad y el amor; luego seguir invariablemente por el camino que ellos nos tracen. Hallarse al amor y no al odio. Cuando se haga el bien, hágase porque es bueno y no porque los hombres lo estimen. Cuando se evite el mal, hágase porque debe evitarse lo malo, no porque los hombres hablen en contra suya. Ha-

cer el bien por amor a la bondad; ser honrado por amor a la honradez.

La verdadera penitencia no consiste en manifestar pesar o llorar. Al descubrir que hemos procedido mal debemos retroceder y luego encaminarnos por el buen camino. Si hemos tomado un mal camino, ¿de qué sirve gritar y llorar como los niños? Debemos retroceder y reanudar el viaje por el buen camino sin pérdida de tiempo.

Debemos recordar constantemente que la mente humana tiene todos los poderes y atributos y que nada en el universo puede detener o impedir el progreso de aquel que conoce lo que es verdad y desea lo que es bueno.

VIII

DESENVOLVIMIENTO

El Pensamiento de Isis.— El Soto del Nilo.— El hombre como la planta debe aprovecharse de lo que le rodea.— El camino de la Evolución.— El ideal facilita esa Evolución.— El pensamiento puesto en la perfección de la raza, y el deseo ayudando a aquél, harán que la Humanidad llegue al más alto grato de perfección.

CAPITULO VIII

Desenvolvimiento

En los tiempos pasados, cuando el mundo era joven, un pensamiento de Isis descendió a la tierra y fué cogido por los elementos y cristalizado en una raíz que crecía en una ribera del caudaloso Nilo. La humedad de su lecho la resguardaba del calor del sol que destruía la vida a su alrededor; pero aunque su vida fué preservada, no parecía que hubiese allí probabilidades para su desarrollo. Así fué pasando día tras día, y la vida en germen que había dentro de la raíz aquella, se preguntaba los propósitos y designios del pensamiento que había ido a ocupar un puesto entre los amontonados y apretados espacios de la tierra.

“¿Quién soy? ¿Por qué estoy aquí?”

Estas dos eran las preguntas que se hacía en su impaciencia.

El pensamiento creador le contestó después de un prolongado silencio: "Espera."

Y esperó hasta que la espera le pareció larga.

Cada día el majestuoso y cálido sol salía reluciente y sin color y poco a poco ascendía por el cielo sin nubes. Cada noche la obscuridad y el silencio se hacían más opresivos y más penosos de sufrir.

Pero una noche, a distancia, debió producirse una conmoción en el canal del hasta entonces perezoso y lento río. El volumen de agua fué creciendo por momentos, y cada vez se aproximaba más al sitio donde la pequeña raíz, extendiéndose y esperando, aguardaba su destino.

Luego, cuando el agua se hizo más impetuosa y violenta, fué llevada por la corriente millas y millas río abajo hacia el abierto mar. Pero cuando las riberas del río se ensancharon y la corriente se hizo más tranquila, la raíz finalmente exhausta, entró en una ensenada donde una curva de la ribera formaba un tranquilo remanso. De ordinario allí había poco fondo, pero nunca se quedaba en seco. La raíz quedó agradecidísima, por haber llegado allí, pues gracias a esa ensenada se había librado

de una pérdida segura; y con el sentimiento de verse libre de todo peligro, gozó de gran tranquilidad y paz.

Las movibles aguas fueron conduciendo sobre ella todas las basuras de la comarca alta, y empezaron a depositar en el recodo convertido en laguna, que poco a poco quedó cubierto de légamo, inmundicias y flor de tierra, y enterrada en ellas quedó la raíz.

Al principio notó ésta un nuevo desarrollo. Pero pronto se dió cuenta de que su posición no podía cambiar de algún modo particular, al menos por alguna acción suya propia. La fuerza innata creadora de su propia energía empezó a actuar dentro de ella y a echar tiernas raicillas, que fué colocando en su sitio para que su fundación fuese firme y segura, mientras ella preparaba la única escalera capaz de llevarla al aire y a los rayos de sol.

Cuando su cimentación estuvo terminada una nueva sensación de fuerza, crecimiento e intensidad nació en ella. Al principio, admiradora del origen de este nuevo desarrollo, quiso conocerlo, y el examen le reveló cómo, aparte de la aparente ruindad de sus alrededores, de cuya presencia y contacto deseaba alejarse, a ellos debía la maravillosa

fuerza. Por alguna extraña transformación, los más groseros elementos llamados estiércol y materias inertes, esencias de lo que estuvo largo tiempo en desuso, fueron transformados por sí mismos, llegando a tener vida activa y contribuyendo a su crecimiento y al cumplimiento de su misión.

Por su parte, la raíz, siguiendo a la par de esas materias su obra, empezó a construir en la parte superior una escala y proyectó hacia la superficie del agua un tallo, que dividido y subdividido, fué aproximándose más cada vez a dicha superficie, hasta que al fin se meció sobre ella impulsado por la corriente del agua, sin salir del lecho del río y transformado por el ardiente deseo de la raíz de escapar de su prisión.

Una forma nueva empieza a trabajar. Los rayos del sol al caer sobre las hojas fueron absorbidos y transportados al suelo, conduciendo elementos positivos para la renovación y vivificando las fuerzas negativas que reposan en la ribera del río. Mientras el deseo ha sido fuerte antes de alcanzar y conseguir lo apetecido, ha atraído los rayos de sol intensificando aun más la actividad de todas las fuerzas en acción.

Siguiendo el trazo de la escala ya construída trepa otro vástago semejante al primero, pero tomando en su cima una forma diferente; diferente porque en vez de la operación de una sola fuerza, es el trabajo perfecto de dos fuerzas que tienden a una nueva manifestación. Reposando al fin unido a su largo tallo, flotando inútilmente sobre la superficie, no da señales de sus propósitos; pero no es ya únicamente una hoja.

Del mismo modo que el sol sale en una mañana sin nubes, la caja que hasta aquí tiene una joya guardada en su interior, ábrese ampliamente a los rayos del sol, renace en los cielos y en la brisa agradable.

El Loto del Nilo ha nacido. Las substancias de que se nutre son las suciedades del río. Ha brotado a través de las inestables y ocultas aguas, alcanzando la luz del desarrollo de los cielos estrellados que están sobre él.

El Angel de las Aguas es el gran señor de la ilusión y de los cambios. No debe admirarnos que si un vegetal puede realizar un tal milagro de vida con lo muerto, húmedo y dañino, el hombre en su totalidad sea capaz de realizar tanto y más.

Esta es su labor: aprovecharse de lo que le rodea, de las ocasiones y experiencias para transformarlas en su mentalidad y convertirse en un hombre glorioso y perfecto.

Desde hace largos años la raza humana empezó a ascender por el camino de la Evolución, pasando de un grado a otro en el desarrollo de la vida, siguiendo a través de penas y goces, consciente de su superioridad y de su dominio sobre todas las circunstancias y condiciones.

El anhelo de la mente por algo mejor, el ideal nunca satisfecho, los continuos cambios de la moral y normas de conducta, todo lleva en sí la luz y la antevisión de las cosas más altas.

Cuando la raíz está en el suelo, y éste es bueno y es buena aquélla, hojas, flores y frutos son únicamente cuestión de tiempo. El sentimiento y comprensión de las condiciones, sociales, económicas y éticas, son realmente el mejor crecimiento, tienen un maravilloso poder para elevarnos.

Aceptar las imperfecciones de la vida y las penas que nos afligen como el dolor inherente al crecimiento; encaminarnos constantemente hacia nuestra perfección, haciendo únicamente lo mejor que

podamos, fija nuestra mente en la sabiduría, en el orden, en la previsión y en lo que sea beneficioso, así es como nos elevamos al supremo ideal de la Perfección, que incluye la totalidad de los planos para el Individuo y para la Raza.

IX

EN BUSCA DE LA FELICIDAD

El hombre está dotado con atributos que le capacitan para la felicidad y la paz.—El que desea alcanzar la sabiduría y la bondad, se guarda a sí mismo contra el egoísmo.—Y desarrolla todas sus mejores fuerzas dominando sus impulsos e inclinaciones egoistas.

CAPITULO IX

En busca de la felicidad

El alma del lirio duerme en el corazón del bulbo. El profundo suelo lo oprime fuertemente. Los gusanos son sus vecinos y compañeros. Gorgojos y larvas luchan por la sólida carne de la planta. Los misteriosos taladros penetran el alma de la flor dormida, y sus sueños son elevados, pues sueña cuando mostrará toda su belleza, besada por los rayos del sol, acariciada por la brisa embalsamada y amada por las mariposas.

Halagada por estas visiones de ventura, va abriéndose paso por entre la apretada tierra; se eleva del suelo y muestra un tallo tierno y unas hojitas temblorosas. Hunde sus raíces en la tierra y busca la humedad para beber, mientras que sus hojas se yerguen y absorben los rayos del sol para que le den

matices y colores. Convierte los minerales en alimento para su desarrollo. Por medio de la química de las hojas, se asimila los gases del aire y labora para fortalecer sus tejidos, hasta que florece en plenitud de vida y produce una flor blanca impecable, deliciosamente perfumada. Alcanza así el coronamiento de su ser y llena el propósito de su existencia, todo sin prisas, tumultos ni dolores.

“¡Sube! ¡Sube!”, le indican los rayos del sol. “¡Sube!”, le dicen los ecos de la lluvia y el murmullo de los vientos. “Aquí está la vida, aquí está la alegría. Sal al cielo abierto para que la luz te bañe.”

El lirio despierta ante la belleza que lo envuelve. El rocío que cae es un néctar refrigerante; y recibe la inundación abundante de vida y luz y suavidad que desciende sobre ella. Todos los elementos se ofrecen para moldear sus tallos y pétalos y destilan fragancia y belleza entre sus poros y venas.

Y si una flor que tranquilamente trabaja con los elementos que la Naturaleza le ha dado y puede realizar su misión de belleza, el hombre está dotado con atributos que le capacitan para alcanzar la felicidad y la paz. El destino de la flor es la be-

lleza y la fragancia, el del pájaro es remontarse en el aire y cantar y el del hombre es la alegría radiante, la fuerza reposada y el triunfo sobre los disgustos de la vida.

El alma del hombre puede desenvolverse como el lirio. Si aspiramos ardientemente a alcanzar y a conseguirlo, el divino poder fluirá en el corazón y la mente con la vida espiritual y la sabiduría y la belleza. Necesitamos únicamente ser receptivos para vernos llenos de poder y de luz. Estamos rodeados de todo lo que puede hacernos bellos, de todo lo que puede hacernos fuertes. Somos canales para las fuerzas divinas, para sostener la fuerza que emana del poder ilimitado.

Si estamos firmes y quietos en nuestro lugar, como el lirio, abrimos los ojos y todos nuestros sentidos, la luz de la verdad iluminará todos los problemas difíciles y viviremos en la paz y en la abundancia. Viviendo así, en armonía con las fuerzas cósmicas, el roce con la lucha se desvanecerá y entraremos en el camino de la alegría. Si no nos turba la ambición, las ocasiones y probabilidades vendrán por verdadero progreso. Sin dolor, sin esfuerzos lograremos el buen éxito. Sin luchar por

su conquista, subyugaremos los corazones de los hombres. Estaremos libres del interior desasosiego y caminaremos con esperanzada aspiración hacia la pacífica realidad y belleza divina de la vida altruista. Poseeremos abundantemente el poder positivo y seremos sostenidos por ilimitadas energías.

El hombre que está dominado por el orgullo, la avaricia, la vanidad y el egoísmo, y desea ardientemente el placer y la lujuria y busca siempre la felicidad personal sin preocuparse de la de los otros, camina por la senda que conduce a los oscuros estados de angustia y desagrado.

El que desea probar y alcanzar la sabiduría y la bondad, se guarda a sí mismo contra el egoísmo. Estará siempre dispuesto al sacrificio, al renunciamiento extremo, para conquistar la sabiduría y descubrir la verdad en su belleza.

El hombre que sin esperanza de recompensa hace el bien por razones de pura compasión y sincera caridad, alcanzará más elevados estados de desarrollo moral y espiritual que aquel que sólo piensa en sí mismo y en sus ilusorios goces. Un hombre esclavizado por sí mismo no puede realizar la interior armonía ni la justicia perfecta. No comprendemos

el amor que no es egoísta porque estamos encadenados en la obscura cárcel de los deseos ilusorios. Desechando la vanidad, el odio y las concepciones limitadas y todas las ilusiones del error, entraremos en la senda de paz y encontraremos la realidad espiritual, que es uno de los atributos de la Perfección a que aspiramos.

Un hombre desarrolla el poder, la estabilidad y la influencia, dominando sus impulsos e inclinaciones egoístas. Cuando un hombre al despertar se encuentra en los más altos estados de inteligencia y consciencia y empieza a construir sobre principios de verdad y justicia, su palabra y su obra perduran.

La fuerza espiritual es adquirida por la iluminación interior y la realización de los principios divinos. El que ha conseguido la perfecta fiscalización de las fuerzas internas puede mantener una inquebrantable tranquilidad y confianza en medio de todos los deberes y todos los goces. Posee la paciencia, la pureza y la profunda caridad de corazón.

Las más fuertes cadenas del hado y las circunstancias que atan a los hombres, se las forjan ellos mismos.

El hombre puede escapar únicamente a la inquietud interior y a las atadoras cadenas de los intereses perecederos con un incesante esfuerzo en su propia disciplina y elevándose a la altura de la pura visión donde el amor, la bondad y la justicia son contemplados como universales y omnipotentes.

El instinto de la dicha está profundamente enclavado en la naturaleza del hombre, como el instinto de conservación. La alegría se dirige como un río hacia el corazón. La felicidad y la tranquilidad deben ser asequibles a todos. La paz interior es la compañera de una recta conducta; la inquietud es la compañera de toda mala acción.

Todos los actos realizados de acuerdo con los principios divinos dan fuerza y resonancia a las cuerdas en que vibra la alegría.

La felicidad llega a través de la sincera aceptación del temperamento y tareas que el destino nos ha deparado.

Las grandes horas de la vida no son las empleadas tonta y neciamente; sino aquellas de éxtasis que vienen cuando el alma es sensible y simpática y responde a la verdad y a la belleza.

Cuando la luz de invariables principios baja so-

bre la mente, el hombre consigue la calma, la intrepidez y el dominio de sí mismo. La iluminación interna y la realización de los principios espirituales pueden ser alcanzados únicamente con constante práctica y aplicación.

La esencia de la vida humana es la manifestación consciente y siempre creciente del amor altruista.

Reconocer este principio, aceptarlo como el supremo, como la cosa esencial en la vida, como la guía de conducta, es llegar a la verdad y conocer nuestra divina naturaleza. Para alcanzar este amor, para comprenderlo y sentirlo, se necesita paciencia y fe.

Cuando más alejamos de nosotros los pensamientos egoístas y meditamos acerca de los imperecederos principios de verdad y justicia, el amor altruista, desinteresado, gradualmente se irá desarrollando en nuestra consciencia.

Cuando en plena y alegre vida, iluminada por una gran esperanza, la mente humana llega a verse libre de los trances del mal y entra en el camino de pureza y paz, la voluntad consciente se eleva a las alturas de la clara visión donde el Amor Divi-

no, la Bondad y la Justicia son vistos por el Ser Supremo, Todopoderoso, Indestructible; y entonces el paso mayor habrá sido dado hacia la Perfección de la Raza.

Pero como no basta para conseguirlo la mejor intención de nuestras palabras, queremos reforzar cuanto hasta ahora hemos dicho, con enseñanzas prácticas que puedan afianzar la consecución y el logro del Bien a que la Humanidad tiene derecho a aspirar.

X

LA IMAGINACIÓN ES EL
MEJOR AUXILIAR PARA
LA PERFECCIÓN DE LA RAZA

El hombre es lo que piensa que es.—
El pensamiento es fuerza.—La Imaginación es la gran aliada del Pensamiento. Es a un mismo tiempo Creador y Constructor.— Las sugerencias auxiliares.— La Concentración voluntaria es la Piedra filosofal.— Todo poder viene del subconsciente.— La Verdad es la Afirmación de la existencia interpretada por el individuo que afirma.

CAPITULO X

La imaginación es el mejor auxiliar para la perfección de la raza

Todo cuanto hemos dicho al lector estudioso en los precedentes capítulos tiene por fin y objeto llevar a su ánimo que la posibilidad de Perfección está a su alcance, por cuanto depende de su conducta e ideales y las normas de aquélla y la formación de éstos, son de fácil logro cuando los propósitos del hombre tienen como auxiliares las fuerzas que existen en él, aprovechadas sagaz y útilmente.

Hemos hablado en los dos primeros capítulos de la Autosugestión, que es la mayor fuerza de que disponemos, pero aun es conveniente que insistamos, porque la materia dista mucho de hallarse agotada y su importancia requiere un estudio cabal.

Lo primero que conviene dejar sentado como base y guía en nuestras especulaciones, es que EL HOMBRE ES LO QUE PIENSA QUE ES. EL PENSAMIENTO ES FUERZA, y gracias a su poder lo que pensamos es lo que se convierte en realidad. Pero como no basta pensar de una manera vaga y distraída para que tales resultados se produzcan, bueno será advertir que la Imaginación es la gran aliada del Pensamiento.

La Imaginación ejerce, efectivamente, una gran influencia sobre nuestros pensamientos y sobre nuestros actos. Esta facultad cuanto más desarrollada, de mayor valor será en todos los negocios de nuestra vida diaria.

Con la ayuda de la imaginación podemos recordar los sucesos pasados, los pensamientos, las imágenes y pinturas mentales, y ponerlos delante de nuestra mente para revistarlas y examinarlas. Ilumina nuestro camino, nos ayuda a formar ideales y nos descubre los resultados posibles por adelantado en aquello que nos proponemos. Nuestra imaginación ve en lo venidero; nos ayuda a construir planes; nuestros ideales y aspiraciones toman forma primeramente en nuestra imaginación.

La Imaginación es a un mismo tiempo creador y constructor. La imaginación fiscalizada, o el poder de animar las pinturas mentales, es la gran fuerza de la habilidad creadora, y de capital importancia en los descubrimientos e invenciones. La imaginación acepta los materiales que le proporcionan la razón y el juicio y crea nuevos objetos.

Ayudada por la escrupulosa experiencia y por la observación, la imaginación constructora es la que produce todas las teorías físicas. Así, Newton, gracias a su imaginación, descubrió la ley de gravedad que la caída de la manzana comprobó. La imaginación constructiva de Daltón, en sus trabajos de química, llegó a la teoría atómica. Darwin, Muxley, Ramón y Cajal, Edison y otros muchos han poseído una imaginación que trabajaba hacia fines definidos y conducía todas sus investigaciones bajo su constante y atinada guía. De igual modo, por la fuerza de nuestra imaginación cuando hemos podido ver lo que el autor muestra, estamos en condiciones de entender las nuevas ideas adquiridas, relacionándolas con los conocimientos que ya poseemos.

Ejercitar nuestra facultad de imaginación no es

lo mismo que “soñar despierto”, ni “construir castillos en el aire”. Lo que muchos hombres llaman imaginación no tiene valor real ni práctico, y es indigno de ese nombre, sin que nada tenga que ver con la potente facultad que recomiendo que se desarrolle. El único género de imaginación que se debe desear poseer es aquella que se puede emplear en cosas útiles, prácticas y beneficiosas.

Un primer paso en el desarrollo de la imaginación es darse cuenta de su valor, pensar mucho en esto y ejercitarla diariamente. El jornalero que se pasa los días cavando la tierra no tiene gran imaginación, por la sencilla razón de que no la ejercita y tiene descuidado su desarrollo. Los hombres de mucha imaginación son aquellos que han cultivado esta facultad, y eso hay que hacer si se quiere poseer ese poder en alto grado. Es un trabajo serio, práctico e importante que se debe emprender con el espíritu de un maestro de obras que se propone edificar algo grande y bueno en su vida.

Empléese conscientemente la imaginación en planear aquellas cosas que se quieran hacer o fabricar. Empléese diariamente, con toda largueza, y en los propósitos bien definidos; y no se tardará en des-

cubrir que es una fuerza constructiva valiosa en nuestra vida; una facultad útil y práctica para el logro de lo que deseamos.

Aun poseyendo una gran cantidad de conocimientos, puede prestar al hombre los mayores servicios, pues los vitaliza con la fuerza de sus sugerencias. Una razón por que algunos hombres de vasta cultura no producen obras con arreglo a ella es el que no se halla bastante ligado el conocimiento con la imaginación y no laboran ambos de acuerdo.

La imaginación que pone en orden los pensamientos fantásticos y sirve un propósito real, únicamente se desarrolla con el ejercicio bien dirigido. El trabajo diario en este sentido, producirá rápidamente positivos y tangibles resultados.

Deseo inculcar tan fuertemente como me sea posible el hecho de que nuestra imaginación puede convertirse en un enorme y poderoso factor en nuestra vida, y que por esa razón debemos aprender sus empleos y aplicaciones, y guiarla constantemente hacia las cosas prácticas, constructivas, útiles, recordando siempre que la mejor imaginación es aquella que más beneficiosos servicios nos presta.

Póngase la mayor atención en las siguientes sugerencias auxiliares:

1.^a Elegir el material mental con esmero.

Nuestra imaginación trabaja con los pensamientos e ideas antiguos, aunque revistan nuevas formas y entren en nuevas combinaciones. Por eso los poderes generales mentales, son los más eficientes y el más grande y más agudo y el mejor material que puede ofrecérsele a la imaginación para trabajar es el Conocimiento. Existe un abundante material de pensamientos, pero en su mayoría son inútiles e indeseables para nuestros propósitos.

Debemos acostumbrarnos a hacer la selección nosotros mismos en el gran campo de diversos materiales, entre los que creamos que son los más convenientes y de valor más práctico para nosotros. Los propósitos bien definidos y los ideales más elevados actuarán de enérgicos motivos en la elección de los mejores materiales.

De la sabia selección de conocimientos con que se nutre nuestra mente dependerá en gran escala el que los hábitos de la conducta diaria que nos hemos visto obligados a adquirir a través de los años de

nuestra vida sean más o menos útiles; esos hábitos son: la perfección, la precisión, la diligencia, la distinción y el sentido común.

2.^a Cultivar en gran escala las imágenes mentales.

Se debe poseer un gran número de imágenes mentales de todos géneros. Adquirir algunas imágenes o pinturas mentales nuevas, y ponerse en íntimo contacto con las cosas más dignas que nos rodean. Interesarse por la gente y los negocios y preocuparse tanto como sea posible de las cosas importantes que en general afectan a la humanidad.

Observar íntimamente lo que vamos progresando. Observar las cosas nuevas o no usuales. Tratar de comprender el significado y empleo de lo que veamos. Elegir para la lectura diaria lo que puede darnos nuevas ideas o imágenes de valor para nosotros particularmente. Interesarse y ser atento, firme en los propósitos y saber distinguir.

Si en los habituales asuntos nuestro pensamiento está dedicado casi exclusivamente a los problemas serios y abstractos, o dentro de un estrecho círculo, aumentemos la serie de nuestras imágenes con la

práctica frecuente de la formación de otras distintas, de una naturaleza completamente diferente. Nuestra experiencia será tanto más rica cuanto mayor sea la serie de nuestras imágenes mentales.

3.^a Seguras, claras y agudas impresiones mentales.

No por ser mayor el depósito de impresiones mentales valdrá más, si aquéllas no son claras y exactas. Si se examinan cuidadosamente los pensamientos del pasado, probablemente se encontrará que, comparativamente, se han fijado distintamente en nuestra mente. Si se piensa sin fiscalizar los pensamientos, resulta igual que con las series de impresiones movibles, que algunas se nos aparecen claras y distintas, pero las más de ellas confusas e indefinidas.

Las imágenes mentales más benéficas que tenemos, son las que más claras nos muestran las cosas y más completamente las poseemos. De ahí que una determinada escena nos produce una impresión mental más profunda si recibimos, no tan sólo la pintura visual, sino también las impresiones de los cantos de los pájaros, el rumor del viento o el agua y

los diversos perfumes de la hierba, los árboles y las flores. O una frase nueva o extraña que hemos oído y visto impresa, se graba en la mente de dos maneras, por su sonido y por su apariencia en el papel, y por eso es más probable que se fije en la mente que si tan sólo se oye o lee. Describir oralmente o escribiendo las cosas que se ven, es una gran ayuda para desarrollar las formas claras de las imágenes mentales.

Pero no se olvide que esas imágenes mentales, o sea la representación de lo que deseamos o lo que apetecemos es un trabajo de Autosugestión, y que la Autosugestión no se consigue sin la Concentración Voluntaria, a la que un escritor bien conocido ha llamado la "Piedra filosofal".

El que adquiere esa Concentración Voluntaria es el Amo. No es otro el secreto del poder del sujeto hipnótico, de la "ciencia cristiana", "del fakir indio" y en ella residen todos los fenómenos ocultistas de diversos nombres en todas las clases y géneros de vida.

Recuérdese que ese poder se halla dentro del Yo esperando manifestarse; y los modos únicos seguros de manifestación son los que el Ser dirige. Quien

más fe tiene en el Ser, mayor poder alcanza. Los que han influído en el mundo son los que han tenido fe en sí mismos.

Los pensamientos todos tienen igual fuerza, puesto que todos nacen de un mismo origen. La diferencia está en el poder de concentración individual.

Todo poder viene del subconsciente. Si ha de dirigirse a un pensamiento o difundirse en varios, eso lo ha de determinar cada individuo, y esta determinación "controla" las condiciones de su vida.

Recuérdese que la Sugestión es por una causa u otra una emoción o un pensamiento, y luego se verá que es un factor siempre presente en la vida. No hay inteligencia posible donde no hay Sugestión. No hay manifestaciones conscientes de la mente hasta que la Sugestión pone sus facultades latentes en la expresión. La principal manifestación de la consciencia es el reconocimiento de la Sugestión. La Afirmación es la principal manifestación de la propia consciencia. Por esa razón las Afirmaciones, o lo que es lo mismo, las convicciones verdaderas gobiernan el mundo. La Verdad es únicamente la Afirmación de la Existencia como interpretada por el individuo que afirma.

Por eso cada individuo está sujeto a las Sugestiones ajenas, hasta que aprende, por la experiencia, a escogerlas, cuando descubre su poder de elección. Este poder de elección puede desarrollarse únicamente haciendo cosas, y a eso es a lo que llamamos experiencia.

Cada cual posee el poder de Afirmación y como posee además el poder de escoger las Afirmaciones, ahí reside el poder que todos tenemos de crearnos el Destino deseado. El Destino deja de ser fatal cuando la elección empieza. El Deseo, mediante la facultad de elección, llega a ser el señor de la vida.

He aquí por qué afirmamos que la Perfección de la Raza está en nuestras manos.

XI

LA EDUCACIÓN DE LOS
SENTIMIENTOS

La Imaginación puede elevar la mentalidad humana, y también nuestros sentimientos.—La clasificación de los sentimientos.—Los sentimientos agradables y los desagradables.—«El cuerpo es la expresión del alma».—Se piensa porque se siente.—La vida objetiva y la vida subjetiva.—El destino del hombre está en sus manos.— Cada hombre puede afirmar y *ser* lo que se proponga.

CAPITULO XI

La Educación de los Sentimientos

Hemos visto en páginas anteriores que el hombre camina hacia la Perfección no tan sólo por la bondad de sus pensamientos sino también por la de sus sentimientos.

La Imaginación, la Subconsciencia, la Consciencia interna, por medio de la Autosugestión, pueden elevar la mentalidad humana, ¿y no será posible hacer algo semejante con respecto a los sentimientos? Los sentimientos, como la imaginación, pueden ser educados en un sentido u otro con arreglo a nuestros deseos de excelencia y perfección.

Está generalmente reconocido que muchos sentimientos pueden ser estimulados y cultivados en el más alto grado posible, y que otros deben ser subyugados o eliminados.

Merecen nuestra aprobación sentimientos tales como el amor, la alegría, la simpatía, la generosidad, la paciencia, el optimismo, la confianza, la admiración y el patriotismo; y en cambio encontramos reprobables y censuramos sentimientos tales como el odio, el miedo, la envidia, la impulsividad, el egoísmo, el pesimismo y la ira.

Las dos clases esenciales de sentimientos son los de placer y los de pena, o sea los sentimientos agradables y los sentimientos desagradables. Esta clasificación general nos servirá para nuestro propósito.

Agradables.—Amor, alegría, confianza, paciencia, verdad, generosidad, entusiasmo, compasión, optimismo, valor, sinceridad, nobleza, reverencia, elemencia, fe, tolerancia, gratitud, jovialidad, interés, caballerosidad, contento.

Desagradables.—Odio, pesar, miedo, impulsividad, desconfianza, suspicacia, egoísmo, abatimiento, crueldad, pesimismo, cobardía, hipocresía, bajeza, irrespetuosidad, resentimiento, desesperación, aspe-

reza, ingratitud, morbilidad, indiferencia, arrogancia, ansiedad.

Existen ciertos sentimientos indispensables para la conquista de la verdad. Por ejemplo el interés y la simpatía son a veces necesarios para la recta aproximación y aplicación a un asunto. La apreciación que es una forma de simpatía, tiende a hacer más receptiva la mente y a ampliar el punto de vista mental. La simpatía inteligente es considerada con justicia como una valiosa ventaja para adquirir conocimiento de cualquier asunto o sujeto.

El sentimiento de paciencia, cuando está propiamente desarrollado facilita la prosecución de un asunto por pasos graduales hasta su conclusión. Esta cualidad es característica de los prudentes y cachazudos estudiantes que no se desaniman por los problemas difíciles, y trabajan pacientemente hasta el fin.

Algunos sentimientos si se emplean indebidamente, será en detrimento del hallazgo de la verdad.

El sentimiento de optimismo que nos hace decir que todo es bueno y que ocurre siempre lo mejor, puede hacer que cerremos los ojos a la verdad real. Se debe distinguir con toda precisión entre el opti-

mismo inteligente que mirando siempre lo mejor, sabe distinguir entre lo bueno y lo malo, y el necio optimismo que indistintamente lo acepta todo como lo más recto y mejor.

El sentimiento de admiración puede producir la exageración o el juicio equivocado. El amor, la generosidad, y la simpatía pueden ser en algunas circunstancias causa de prejuicios para nuestra mente contra la verdad efectiva. La humildad, la paciencia y la caballerosidad, si no se emplean de un modo inteligente, producirán más bien la debilidad que la fuerza de carácter.

El sentimiento de apatía o indolencia nos hará aceptar opiniones erróneas de otras personas, en vez de hacer un examen independiente de la cosa por nosotros mismos. El sentimiento de timidez nos hará admitir opiniones que no hemos comprendido claramente. El egotismo y el prejuicio son fuentes de grandes errores.

Desde luego, nuestros sentimientos están estrechamente ligados con nuestros pensamientos y creencias, y es de suma importancia que los examinemos críticamente y los estudiemos para ponerlos bajo nuestra fiscalización. Un sentimiento indisciplina-

do con facilidad llegará a los excesos, y acabará por asumir una indeseable autoridad sobre nuestra mente. Una pasión dejada en libertad y lo mismo un prejuicio, pueden adquirir una fuerza que con dificultad se les hará perder.

Digamos ahora algo sobre los estímulos físicos y mentales de los Sentimientos.

Se debe tener muy presente que una buena salud física desempeña un papel importante en la regulación y "control" de nuestros sentimientos.

"El cuerpo es la expresión del alma", ha dicho Walt Witman.

La vida en el exterior, en pleno aire libre y haciendo ejercicio, tiene un beneficioso efecto sobre la mente y el cuerpo, y directamente influye en los sentimientos. De ahí que el hombre que se pasa los días entre cuatro paredes, sin aire, ni sol, ni ejercicio con frecuencia se siente deprimido y descorazonado, mientras que aquel que pasa los días al aire libre y confundido con sus compañeros es probable que posea en abundancia la alegría y la vitalidad.

También los libros de que se nutre nuestra inteligencia tienen gran influencia en el curso y desarrollo de nuestros sentimientos. Algunos autores

son morbosos y deprimentes en la elección y modo de tratar los asuntos. Perturban la fe del hombre y no ofrecen nada a cambio de ella, sino la duda y la desesperación.

En cambio existen otros autores cuyos libros dan una distinta impresión al lector. Escriben en un tono elevado y su propósito es ofrecer al lector ideas alentadoras y útiles. Esos son escritores constructores, y es una gran ventaja estar en contacto con sus personalidades aunque sólo sea a través de las páginas impresas.

Nuestro habitual punto de vista en la vida reacciona sobre nuestros sentimientos. Si miramos para ver lo brillante y bello, nuestras probabilidades de verlo y sentirlo serán muchas. Se puede probar esto, resolviéndonos por un momento a verlo todo con ojos benévolos; si así se hace, nos parecerán maravillosos los resultados que en ese sentido se obtengan, con respecto a nuestros sentimientos.

Los sentimientos que introduzcamos en nuestro interior son los que arraigarán y se desarrollarán en nuestro carácter. De ahí que hayamos de ir con mucho tiento respecto a ciertos sentimientos que nos consta que serían nocivos a nuestro elevado progre-

so, y de los que en realidad podemos prescindir en la vida. Rechácese todo pensamiento indeseable en el mismo instante en que se manifieste. Ser vigilantes en todo momento en lo que respecta a esto, es el precio que cuesta el triunfo de nuestros deseos de Perfección.

Todos los sentimientos que desarrollamos en nosotros, acaban por encontrar expresión y una manifestación exterior en nuestra vida física. El tono de la voz, los ademanes y gestos, la expresión facial y las maneras personales dan inequívocas indicaciones de nuestros sentimientos habituales. Por eso nuestras emociones se delatan por señales externas en nuestra expresión, conducta y otras indicaciones de la corriente de nuestro pensamiento.

Por simpatía de sentimiento nos libraremos mejor y más rápidamente de una gran serie de emociones indeseables.

Carlyle dice que la simpatía es la mejor salvaguardia contra el egoísmo. Todos los falsos sentimientos de orgullo, avaricia e intenso egoísmo, pueden ser moderados por el desarrollo de la simpatía humana.

Un gran valor del seguro "control" de nuestros

sentimientos y emociones es el de emplearlos conscientemente y definitivamente, como un estímulo de nuestra voluntad. Sabemos los sentimientos y emociones que deseamos que se manifiesten en nuestra personalidad, carácter y vida; debemos, pues, formar un plan para desarrollar esos sentimientos en nuestras actividades cotidianas, empleando las sugerencias que puedan ayudarnos a conseguirlo.

En los dos primeros capítulos se han dado normas para utilizar esas sugerencias y a ellas nos atenemos.

Sin embargo, bueno será que aquí, aun a trueque de repetirnos, dejemos sentadas unas verdades cuyo conocimiento puede ser de gran utilidad al lector estudioso.

Todas las cosas reposan en el simple hecho de la sensación: "Siento"; y su corolario: "Porque siento, pienso".

¿Queremos ser los dueños de nosotros mismos?

Pues no hay más que recordar que podemos pensar y sentir lo que escojamos; y que por lo mismo no sentiremos ni pensaremos lo que no queramos.

Esto viene a probar la necesidad de la vida ob-

jetiva, pues es la que despierta al Yo en una conciencia de sí mismo.

Sin lo objetivo no hay manifestación de vida; en él está únicamente la posibilidad de la vida. De ahí que lo subjetivo y lo objetivo sea uno, y no puedan ser separados. Y sin más argumentos queda aquí afirmado que son uno *para siempre*.

Ya hemos dejado establecido en páginas anteriores que cada persona tiene el poder de elección y de ignoradas Sugestiones, y por lo tanto reside en nosotros la fuerza para determinar lo que ha de ser nuestra vida. Pero hay que hacerlo con juicio. Esto es, emplear la voluntad con juicio. Estas dos palabras son poderosas.

Cuando se ha comprobado que estas afirmaciones son verdad, se comprobará también que este es el hecho más importante que la humanidad ha descubierto. Su significación no puede ser medida por un siglo.

La afirmación es ésta: Cuando el hombre conoce su poder, ya no será nunca jamás el esclavo de las circunstancias. Las circunstancias se amoldarán a su voluntad.

El destino del hombre está en sus manos. El hom-

bre es lo que piensa ser, y siente con arreglo a lo que piensa. Por eso ha dicho una autorizada firma:

“Un hombre puede pensar lo que quiera, y puede convertir el pensamiento en realidad en la vida objetiva.”

Esta es la clave de los destinos humanos, ahí radica la Perfección de la Raza. Este es el hecho más importante que el hombre ha descubierto. Significa la evolución hacia lo que hasta ahora sólo ha existido en el sueño del poeta o la visión del profeta.

Cada hombre puede afirmar y ser lo que él se proponga. Le basta para ello con seguir las Autosugestiones que se basan en la Verdad y saber seguir las para que le conduzcan a la realización de sus aspiraciones. El poder del Pensamiento no tiene límites.

Todo poder viene del subconsciente. Este subconsciente, es el Alma Humana, el Yo; y no hace nada que no sea querido por la mente consciente. El subconsciente es para el hombre consciente la única fuente de poder, de inteligencia y de amor. El hombre consciente fiscaliza la expresión de esa fuente con su Voluntad, y empleada ésta suavemente, sin lucha, logrará someter al Subconsciente, que

aceptará las Sugestiones que el juicio le imponga.

Nuestros sentimientos, nuestros pensamientos, nuestras acciones, todo, en fin, lo que constituye nuestro ser, obedeciendo a esa ley que hace de nosotros nuestros propios dueños, se encaminarán allá donde nuestros deseos los guíen, y de ese modo, tomando por faro los Ideales más elevados y adaptando nuestra Conducta a esos Ideales, habremos contribuido con nuestra individual perfección a la Perfección de la Raza.

HÁBITOS E INCLINACIONES

Cada individuo puede dirigir su propia naturaleza.—La vida será como nosotros nos la hagamos.—El cumplimiento del deber.—El deber es un lazo familiar y social.—El cumplimiento del deber favorece la Perfección de la Raza.—La alegría es un don del cielo.—La paciencia.—El sufrimiento es de institución divina.—El verdadero valor.—El valor y la bondad.—En qué consiste la bondad.—La tiranía de las pasiones.—La cobardía moral.

CAPITULO XII

Hábitos e inclinaciones

Hemos visto, por lo que antecede, que el hombre puede ser el artífice de Sí Mismo, si así se lo propone. Y nada más cierto.

Si bien la naturaleza moral depende en gran parte del temperamento y de la salud física, así como también de la primera educación y del ejemplo de aquellos que nos rodean, es, no obstante esto, posible a cada individuo dirigir su propia naturaleza y mantenerla y disciplinarla velando sobre ella con perseverancia. Un hábil profesor ha dicho, refiriéndose a los hábitos y a las inclinaciones, que se pueden enseñar lo mismo que el latín y el griego, siendo mucho más esenciales para la felicidad.

De los hábitos e inclinaciones nace en gran parte

nuestra futura predisposición a una particular tendencia.

Por eso ha podido decir, con gran razón, un pensador inglés:

“La disposición de cada ser humano, considerado individualmente, depende mucho de su propia constitución y de lo que le rodea en sus primeros años; del centro dichoso o desdichado en el cual ha sido criado; de las virtudes o de los vicios que ha heredado, y de los ejemplos buenos o malos que ha tenido ante sus ojos. Tales consideraciones debieran enseñar a todos los hombres la caridad y la indulgencia.

Por otra parte, la vida será siempre para nosotros, hasta cierto punto, tal como nosotros mismos la hagamos. Cada uno se crea su pequeño mundo. El espíritu festivo lo hace agradable, el espíritu enfadoso lo hace insoportable. “Mi alma es para mí un reino”, tan bien puede aplicarse al campesino como al monarca: el uno puede ser rey en su corazón, como el otro puede ser esclavo en el suyo. La vida no es por lo común más que el espejo de nuestras propias individualidades. El espíritu es el que da a todas las situaciones, a todas las fortunas, grandes o pequeñas, su verdadero carácter. Para los buenos

el mundo es bueno, y es malo para los malos. Si nuestra manera de juzgar la existencia es elevada, si nosotros la consideramos como una esfera de esfuerzos útiles, de noble vida y grandes pensamientos, de hacer el bien a los demás como a nosotros mismos, ella será alegre, llena de esperanza y de bendiciones. Si, al contrario, la consideramos tan sólo como el medio de satisfacer nuestro egoísmo, nuestros placeres y nuestra ambición, estará llena de fatigas, de angustias y de contrariedades.

Hay muchas cosas en la vida que no podemos comprender, y que son para nosotros otros tantos misterios que vemos “como en un vaso ennegrecido”. Pero, aunque no podamos comprender toda la significación de esa disciplina de la prueba, por la cual los mejores de entre nosotros tienen que pasar, debemos, sin embargo, tener siempre fe en el cumplimiento de ese gran designio, del que nuestras pequeñas individualidades forman parte.

Cada uno de nosotros debe cumplir su deber, en la esfera en que ha sido colocado. No hay más que el deber que sea verdadero; sin él no hay acción realmente buena. La conciencia de haberlo cumplido nos procura el más puro de los goces, pues, de todos

ellos, es el que nos comunica más satisfacción, porque no va acompañado ni de arrepentimiento ni de contrariedad.

El deber es una cosa que se debe, y que tiene que ser pagada por todo hombre que quiera evitar el descrédito presente y una probable insolvencia moral. Es una obligación y una deuda, cuyo pago exige esfuerzos voluntarios y una acción decidida y constante en todas las circunstancias de la vida.

El deber abarca toda la existencia del hombre. Comienza en el hogar doméstico, en el que los niños tienen deberes para con los padres, de un lado, y los padres deberes para con los hijos, del otro. Hay, también, los deberes respectivos de los maridos y de las esposas; de los patronos y de los sirvientes; mientras que, fuera de la familia, hay deberes que ligan a los hombres y mujeres entre sí como amigos y vecinos, y como jefes y empleados, como gobernantes y gobernados.

El sentimiento del deber es un apoyo, hasta para el hombre valiente. Le ayuda a mantenerse firme, y le hace fuerte para los embates de la vida.

Vivir realmente, es obrar con energía. La vida es una batalla que es preciso librar valerosamente. Ins-

pirado por una resolución grande y honorable, el hombre debe permanecer en su puesto, y morir allí si es necesario en el cumplimiento de su deber.

El deber se liga íntimamente a la franqueza del carácter, y el hombre esclavo del deber es, sobre todo, sincero en sus palabras y en sus acciones. Dice y hace lo que es bueno, de buen modo y oportunamente.

El deber cumplido comunica a nuestro espíritu lo que se ha llamado la interior satisfacción y es causa de autosugestiones beneficiosas, que producen como resultado la alegría, esa disposición de ánimo optimista que haciéndonos ver todo lo mejor nos estimula hacia lo Bueno, y por ese procedimiento favorece la Perfección de la Raza, pues se ha de tener muy presente que en la resolución que a ella nos conduce todo coadyuva si es de índole positiva, como todo lo entorpece cuando es de índole negativa.

Y la alegría es un elemento de orden positivo indudablemente y uno de los dones más preciados con que la Naturaleza ha podido favorecer al hombre.

Un temperamento alegre no es solamente un gran origen de goces en este mundo, sino que es también una salvaguardia para el carácter. Un escritor mo-

dero y famoso a quien se le preguntaba lo que debíamos hacer para vencer las tentaciones, contestó: "La alegría es el primer medio, también es el segundo y asimismo es el tercero". Es la que prepara la tierra en que germinan la bondad y la virtud. Ablanda el corazón y ensancha el espíritu. Es la compañera de la caridad, la nodriza de la paciencia y la madre de la sabiduría. Es también para el alma el mejor de los tónicos. "No hay cordial alguno, decía el doctor Marshall Hall a uno de sus enfermos, que sea más saludable que la alegría." Y Salomón dijo "que un corazón alegre hacía tanto bien como un medicamento".

"Dadme uno que ría honradamente", solía decir Walter Scott, y él era de los que reían de todo corazón. Tenía para todo el mundo una palabra afectuosa, y su bondad se expandía en torno suyo de una manera simpática, disipaba la reserva y el temor que su ilustre nombre inspiraba en un principio. "Viene aquí de vez en cuando en compañía de grandes personajes—decía el guarda de las ruinas de la Abadía de Melrose a Washington Irving—y me lo anuncia su voz al llamarme: ¡Johnny! ¡Johnny Bower! y desde que me presento estoy seguro de ser

recibido con una broma o una palabra cariñosa. Se pone a charlar y a reír conmigo lo mismo que una vieja; ¡y pensar que es un hombre *tan terriblemente sabio en historia!*"

El buen humor acompaña también a la paciencia, que es una de las principales condiciones de la felicidad y del éxito que pueden obtenerse en esta vida.

Con el auxilio de la paciencia y el dominio sobre sí mismo es como se perfecciona el carácter verdaderamente heroico.

Y ese carácter ya es un signo de perfección que si el hombre alcanza puede transmitir a sus descendientes laborando de ese modo en la Perfección de la Raza.

No se olvide que la Vida nos pone con mucha frecuencia a prueba y que hay que estar siempre apercebido para afrontar la desgracia.

Las desgracias forman el carácter, y fortalecen la naturaleza, unida al goce, y ligada a la ternura.

El sufrimiento es evidentemente de institución divina como el placer, y ejerce mucha más influencia sobre la disciplina del carácter. Castiga y suaviza la naturaleza, enseña la paciencia y la resig-

nación y contribuye a inspirar los pensamientos más profundos y más elevados.

El sufrimiento es tal vez el medio elegido por la Providencia para disciplinar y desarrollar lo que hay de más elevado y de más noble en la naturaleza del hombre. Admitiendo que sea cierto que la felicidad sea el objeto de nuestro ser, puede ser muy bien que el dolor sea la condición indispensable para llegar a ella.

El dolor mismo no es solamente penoso. Por un lado toca al sufrimiento, y por el otro a la felicidad. Porque el dolor es un remedio lo mismo que una angustia. El sufrimiento es una desdicha, si se le mira por un lado; mas del otro es una disciplina. En muchos hombres, la mejor parte de su naturaleza dormiría un sueño profundo sin el sufrimiento. Realmente, hasta podría decirse que la pena y la pesadumbre son para ciertos hombres condiciones indispensables de éxito, y medios necesarios para evocar el más grande desarrollo de su genio.

A veces las congojas del corazón despiertan una naturaleza pasiva y la empujan a la acción.

Si la vida, sólo tuviera sol sin sombra, dicha sin

pesadumbre, y placer sin pena, no sería ya la vida—al menos vida humana.

La vida se compone de pesadumbre y de alegrías y éstas nos son tan dulces precisamente a causa de las pesadumbres; las privaciones y los goces se suceden y nos entristecen y alegran alternativamente. La misma muerte hace la vida más atractiva, porque aproxima más a aquellos que quedan aquí abajo.

La prosperidad y el éxito no dan por sí mismos la dicha, y acontece a menudo que aquellos que han tenido menos éxito en este mundo, encuentran mayor alegría en él.

Una persona sabia aprende poco a poco a no exigir demasiado de la vida. En tanto que se esfuerza en llegar al éxito por medios dignos de ella, se prepara para el fracaso. Abre su espíritu a la alegría, pero se resigna pacientemente al sufrimiento. Las lamentaciones y las quejas de la vida jamás sirven para nada: tan sólo el trabajo animoso y alegre, y la perseverancia en los senderos del deber, son verdaderamente útiles.

El que tal hace es un valiente y la valentía en el hombre es señal de bondad.

Pero el valor que se demuestra en esfuerzos si-

lenciosos, aquel que llega hasta soportarlo y sufrirlo todo por amor a la verdad y al deber, es más heroico que los hechos del valor físico, que se recompensan con honores y con títulos, o con laureles con frecuencia empapados en sangre.

Es el valor moral lo que caracteriza la verdadera grandeza del hombre y de la mujer; el valor de buscar y de exponer la verdad; de ser justo y honrado; el valor de resistir a la tentación, y de llenar su deber. El hombre y la mujer, si no poseen esta virtud, no pueden estar seguros de conservar las otras.

Cada paso de progreso en la historia de nuestra raza se ha efectuado en medio de las oposiciones y de las dificultades, y ha sido hecho y consolidado por los hombres intrépidos y valientes que servían de guías a los otros en el dominio del pensamiento; esos hombres eran grandes inventores, grandes patriotas, y grandes trabajadores en todas las sendas de la vida. Acaso no haya ni una sola verdad, ni una sola doctrina, que no haya tenido que luchar contra la detracción, la calumnia y la persecución para darse a conocer. “En todas partes, dice Heine,

donde un alma grande da vuelo a sus pensamientos, encuentra un Gólgota”.

Las injusticias y las adversidades, hacen al hombre valeroso indulgente, porque sus propias desdichas aumentan su comprensión, en vez de irritarlos, como ocurre con las almas mezquinas, con sus semejantes.

El hombre valiente es tan dulce como magnánimo. No cogerá ni aun a su enemigo en una condición desfavorable, tendrá misericordia de un hombre caído, incapaz de defenderse. En medio de las luchas más encarnizadas, se han visto semejantes ejemplos de generosidad y aquellos que los han ofrecido por ser los más bravos han sido los más bondadosos precisamente.

Hablamos de la bondad de alma que es la que puede surtir efectos eficaces en el mejoramiento de la raza, y no de aquella otra bondad que no pasa de la sensibilidad o de la debilidad.

Como ha dicho el profesor Ortehandorth:

“La bondad no consiste en hacer regalos, sino en ser dulce y generoso de espíritu. En ocasiones se da dinero, de la bolsa, pero sin la bondad que viene del corazón. La bondad que se limita a dar dinero no

vale gran cosa, y produce frecuentemente tanto daño como beneficio; pero la bondad que se traduce por una verdadera simpatía y un socorro oportuno, produce siempre los mejores resultados”.

Es preciso no confundir la buena índole que se expresa por medio de una buena acción, con la malicia o la tontería. El que la posee se encuentra en una condición activa más bien que pasiva; lejos de ser indiferente, es muy simpática. Esta buena índole no es siempre peculiar de las clases más humildes de la especie humana, sino que se la encuentra entre los seres mejor organizados. La verdadera bondad busca y fomenta todo aquello que puede servir para hacer el bien en el presente, y haciendo frente al porvenir, ve perpetuarse el mismo espíritu para la dicha y el perfeccionamiento de la humanidad.

Los hombres benévolos son generalmente los más activos y laboriosos, mientras que los egoístas y los escépticos, que sólo se aman a sí mismos, permanecen ociosos. Buffón acostumbraba decir, que no tendría confianza en un joven que comenzara la vida sin tener un entusiasmo cualquiera, pues esto probaba, al menos, que se tenía fe en una cosa buena, grande

y generosa, aun cuando fuera imposible alcanzarla.

La vanidad, el escepticismo, y el egoísmo, son siempre compañeros tristes en la vida, y los que los poseen constituyen para la juventud relaciones anti-naturales. El vanidoso se aproxima mucho al fanático. Constantemente ocupado de sí mismo, no le queda ningún pensamiento para los demás. Todo lo refiere a su individuo, no sueña sino en sí, y se estudia a sí mismo, desinteresándose de todo cuanto no sea él.

El egoísta, ha equivocado desdichadamente el camino de la felicidad y creyendo cultivar únicamente lo que le beneficia, se entrega atado de pies y manos a la más odiosa de las tiranías, que es la tiranía de nuestras pasiones, bajo la cual en vez de cumplir la ley de Progreso que nos conduce por la Evolución hacia un grado superior de perfeccionamiento, nos degrada y envilece, haciéndonos retroceder lamentablemente.

Quien no sabe librarse a tiempo de esa tiranía, quien no logra manumitirse oportunamente de esa esclavitud, dejará incumplida su alta misión y acabará tristemente sus días infructuosos para la obra

evolutiva en que todos los hombres estamos obligados a colaborar para la Perfección de la Raza.

Es la tiranía de nuestro apetito sin freno, contra la cual, ni fuerza armada, ni voz, ni votos podrán resistir, en tanto seamos esclavos voluntarios.

El poder de esa tiranía no puede ser vencido sino por las armas morales, por la disciplina del carácter, y el respeto de sí mismo. No existe otro medio para luchar contra el despotismo de las pasiones, bajo cualquier forma que se haga sentir. Las reformas de las instituciones, la libertad del voto más extendido, el gobierno mejor organizado, la enseñanza escolar más adelantada, dependen absolutamente del imperio de sus sentidos. La prosecución de los placeres vergonzosos es la ruina de la verdadera felicidad. Ella mina la moral, destruye la energía y rebaja el vigor y la fuerza de los individuos y de las naciones.

Su consecuencia inmediata es la Cobardía Moral, que tantos estragos ocasiona en la Humanidad y en la Familia, porque indudablemente, en todos lados penetra y en todas partes deja sentir sus efectos, con detrimento de la dignidad humana.

En la Política, en el Comercio, en la Vida ordi-

naria la Cobardía moral da señales de su existencia y los afectados de ella, como dice un moralista inglés: “no se contentan con adular a los ricos, sino que a menudo igualmente adulan a los pobres. Antes consistía la adulación en no atreverse a decir la verdad a personas de elevada jerarquía; hoy los arrivistas políticos se atreven menos a decírsela a aquellas que ocupan posiciones ínfimas. Ahora que las “masas” ejercen un poder político, existe una tendencia general a adularlas, a halagarlas, y a no hacerlas oír sino palabras lisonjeras. Se les atribuyen virtudes que están seguros que no poseen. Se evita decir públicamente verdades saludables, pero desagradables; y, con el fin de obtener su favor, se afecta a menudo simpatía por principios imposibles de llevar al terreno de la práctica.

No es el hombre de más noble carácter, ni de la mayor distinción, el que se busca hoy; a él es preferido el del hombre más bajo, el menos culto, el menos distinguido, porque su voto es generalmente el de la mayoría. Se ven personas que poseen nombre, fortuna, educación, y que se humillan ante un ignorante para obtener su voto. Están prontos a mostrarse injustos, y sin principios, antes que hacerse

impopulares, porque para ciertos hombres es mucho más fácil rebajarse y adular que ser viriles, decididos y ecuanímenes; plegarse a las preocupaciones que combatirlas. Es preciso fuerza y valor para nadar contra la corriente, en tanto que cualquier pescado muerto puede flotar con ella.

Esa complacencia servil por la popularidad ha crecido rápidamente en los últimos años, y sus efectos han sido rebajar y degradar el carácter de los hombres públicos. Las conciencias se han hecho más elásticas. Ahora hay una opinión para la cámara y otra para la plataforma. Se alaban en público las ideas que se desprecian en privado. Las pretendidas conversaciones—que acompañan invariablemente a los intereses de partido—son más súbitas, y en la actualidad, casi no es un hecho vergonzoso la hipocresía”.

Indudablemente un afán ambicioso de escalar con el menor esfuerzo las más elevadas posiciones, hacen que en estos tiempos de democracia y sufragio universal muchos hombres sacrifiquen lo que en ellos hay de mejor y más noble en aras de una popularidad que en los comicios ha de valerles el triunfo; pero no porque esto ocurra, y por desgracia con

harta frecuencia, hay que desesperar y recargar el cuadro con tintas demasiado negras. Al lado de la degradación se nos ofrecen a diario ejemplos de abnegación y sacrificio, acaso como en época alguna han existido, y eso es una demostración de que la Raza sigue el proceso evolutivo hacia un ideal de Perfección que no pueden detener los casos aislados que la Vida nos presenta.

El hombre, no siempre nace con inclinaciones nobles, pero a los educadores, los padres y el maestro, corresponde sustituirlas por medio de hábitos de honradez y dignidad con el consejo y el ejemplo, para acelerar la marcha por la senda del Bien y del Deber, hacia la Meta que la Humanidad vislumbra, en los misterios de su consciencia, y que no es otra que la Perfección de la Raza.

XIII

EL ARTE Y EL BUEN GUSTO
COADYUVAN A LA
PERFECCION DE LA RAZA

La verdadera importancia del Arte en la educación del hombre.—Las buenas formas y los modales.—La mejor escuela es el hogar y la mejor maestra la mujer.—Lo que vale más que el Arte y el Buen Gusto.—El objeto que debemos perseguir.—La educación estética.—Las ventajas de la educación estética.—La educación estética puede contribuir a la Perfección de la Raza.

CAPITULO XIII

El Arte y el buen gusto coadyuvan a la perfección de la Raza

Elevar el alma de nuestros hijos y de nuestros discípulos por medio del Arte y del buen gusto, de la elegancia de las maneras, es encaminarlos por los senderos de la perfección.

De ahí se deduce que la obligación de padres y maestros es combatir con ahinco toda manifestación de grosería lo mismo en los sentimientos que en los modales, pues no influyen poco éstos en la educación de aquéllos.

No es esto suponer que su eficacia sea absoluta, y muy acertadamente ha podido decir un autor contemporáneo:

“Créese que por el estudio de las artes, se llegará a desarrollar el gusto del pueblo, y que por la con-

templación de bellos objetos se purificará su naturaleza, y que apartándole de los goces sensuales, su carácter será más noble y más elevado.

Pero, aunque una educación semejante sea a propósito para purificar al hombre y engrandecerle hasta cierto punto, es necesario no esperar demasiado de ella. Es indudable que la gracia endulza y embellece la vida, y que por ello bien la vale la pena de ser cultivada. La música, la pintura, el baile y las artes liberales, todas son fuentes de placer; y, si no son precisamente sensuales, fascinan por lo menos los sentidos, y muy a menudo no llevan más allá. El desarrollo del gusto por la belleza de la forma o del color, del sonido o de la actitud, no siempre tienen efecto sobre la cultura del espíritu o el desarrollo del carácter. La contemplación de las bellas obras del arte, deberá necesariamente mejorar el gusto y excitar la admiración; pero una sola acción generosa, hecha delante de los hombres, influirá en su corazón y despertará su emulación mucho más que la vista de millares de estatuas o de las más bellas pinturas. Porque son la mente, el alma y el corazón, y no el gusto y las artes, los que hacen a los hombres grandes.”

Es positivamente dudoso que la cultura de las artes, que conduce a menudo al lujo, haya hecho tanto por el progreso humano como generalmente se cree. Es muy posible que para los que se aplican demasiado exclusivamente a ellas, dé por resultado más bien debilitar que fortalecer el carácter, haciéndolo más vulnerable a las tentaciones de los sentidos. Dándole, pues, su verdadera importancia, y sin exagerarla, no cabe la menor duda de que el Arte, en sus manifestaciones más bellas, las que se dirigen al alma y no se limitan a recrear los sentidos, puede ser un gran auxiliar en la obra de perfección humana; y otro tanto podría decirse del buen gusto, por los beneficios que presta al hombre que lo tiene desarrollado.

El buen gusto es un verdadero economista. Se pueden aunar los pequeños recursos y suavizar la parte del trabajo como la del descanso. Se goza tanto más cuanto que se asocia el trabajo al cumplimiento del deber. El gusto realza la pobreza. Se demuestra en la economía del hogar, da brillo y gracia a la más humilde morada; produce la urbanidad, engendra la benevolencia, y crea una atmósfera de contento. Por consiguiente, el buen gusto unido a la

bondad, a la simpatía y a la inteligencia, puede realzar y embellecer la suerte más humilde.

La primera y la mejor escuela de las maneras, como la del carácter, es siempre el *hogar doméstico*, donde la mujer es la que enseña.

Las maneras de la sociedad consideradas en su conjunto, no son más que el reflejo de nuestros colectivos hogares, y no son ni mejores ni peores. No obstante, a pesar de todas las desventajas de un hogar ordinario, el hombre se puede aún cultivar a sí mismo en sus maneras y en su inteligencia, y aprender con los buenos ejemplos a ser afable y cortés hacia todo el mundo.

Muchos hombres se parecen a los diamantes en bruto: tienen necesidad de recibir ese pulimento que da el contacto con las naturalezas mejores, para hacer resaltar toda su belleza y esplendor.

Hay algunos que no están bruñidos sino de un lado, justamente lo preciso para hacer ver el grano delicado del interior; pero para hacer resaltar todas las cualidades de la piedra preciosa, hace falta la disciplina de la experiencia y el contacto de los más grandes modelos y los bellos caracteres, en las relaciones de la vida ordinaria.

Mucha parte del éxito de las maneras depende del tacto, y como las mujeres tienen en general más tacto que los hombres, ellas son las maestras más eficaces. Saben contenerse mejor y son naturalmente más corteses y más afables. Poseen una vivacidad y una rapidez de acción instintivas; tienen una penetración mucho más grande y muestran más discernimiento y habilidad.

Para los mil detalles de la vida social, la inteligencia y la habilidad les son innatas; así es que los hombres de buenas maneras reciben su mejor educación frecuentando la sociedad de mujeres amables y espirituales.

El tacto es un arte intuitivo de las maneras, y el que lo posee evita las dificultades mejor que por el talento o la ciencia.

Podemos, pues, deducir como conclusión que si la gracia de las maneras, la cortesía, la elegancia, y todos los adornos que contribuyen a hacer la vida bella y agradable, son dignos de ser cultivados, es necesario que esto no sea a expensas de las cualidades más sólidas y más durables de honestidad, de sinceridad y de verdad.

La fuente de belleza debe hallarse en el corazón

más bien que en los ojos, y si el arte no tiende a producir la pureza de la vida y la práctica del bien, ¿para qué sirve?

La urbanidad en las maneras no vale gran cosa si no está acompañada de acciones corteses.

Muy a menudo la gracia no es sino exterior; agrada y atrae, pero no llega hasta el corazón.

El arte es una fuente de goces inocentes y un poderoso auxiliar para llegar a una cultura más elevada; pero si no tiene ese fin elevado, sólo hiere los sentidos. Y cuando el arte habla sólo a los sentidos, debilita al hombre y le desmoraliza, en vez de fortificarle y engrandecerle.

La honradez vale mucho más que la gracia más exquisita; la pureza es preferible a la elegancia; y el aseo del cuerpo, del espíritu y del corazón, valen más que la perfección del arte.

Por último, no descuidando las gracias exteriores, recordemos constantemente que debemos perseguir un objeto mucho más elevado, mucho más noble— a algo más grande que el placer; más grande que el arte; más grande que la riqueza; más grande que el poder; más grande que la inteligencia, y más grande que el genio;—es decir, a la pureza y la elevación

del carácter, que es el signo de hallarnos en camino de mejoramiento. Sin una base sólida y generosa de bondad individual, la gracia, la elegancia y todo el arte del mundo serán inútiles para alcanzar la perfección y el engrandecimiento de un pueblo.

Esto no obstante, insistamos en ello, la educación estética tiene su importancia en la labor del perfeccionamiento, y sin darle más de la que tiene, preconizaremos sus efectos, pues bien conducida, todos sus inconvenientes quedan salvados.

De todos modos, somos los primeros en reconocer que la educación estética, no es tan fácil como a primera vista pudiera creerse, porque, en efecto, lo Bello no obra sobre el espíritu como lo Bueno y lo Verdadero.

Lo Verdadero se dirige a la inteligencia principalmente, y cuando se dirige a nosotros con su característica propia, que es la *evidencia*, exige nuestra adhesión; además, como la mayor parte de las proposiciones que lo manifiestan pueden ser demostradas, resulta que acaban siempre por convencer y por realizar entre los sabios la armonía más perfecta.

En las cuestiones de moral, la armonía es me-

nos completa, sin duda, que en las cuestiones de orden puramente científico; es preciso reconocer, sin embargo, que el bien se impone a todas las conciencias con una autoridad absoluta; que es posible separar los caracteres esenciales y dar aun del deber una teoría clara y precisa. Por esto la ciencia y la moral pueden enseñarse en el sentido riguroso de la palabra. ¿Pasa lo mismo con la estética?

Se ha observado que todos los hombres juzgan sobre la belleza; que todos, aun los más desheredados, tienen su encanto; pero ¿dónde encontrar un criterio que nos permita decidirnos con seguridad y que iguale todas las opiniones?

Este criterio es tanto más difícil de determinar, cuanto que lo Bello surge de la sensibilidad y de la imaginación, que son extremadamente variables, no menos que de la razón.

De aquí las apreciaciones tan diferentes que suscitan las obras de la Naturaleza y las obras de Arte; de aquí nuestras frecuentes dudas cuando se trata de explicar nuestros juicios y dar cuenta de nuestras emociones; de aquí también nuestra impotencia en hacer partícipes de nuestras convicciones a los que nos rodean.

La Belleza es, pues, menos impersonal que lo son el Bien y la Verdad; una parte de su brillo procede del sujeto que la contempla; se concibe por esto que muchos no puedan tener de ella más que una idea pálida y sin reflejo. Este carácter subjetivo de lo Bello nos hace comprender por qué no ha podido dar nadie todavía para el gusto un código verdaderamente práctico formado con reglas infalibles. Sin embargo, si por estos motivos es imposible enseñar la estética como se enseña la ciencia y la moral, es posible desenvolver en los niños el sentido de lo Bello, y que todos lo posean en un grado más o menos elevado; es posible hacerlos más vivos, más seguros, más delicados, más accesibles, en una palabra, a las bellezas más perfectas, y más indiferentes a las cosas bajas y vulgares. Veamos por qué medios obtendremos este resultado.

Si observamos con cuidado la conducta de todos los niños, nos suministrará bien pronto útiles indicaciones.

Entre los juguetes que se les da, como entre los demás objetos que perciben, notamos en primer término que no tardan en hacer su elección. Son atraídos y encantados por los unos, rechazados por los

otros; éstos calman hasta sus penas más grandes, aquéllos las acrecientan.

Ahora bien; ¿cómo no ver en estos hechos una primera manifestación de ese instinto de lo Bello que está en el corazón de todos los hombres?

Sucede, en efecto, que las preferencias del niño no van hacia los objetos más útiles, sino hacia los que más le agradan. No tiene nada de egoísta el sentimiento que experimenta; este sentimiento es, como lo hemos demostrado ya antes, esencialmente desinteresado y comunicativo. Si esto es así, nuestro primer cuidado debe ser no sólo utilizar este sentimiento, sino dirigirlo bien; velar por que desde temprano se incline a cosas verdaderamente bellas, a fin de que el gusto no sea falseado; poner entre las manos de nuestros niños, como lo hacemos con frecuencia, juguetes grotescos o necias estampas, es una insigne torpeza. Por esto se explica en gran parte el éxito escandaloso que obtienen en nuestros villorrios los fotograbados pésimos que se ven por todas partes colgados en la pared.

Cuando el niño tiene más despierta la inteligencia y comienza a reflexionar, lo importante es habituarlo a razonar sus juicios. Instintivamente es

llevado a comparar entre sí los objetos que considera bellos; si percibimos que se extravía, si nos parecen injustificadas sus preferencias, tratemos indirectamente de hacerle reconocer su error. Aquí hay un defecto grave que no había visto, allí una belleza que había escapado a su mirada; tal pormenor, examinado de más cerca, es manifiestamente feo, mientras que tal otro, no percibido al principio, choca por su perfección. Es raro que este pequeño examen no produzca el efecto que aguardamos; poco a poco, sin darse cuenta, se deja persuadir nuestro discípulo; su gusto se rectifica y se eleva gradualmente, su sensibilidad llega a ser más delicada y más recto su juicio. Hace falta siempre, para que den sus frutos nuestras gestiones, que llamemos la atención de los niños, no sobre objetos complejos, cuya belleza, para ser comprendida, exija una cultura intelectual que no tienen todavía, sino sobre *objetos muy sencillos* que estén a su alcance y no necesiten un gran esfuerzo de reflexión.

Los animales que conozcan mejor, las plantas, las flores, los insectos, las reproducciones que los

pintores han hecho de ellos, tales son las primeras cosas que hay que hacerles admirar.

Y todavía hay ciertos detalles más propios que otros para despertar el sentimiento estético; estos detalles son, además de los matices tan delicados de los colores, cuya observación contribuye a educar los ojos, el orden de la armonía, la gracia, y sobre todo la *simetría* que presentan las obras de la Naturaleza.

Todos estos caracteres son fáciles de poner de relieve: el examen un poco atento de los órganos del cuerpo humano, por ejemplo, de los pétalos de una flor, de las fibras de una hoja, bastan para una demostración que todos los niños comprenden pronto.

Es, pues, en contacto con la Naturaleza cómo debe hacerse la educación de lo Bello; es sobre la observación minuciosa de la realidad donde debe apoyarse ante todo.

Cuando el niño haya *aprendido a ver* de este modo, está apto para recibir una enseñanza más elevada.

Hasta ahora hemos supuesto que el niño no ha comparado entre sí más que objetos de la misma

especie con el fin de separar los caracteres más perfectos; pero no se detiene en esto.

Sabemos con qué sagacidad descubre entre objetos diferentes lejanas analogías; pues bien, precisamente en este *descubrimiento de las analogías* es donde el maestro debe interesarse vivamente, pues no se le concederá nunca bastante importancia. Su tarea es además aquí mucho más fácil de lo que ordinariamente se cree.

Escuchad más bien la conversación de los niños. ¡Con cuántas comparaciones enriquecen su lenguaje! ¡Cómo saben hacerse espontáneamente graciosos y delicados cuando quieren, por ejemplo, manifestar su ternura a las personas que aman; pintorescos y expresivos cuando quieren pintar las cosas que les disgustan!

¡Si estuviéramos más atentos a esas habladurías de nuestros niños, cuántas indicaciones nos suministrarían sobre su carácter, sobre la naturaleza de su imaginación, y también sobre la manera de dirigirla! Pondríamos entonces más celo en realzar las expresiones impropias de que se sirven las aproximaciones forzadas y las analogías triviales o groseras que muchas veces establecen; después, estimu-

lados por este juego, sugeriríamos nuevas analogías, más precisas y más exactas.

La inteligencia del niño se engalanaría así poco a poco, su imaginación llegaría a ser más fecunda, y cada una de sus ideas, cuando quisiera utilizarlas más tarde, se encontraría, gracias a las analogías percibidas, como en una aurora de imágenes.

Por no estar ejercitados en este trabajo, es por lo que tantos espíritus, aun bien dotados, quedan estériles, incapaces de comprender las bellezas elevadas, más incapaces todavía de manifestar de un modo agradable sus emociones y sus pensamientos.

Procediendo así, el niño se habitúa a discernir insensiblemente algunos de los elementos más esenciales de la belleza; nos queda luego hacerle amar esta belleza tal como se nos ofrece en las obras más complicadas, que hemos separado al principio.

Antes de esta iniciación progresiva, los paisajes imponentes, los monumentos grandiosos y hasta un gran número de nuestras primeras obras literarias, no habrían producido sobre ellos más que el asombro; después podrán provocar su admiración.

Es preciso, además, para suscitar este sentimiento, el más fecundo de todos, saber escoger el tiempo

y aprovechar las ocasiones favorables. Lo hemos notado ya, el niño no está siempre en iguales condiciones para apreciar lo Bello; debido a una actividad satisfecha de su juego, no podrá evocarse en todo momento la emoción estética, ni menos impuesta por la coacción.

Lo que exige antes que cosa alguna, es un espíritu libre.

Así que, un paseo por el campo, una lectura bien escogida y hecha en clase en el momento oportuno, el examen de alguno de los hermosos cuadros cuyas reproducciones se encuentran un poco por todas partes, nos parecen mucho más eficaces para la educación estética que las lecciones más sabias.

Sin embargo, para que esta emoción sea duradera y fértil, hagamos todos los esfuerzos posibles para que origine un juicio razonable. No podremos exigir, sin duda, que el niño nos explique siempre el *por qué* de sus sentimientos, pues con frecuencia aun los más hábiles son impotentes para hacerlo; ¿no podríamos, sin embargo, ayudando un poco, llevarlos a que nos digan qué pormenores les han chochado más, y encaminarlos, sobre todo, para que noten como se armonizan entre sí y se prestan valor mu-

tuamente todos esos pormenores? Si no somos capaces de realizar esta empresa; si no habituamos a nuestros discípulos a juzgar de las cosas según su conjunto; si, en una palabra, no desenvolvemos en ellos el espíritu de síntesis al mismo tiempo que el del análisis, no obtendremos ningún resultado serio; nuestra obra habrá fracasado.

En el número de los auxiliares de que el maestro dispone para alcanzar su fin, conviene dar un puesto de honor a la *poesía* y a la *música*.

Todo está ya dicho, desde hace mucho tiempo, sobre los servicios prestados por la poesía. Por su ritmo, que fascina, por la riqueza de sus imágenes, la elevación general de sus pensamientos, el ideal que en ella se refleja, la poesía mece al alma a la par que la despierta, la excita y la modera, da cuerpo a sus sueños y disipa las ideas que la asedian, sosteniendo y afinando sin cesar el sentimiento de lo bello, al cual acompaña casi siempre el sentimiento del bien. Unicamente si queremos que penetre de este modo el alma entera, guardémonos de envilecerla. Que aparezca a menudo como una recompensa, como un descanso del trabajo; hagámosla desear un poco con el fin de hacerla más querida. No ver en sus

obras más bellas sino materia para monótonas recitaciones, materia tal vez para trabajo de castigo, es un crimen de lesa-belleza. Para que sus sugerencias se impongan al espíritu y al corazón, para que guarde siempre algo de este carácter sagrado de que nos hablan sus fieles y que quisieran quitarle nuestros modernos positivistas.

En cuanto al influjo de la *música*, es más evidente todavía.

Nadie ignora el poder misterioso, irresistible que ejerce sobre las multitudes, qué inclinaciones provoca, qué acciones sublimes ha hecho realizar.

No sabemos si realmente Tirteo, cantando sus versos, pudo apaciguar las discordias y conducir, como afirma la leyenda, a los lacedemonios a la victoria; pero sabemos con certidumbre que el canto de un himno impulsa a los soldados a conquistar el mundo, y al sonido del clarín se rehacen los menos valientes, prestos a hacer frente al enemigo.

La acción de la música sobre los niños es tan repentina como fecunda; sería, por tanto, poco cuerdo olvidarse de ella. Pero ¿cómo emplearla? No es cuestión, sin duda, concederle en las escuelas mucho tiem-

po con detrimento de otros estudios; por confesión de todos, no puede servir más que de intermedio.

Los orfeones alborotadores que organizaban con gran trabajo en otro tiempo algunos maestros, servían de poco, según creemos, para la educación estética, y perjudicaban con frecuencia el progreso de los alumnos. Pero cuidemos de no caer en el exceso opuesto.

El pueblo ama el canto con más pasión tal vez que las demás artes; canta trabajando para darse alientos; canta cuando es dichoso, canta hasta cuando sufre para adormecer su dolor. Sería, pues, inhumano combatir este instinto o no dirigirlo sencillamente. Por esto el canto debe tener en la escuela primaria su puesto señalado.

Que nuestros niños aprendan allí primero los aires sencillos e ingenuos que en algunas parte son tan ricos, y que en nuestros días han coleccionado hábiles maestros; que aprendan asimismo los cantos patrióticos más bellos, tan numerosos en las obras de nuestros grandes músicos; estos serán los modelos de que se apasionarán poco a poco y que los apartarán por fin de esos romances de un sentimentalismo falso o de una malicia canallesca cuya popularidad

deploramos. Se ha borrado mucho la antigua costumbre que tenían nuestros padres de celebrar con coros las fiestas de familia y cantar a los postres. ¿Era tan mala la costumbre? Del tiempo que se pasaba de ese modo en divertirse, gracias a la música, se ha apoderado la política. No hay tiempo a divertirse; falsas notas por falsas notas, preferimos las primeras; por esto protestamos contra las usurpaciones de que son víctimas la música y el canto sobre todo.

Por último, para que las sugerencias precedentes lleguen a ser más precisas, es necesario que el niño se ejercite en manifestar por sí mismo los sentimientos que experimenta. De aquí la utilidad del *dibujo* y de las *composiciones literarias*. Todos hemos notado el vivo placer que tienen los niños en dibujar y en pintar: este gusto debe ser animado, pero no entregado a sí mismo. Según M. Ravaisson, “los tipos perfectos de la más alta perfección que la naturaleza nos ofrece” son los que sería necesario estudiar y reproducir en primer lugar; pero más práctico, si no más lógico, nos parece el método que gradualmente conduce a los alumnos del dibujo lineal y geométrico, al de adorno y de imitación. No perdamos nunca

de vista qué posición deben ocupar el día de mañana, a qué trabajos deben dedicarse, a fin de inspirarles el gusto de las bellezas que tendrán más tarde que realizar.

Las composiciones literarias tienen ordinariamente menos atractivo, pero son también muy indispensables. Según esto, la principal regla que debe guiarnos aquí es la de no proponer nunca más que asuntos muy sencillos y apropiados a la inteligencia de los niños; asuntos que les permitan utilizar los conocimientos que poseen y aprovechar los hábitos de pensar que les hemos hecho adquirir.

No hemos hecho más que indicar a grandes rasgos la marcha general que debe seguirse para conducir con éxito la educación estética; estamos persuadidos de que siempre, bien entendida, puede dar los más felices resultados, aun desde el punto de vista científico. La belleza presenta agradables todas las cosas que toca, y les da un atractivo que no tendrían sin ella. Desarrollando el amor de lo Bello, desarrollamos también con frecuencia el amor por lo Verdadero y lo Bueno. El intelectualismo puro, al recomendar que se cultive ante todo la inteligencia y la ciencia, desconoce la verdadera naturaleza del niño. El

medio más seguro de convencer la razón es también el de conmover el corazón, y el corazón nunca es insensible a la Belleza.

Considerado en sí mismo, y por esto se distingue de las emociones puramente físicas, el sentimiento de lo Bello nos parece estar *libre de todo egoísmo y de toda vanidad*. Cuando lo experimentamos nos entregamos a él por entero, y pensamos tan poco en gozar de él como avaros, que con frecuencia cedemos a la necesidad de comunicarlo a nuestros semejantes para hacerlos partícipes de nuestro entusiasmo. Llega a ser tanto más intenso cuanto se desenvuelve en mayor número de personas. Un concierto al cual asistiéramos solos, nos emocionaría seguramente mucho menos que si sentimos a nuestro lado millares de oyentes cuyo espíritu vibra al unísono con el nuestro. Por esto la emoción estética es esencialmente *comunicativa y contagiosa*, al mismo tiempo que es *desinteresada*.

Añadiremos como consecuencia de los caracteres precedentes, que *liberta al alma y la eleva*. Ante ella, cuando es viva, huyen las preocupaciones y los cuidados; por ella llegamos a ser mejores. Es raro que los pensamientos bajos encuentren asilo en el

corazón del que siente fuertemente la belleza y la ama por sí misma. Además no tiene nada de exclusiva, y el amor que inspira se concilia fácilmente con todas nuestras inclinaciones más legítimas: el amor de la familia, el amor de nuestros semejante, el amor de Dios. Cuando el amor de lo Bello degenera en pasión y en fanatismo, es porque un aliado extraño ha venido a alterar su naturaleza. Estos efectos, cuya importancia no podía ser desconocida, han tenido cuidado en ponerlos bien de relieve todos los filósofos que se han ocupado de la belleza. “A la vista de un objeto que ilumina la belleza con uno de sus rayos, dice Platón en el *Fedro*, se estremece el alma... pues contempla este objeto amado y lo reverencia al igual de un dios; y si no temiese ver tratado su entusiasmo de locura, haría sacrificios al objeto amado como a la imagen de un dios, como al dios mismo”. “Lo Bello, añade Kant, nos prepara a amar alguna cosa; nos permite pasar, sin un salto demasiado brusco, de lo que es atractivo para los sentidos a un interés moral habitual, y nos enseña a encontrar en los objetos mismos de los sentidos una satisfacción libre e independiente de todo atractivo sensible”. M. Renouvier va más lejos, y sostiene que

“el arte nos hace simpatizar con la vida humana entera, que generaliza nuestros sentimientos y pasiones y nos coloca en el estado de una persona hermana de todas las demás a quien nada de lo humano es extraño”.

El estudio de estos caracteres nos ayuda a comprender qué facultades pone en juego lo bello y cómo puede explicarse el sentimiento tan complejo que provoca.

Como todos los demás sentimientos, y por lo demás, como todo placer, la emoción estética no puede provenir más que del desenvolvimiento normal de nuestra actividad. “Cuando existe el placer, dice Aristóteles, es porque nuestra actividad se desenvuelve conforme a su naturaleza; cuando hay dolor, es porque esta actividad es encadenada en su desenvolvimiento y apartada de su verdadero fin”.

Porque el sentimiento de lo Bello pone en juego las facultades más diferentes, se concibe que existan ciertas condiciones más favorables que otras para su eclosión y desenvolvimiento.

El estado de nuestros órganos, nuestra educación y nuestra instrucción, la vivacidad de nuestras facultades imaginativas, la rectitud de nuestro juicio,

tales son las causas más generales que explican nuestra aptitud o nuestra ineptitud para comprender más especialmente tal o cual género de belleza.

Una verdad claramente establecida, en efecto, es la de que estamos lejos de poder experimentar todos igualmente el sentimiento de lo Bello y experimentarlo en presencia de los mismos objetos. Como hemos mostrado precedentemente, los visuales, los auditivos y los motores, recibiendo de las cosas impresiones diferentes, deben emocionarse de un modo diferente. Así también, deben variar necesariamente las emociones, según que las facultades del espíritu, más o menos cultivadas, se despierten o no al contacto del mundo sensible. Es preciso tener en cuenta, en segundo lugar, nuestras disposiciones del momento; se puede admitir, en tésis general, que, para apreciar bien lo Bello es necesario que nuestra actividad ni esté muy impaciente por ejercitarse, ni muy fatigada por un ejercicio prolongado. Como se ha observado juiciosamente al partir para una excursión a la montaña, no se tarda, ordinariamente, en admirar el paisaje; cuando llega la noche, cuando se está cansado, apenas si se le admira. Entre estos dos extremos es donde se encuentra la hora

más propicia para la emoción estética. Además; todo lo que hace que se produzcan distracciones—las sollicitaciones exteriores, el interés, la inquietud, los remordimientos—perjudica por esto mismo a las sugerencias que pudieran venirnos de la Belleza.

Para gustar bien lo Bello, es preciso gustarlo con toda el alma. Aquel a quien preocupa únicamente el interés, no será jamás verdadero artista; aquel que cede a las menores impresiones de fuera no podrá recibir una imagen profunda de las obras perfectas que percibe. Por esto mismo, ¿cómo se puede hacer apreciar una hermosa poesía, una acción bella a un niño que no piensa más que en el juego, cuya atención solicitan sus camaradas? ¿Cómo despertar en él el sentimiento de lo Bello cuando se le acaba de castigar por una falta un poco grave? Para hacer comprender y amar la Belleza, como para hacer comprender y amar el deber, es preciso saber escoger la hora, o no se es más que un educador mediocre.

Señalemos, en fin, en el número de las condiciones desfavorables para la acción de lo Bello, el gusto excesivo de la crítica, sobre lo cual tendremos la ocasión de insistir después. No podríamos convencer-

nos del influjo nefasto que tiene sobre muchos espíritus la tendencia a buscar siempre el lado defectuoso de las cosas, a gozar menos de sus cualidades que de sus defectos, a no alabar nunca francamente y sin reservas. Abate el espíritu y seca el corazón, pues mata el entusiasmo que es el único que nos hace capaces de comprender las cosas bellas y las buenas acciones.

Hasta ahora hemos supuesto que el espíritu se limita en cierto modo a sufrir la acción de la Belleza; pero en realidad no pasa así. La emoción estética, en efecto, nos estimula al mismo tiempo que nos seduce, y bajo su influjo, como por sugestión, nace y se forma el ideal.

Consultemos además la experiencia. Desde que lo Bello cesa, por decirlo así, de absorber como sucede a menudo en el primer momento, toda nuestra actividad y toda nuestra atención, notamos al momento que a las imágenes y a los sentimientos que ha suscitado se unen otras imágenes y otras sensaciones. A las percepciones de los sentidos se añaden, gracias a la asociación de las ideas, numerosas riquezas de la memoria; se establecen frecuentemente comparaciones inconscientes; la imaginación hace desapare-

cer de los objetos sensibles los defectos que los perjudican, la razón, todos los desacuerdos que dañan su necesidad de orden y de armonía, y poco a poco surge una concepción nueva en la belleza, concepción ideal y distinta de la belleza real que nos han revelado nuestros sentidos. Ahora bien; desde que se ha formado esta concepción, que es debida a la vez a las sugestiones de la experiencia y al trabajo de nuestro espíritu, llega a ser una fuerza verdadera, cuya acción se deja sentir en todos los actos de nuestra vida.

Estamos, pues, autorizados para deducir que la educación estética no debe ser considerada como un lujo simple y superfluo. Es, por el contrario, el complemento indispensable de una buena educación general y la condición necesaria para el bienestar del hombre y el progreso social.

Así, pues, aunque sólo sea desde este punto de vista, la educación estética, el desarrollo del sentimiento de la Belleza en el niño de hoy, que será el hombre de mañana, puede contribuir eficazmente a la Perfección de la Raza.

XIV

EL CULTIVO DEL ESPÍRITU

El niño será el hombre de mañana.—
Más que instruirlo se le debe educar.—
Antes que al maestro corresponde la
tarea a los padres.— Los sentimientos
son hábitos.— La educación de la sensi-
bilidad es más difícil que la de la inte-
ligencia.— Como se debe proceder a esa
educación.— La influencia del contagio.

CAPITULO XIV

El cultivo del Espíritu

Hemos visto en los precedentes capítulos cómo se puede desarrollar hasta altos grados la eficiencia mental.

Hacer nuestra mente libre y abierta; cultivarla para hacerla apta para ordenar, controlar y utilizar sus propios conocimientos y poseer el dominio de todas y cada una de sus propias facultades, es un propósito digno de nuestros elevados esfuerzos.

Pero para nuestro más completo y mejor desarrollo debemos preocuparnos del cultivo moral y espiritual, tanto como de la fuerza intelectual. A eso, ciertamente, hemos dedicado los capítulos centrales de este libro, ofreciendo al lector Sugestiones dirigidas a ese fin; pero queremos ahora dar reglas fijas que sirvan de enseñanza práctica y auxiliien al

lector a la consecución de ese objetivo, que para sus mejores resultados, han de comenzarse desde la niñez, pensando siempre que el niño de hoy será el hombre de mañana, y que la ansiada perfección humana al niño hemos de encomendarla, elevándolo por la buena vía. “Al cultivo intelectual que forma la inteligencia, debe ir unido el cultivo moral que forma el carácter”, ha dicho M. Gréard. El niño no va a la escuela solamente para instruirse, sino también para hacerse mejor, para contraer costumbres virtuosas, para ser más y más formado en la práctica del bien.

No es siquiera bastante poner en la misma categoría la educación moral y la intelectual. La verdad es que la educación moral es el objeto superior. Es preciso que los resultados inmediatos del aprendizaje escolar, por ejemplo, la preparación para el certificado de estudios, no disminuyan a los ojos del maestro la importancia más alta de las cualidades morales, que no tienen sin duda que probarse en un examen, pero que estarán sometidas a prueba durante toda la vida y que, según su grado, asegurarán o comprometerán la dicha de la existencia entera. Un hombre no vale tanto, seguramente, por

su saber como por su carácter y la escuela habrá hecho más por los discípulos proporcionándoles, en lo que de ella depende, buenas costumbres morales que extendiendo sus conocimientos.

Tal es la opinión, no ya del mayor número, sino de la totalidad de los pedagogos.

“La instrucción, decía Locke, no es más que la menor parte de la educación.”—“Lo que un padre debe enseñar a su hijo, decía también, es la virtud ante todo. La ciencia vendrá después.”

Montaigne era también del mismo parecer cuando exigía de su preceptor ideal dos cualidades principales, pero “más las costumbres que en el entendimiento”.

Los modernos no son menos afirmativos. Si Horacio Mann proclama “que la escuela es el descubrimiento más grande que ha hecho la humanidad” es porque espera de ella grandes lecciones de moral para todos los hombres.

“Los demás organismos sociales, dice, tienen por objeto la curación de nuestros males: la escuela es preventiva... Que las escuelas se propaguen, que adquieran toda su eficacia y las nueve décimas partes de los artículos del código perderán su razón de ser,

el largo catálogo de los sufrimientos humanos será amenguado; la seguridad será mayor de día y el sueño más respetado de noche; la propiedad, la vida y la reputación estarán mejor garantidas, todas las esperanzas racionales serán más posibles.”

Así también, como hace observar el pedagogo alemán Diesterweg, el ideal de Pestalozzi era la educación y no la enseñanza. Es verdad que a sus ojos toda enseñanza tenía un poder educador; y Diesterweg mismo proclama que el valor del hombre está en el corazón.

Pero es inútil multiplicar las citas para confirmar una verdad trivial a la que dan cada día más fuerza las condiciones de libertad de que gozan los hombres en el seno de las sociedades modernas. A medida que los ciudadanos de una democracia están llamados a conducirse por sí mismos más libremente y a medida que el más amplio desarrollo de sus derechos pone en sus manos más directamente el gobierno de su vida y la práctica voluntaria de sus deberes, se hace, en efecto, más necesario que cada individuo posea los principios de la moralidad, el freno de las pasiones y los elementos de una personalidad moral armada de todas las energías y de

todas las ideas que aseguran el cumplimiento del deber.

A la familia corresponde sin duda sembrar en el espíritu del niño el germen de la moralidad. “La familia puede más que la escuela por la prioridad, por la continuidad y por la duración de su influencia.” Pero la escuela puede también concurrir a establecer los fundamentos de la moral.

No es solamente porque la escuela enseña la moral: esta enseñanza nos da a conocer nuestros deberes, pero no nos da fuerza para cumplirlos; es porque en todos los ejercicios escolares, en todas las lecciones del maestro, en todas las acciones del discípulo, no hay nada que no se pueda hacer recaer hábilmente en la educación moral, en la formación de las costumbres y en el cultivo de la sensibilidad y de la voluntad.

La educación intelectual es ya una preparación para la educación moral. Las sólidas cualidades de la inteligencia, el juicio y la reflexión, son los mejores estímulos para la formación de las cualidades morales. Cuando hemos aprendido a dominar nuestra atención estamos más en condiciones de moderar nuestros instintos y nuestras pasiones. Cuando sa-

bemos dirigir nuestra inteligencia estamos cerca de dirigir nuestra voluntad.

Los sentimientos o sea, de un modo general, nuestros afectos, nuestras disposiciones a amar esto o lo otro, no son en cierto sentido más que costumbres. No hay sentimiento inherente al corazón de un niño más que cuando por una pendiente invencible el niño se ve inclinado a amar tal objeto o a tal persona, a hacer de ella el asunto familiar de sus reflexiones, y cuando encuentra placer en repetir los actos que corresponden a ese sentimiento. Amar a la patria, por ejemplo, es un sentimiento, pero éste no nace en un día, sino que crece lentamente como una costumbre. El niño aprende al principio lo que es la patria y es preciso que se familiarice poco a poco con esta idea, que piense en ella con frecuencia y que esté dispuesto a representársela. No se es un patriota si no se piensa en la patria accidentalmente, si se espera para ocuparse de ella un suceso extraordinario, un día de fiesta nacional, por ejemplo, o un desastre público; si el curso habitual de nuestras imaginaciones no nos lleva a la idea de nuestro país, si no se está dispuesto en toda ocasión a obrar en su interés y a sacrificarse por él.

El cultivo del sentimiento participará, pues, de las reglas generales de la formación de las costumbres.

Tomamos aquí la palabra sensibilidad en su sentido vulgar, como sinónima de afectos generosos, de emociones desinteresadas a las que un prejuicio común da como asiento el corazón.

Solamente en el lenguaje técnico de la psicología la sensibilidad comprende a la vez los sentimientos afectuosos y las pasiones egoístas que tienen precisamente por resultado no desecar el corazón y hacer del hombre un ser insensible.

Las formas inferiores de la sensibilidad merecen también, sin duda, la atención del maestro, aunque no sea más que para conseguir combatirlas y contenerlas, pues entran en general en la categoría de las tendencias malas que deben ser cuidadosamente reprimidas.

Pero la verdadera sensibilidad, la que hace al hombre bueno y amable, amigo, patriota e hijo afectuoso, la que anima los corazones amantes, las almas tiernas, la que nos inspira también el amor de la verdad, de la belleza y del bien, nunca será bastante fomentada en el niño.

Sé que las simpatías, esos impulsos del corazón, pasan por ser dones naturales, y que en la opinión vulgar, la educación sería impotente para producirlos. Pero esto no es enteramente exacto.

La educación de la sensibilidad es más difícil y más delicada que la educación de la inteligencia, pero existe, sin embargo.

Hay un arte de cultivar los sentimientos, que consiste en colocar el alma del niño en las circunstancias más favorables para el desarrollo completo de sus disposiciones naturales. Hay en todos los corazones, hasta en los más ingratos, gérmenes de sensibilidad que hay que nutrir y excitar.

Si se piensa en el gran papel que desempeña la sensibilidad en la vida, satisface creer que la educación contribuye algo al desarrollo de esta facultad. Los grandes pensamientos vienen del corazón, ha dicho un escritor: la mayor parte de las buenas acciones también. Nuestra voluntad moral necesita ser sostenida, no sólo por el amor que excita el bien en sí mismo, sino también por el amor que nos inspiran nuestros padres, nuestros conciudadanos, todos aquellos respecto de los cuales tenemos deberes que cumplir. Y al mismo tiempo que la sensibilidad

nos ayuda en el cumplimiento del bien y nos facilita el camino de la virtud, es la fuente más segura de felicidad. ¿Qué sería la vida sin el encanto de las afecciones?

Es un error creer que se puede obtener desde muy temprano en el niño una sensibilidad muy delicada y muy profunda. El niño está lleno de gracia y sus ojos se iluminan fácilmente con una sonrisa afectuosa, pero detrás de esa sonrisa, detrás de sus ademanes expansivos, no se encuentra siempre un corazón sensible. Las apariencias son con frecuencia engañosas y hay una desproporción evidente entre las manifestaciones exteriores del niño y la realidad del sentimiento que experimenta.

Será prudente, por consecuencia, no violentar la sensibilidad y no exigir demasiado pronto las pruebas de una afección que no existe todavía. Si se quiere que los niños exhiban sentimientos que no tienen, se corre el riesgo de no obtener de ellos más que gestos y pequeñas hipocresías.

“El afecto no se aprende de memoria”, dice miss Edgeworth. Mme. de Genlis cuenta que cuando estaba enferma, hacía saber a sus discípulos cuántas veces al día debían haberse informado de su salud,

y regañaba al duque de Chartres por haberse distraído con dos loros que había en el cuarto de su madre un día en que fué a visitarla. Todo esto no hace a los niños sensibles ni les obliga a amar más a sus padres.”

Lo que es preciso desarrollar en el niño, más que la expresión exterior de las emociones sentidas, es la realidad del sentimiento. No forcemos los afectos; ayudémosles solamente a crecer poco a poco y esperemos que el tiempo los madure. ¿Qué padre no habrá quedado asombrado y afligido por la impasibilidad de su hijo en presencia de un gran espectáculo de la Naturaleza o del Arte? El padre estaba emocionado porque su inteligencia y su sensibilidad, desarrolladas por la edad, encontraban en las bellezas ofrecidas a sus ojos de qué alimentarse abundantemente. El niño permanecía mudo y sumido en una especie de estupor, porque nada correspondía aún en su corazón a las cosas que se le enseñaban. En estos casos es torpe y peligroso obligar al niño a expresar sentimientos de que no participa, porque se corre el riesgo de hacerle perder la costumbre de la sinceridad y contraer la de la afectación.

Por otra parte, conviene dejar al niño libertad completa en la manifestación exacta del sentimiento que realmente experimenta.

“Es duro, dice miss Edgeworth, calificar de afectación o de exageración los testimonios que nos dan los niños de su sentimiento: nada hiere más vivamente a un niño generoso que esa especie de injusticia. Un medio cierto de ahogar la afección es recibir su testimonio con fría reserva o con una mirada que exprese la dureza.”

En el desarrollo de todo sentimiento se cuidará de no exigir del niño actos ni palabras que no correspondan aún a lo que puede sentir. Es la misma regla que prescribe en la educación intelectual que se adapten exactamente los estudios a la edad y a las fuerzas del niño.

Conviene, sin embargo, no olvidar que acaso sea útil y necesario algunas veces adelantarse un poco al estado real de los sentimientos del niño, pidiéndole, por ejemplo, que dé limosnas, cuando no ha comprendido aún la caridad ni sentido en el corazón un sincero amor del prójimo. Los sentimientos, cuando ya existen, conducen naturalmente a los actos apropiados, del mismo modo que las acciones,

repetidas sin repugnancia, contribuyen a desarrollar los sentimientos correspondientes. No queremos seguramente recomendar la máxima teológica: "Practicad y creeréis"; pero hay que tener en cuenta, sin embargo, en esta delicada materia de la educación de los sentimientos, las relaciones que unen la acción exterior y la emoción correspondiente. Hay que buscar cierta medida para asegurar, sin violencia, la reciprocidad de influencia de los sentimientos sobre los actos y de los actos sobre los sentimientos.

Hay también relaciones estrechas entre los sentimientos y las ideas. No amamos sino lo que conocemos y, como hemos dicho en otra parte, el desarrollo de la sensibilidad está íntimamente ligado al de la inteligencia. No tenemos una acción directa sobre el sentimiento ni podemos evocarle de golpe, pero por vías indirectas, apelando a la reflexión y presentando al niño en relatos y en ejemplos situaciones propias para conmoverle, podemos, esclareciendo su inteligencia, encontrar el camino de su corazón.

Y por una reciprocidad análoga a la que hemos hecho constar en las relaciones de la acción y del

sentimiento, éste, a su vez, obra sobre la inteligencia.

"Los sentimientos, dice Mme. Necker de Saussure, no son solamente necesarios al espíritu para completar sus conocimientos, sino que deciden de su carácter mismo, de la naturaleza y del género de su acción. Todos los pensamientos que nos ocupan durante la vida, se desarrollan, por decirlo así, en presencia del sentimiento que domina en nuestro corazón. Ese sentimiento impregna de su tinte las impresiones que recibimos y las modifica con su potencia. Los sentimientos tienen en nuestra alma una existencia continua, mientras que las ideas no hacen más que pasar; y no podemos tratar de fijar esas ideas fugitivas sin que el sentimiento a través del cual han desfilado las haya comunicado algo de su esencia. El sentimiento produce sobre las ideas el mismo efecto que la música sobre las palabras cantadas; les da un carácter, un sentido que no tendrían presentadas de otro modo y que a veces contradicen en su letra... Del foco de los sentimientos tiernos y generosos irradia sobre la inteligencia no sé qué vida, qué dulce calor que la impregna íntimamente."

Acaso es en la educación de la sensibilidad donde más se manifiesta la fuerza del ejemplo. Se ha repetido con frecuencia que el mejor medio de enseñar a los niños a amar es amarlos nosotros. Colocad un niño en una familia donde no hay unión ni simpatía, en un medio del que cierta sequedad moral ha excluído las afecciones, y, verosímilmente, el niño resultará seco y frío. La fuente de la sensibilidad está agotada en su alrededor y no puede beber en ella. Suponed, por el contrario, unos padres amantes, unos hermanos llenos de solicitud por su hermano menor, unos vecinos que vienen de vez en cuando a traer a la casa, el alegre testimonio de una simpatía amistosa, y un maestro que, comprendiendo su papel, no es solamente un señor que regaña, sino un amigo que aconseja y que anima, un padre adoptivo, animado para sus discípulos de los mismos sentimientos que los padres verdaderos, y en ese medio benévolo y dulce la sensibilidad del niño se desarrollará por sí misma, como una planta delicada en un clima templado.

El contagio que comunica y transmite los sentimientos de un corazón a otro, se verifica también en la misma alma de un sentimiento a otro. Las emo-

ciones de la sensibilidad se engendran las unas a las otras. Una vez que se ha abierto brecha en un corazón insinuando en él una emoción cualquiera, se puede decir que todo está ganado, así como en la educación intelectual se está seguro del éxito en cuanto se ha obtenido un solo acto de atención. Los diversos afectos forman como una cadena; si el niño coge un extremo, pasa fácilmente de un eslabón a otro y la cadena entera se desenvuelve entre sus manos. Sensible en un punto cualquiera, el niño lo será fácilmente en los demás. La sensibilidad no es una fuerza que se pueda concentrar sobre un solo objeto; una vez excitada se irradia y va inflamando de una en otra todas las partes sensibles del alma. Comencemos por inspirar a los niños el amor de la familia y las demás afecciones vendrán por añadidura.

Si el mundo, como decía Fenelón, no es más que “el conjunto de las familias”, se puede decir que los sentimientos, en su variedad y en su complejidad, no son más que la extensión de los afectos de familia. No vacilamos en confesar que la escuela sería impotente, a pesar de todos sus esfuerzos, para desarrollar la sensibilidad en los niños que no

trajesen sus primeros gérmenes del hogar doméstico. Pero ¡qué raros son los que no han gozado de la tierna sonrisa de una madre! ¡Qué numerosos, y qué felices, los que según las expresiones delicadas de un autor contemporáneo, “antes de aprender a hablar han leído *amor* en los ojos de sus padres!”

“Cuando se vive juntos, ha escrito M. Bersot; cuando se aman los unos a los otros; cuando cada uno ama a los demás más que a sí mismo; cuando es dichoso si les sucede algo bueno y desgraciado si les ocurre algo malo; cuando está pronto a cuidarlos si lo necesitan y a defenderlos si son atacados; cuando prefiere sufrir a que ellos sufran, y no tienen para todos juntos sino un solo corazón, esto es, entonces, la familia...”

Nosotros podemos añadir: esto es entonces la escuela de todos los buenos sentimientos. El hijo amante será fácilmente amigo generoso, patriota ardiente, ciudadano lleno de abnegación y hombre, en fin, capaz en todo de generosidad y de bondad.

XV

LA INFLUENCIA
DE LA ESCUELA

La escuela estimula la sensibilidad.— El error de Rousseau.— El compañerismo es el comienzo de la amistad.— La escuela educa también el sentimiento patriótico.— El desarrollo de los sentimientos abstractos más elevados y de las altas concepciones morales.— El sentimiento de la Verdad, no es menos real que el sentimiento de la Belleza.

CAPITULO XV

La influencia de la escuela

No hay que creer que la acción de la escuela sea indiferente, ni aun en lo que se refiere al desarrollo de los afectos de familia. El maestro puede mucho para recordar a los niños olvidadizos o ligeros sus deberes respecto de sus padres. Hábleseles como hablaba Sócrates a su hijo Lamprocles que había sido poco respetuoso con su madre:

“¡Oh hijo mío!, si eres prudente, ruega a los dioses que perdonen tus ofensas contra tu madre y no la ofendas más en el porvenir, a fin de que los hombres no te desprecien. ¿De qué virtud serías capaz si no empezases por amar a tu madre?”

La escuela ofrece a la sensibilidad ocasiones frecuentes de desarrollarse y de manifestarse. El niño encuentra en su casa, en los actos diarios y en los

servicios que puede prestar a sus padres, ocasión de ejercer su adhesión. En la escuela tampoco son raras esas ocasiones. Además, la familia no siempre tiene hermanos o los tiene de una edad más avanzada que impide toda comunidad de ideas. En la escuela, por el contrario, la comunidad es completa entre compañeros que tienen los mismos gustos y las mismas ocupaciones, y la afección se propaga por consecuencia. Los niños empiezan a quererse mutuamente porque tienen una afección común. Dos hermanos se aman porque experimentan el mismo sentimiento de amor hacia sus padres. Dos compañeros se toman cariño porque participan de los mismos estudios y de los mismos recreos.

Rousseau cometía el más grosero error cuando pensaba hacer de su Emilio un ser sensible a pesar del aislamiento a que le condenaba. La práctica demuestra que los niños que viven solos tienen generalmente el alma poco tierna y poco generosa. Y la razón nos dice que lejos del mundo y de las relaciones sociales las únicas inclinaciones que pueden desenvolverse son las tendencias egoístas o el misticismo religioso. Para el desarrollo de la sensibilidad es necesaria la vida social y por eso la familia

y la escuela, pequeñas sociedades, son necesarias para asegurar el nacimiento de las emociones afectuosas.

El compañerismo es el comienzo de la amistad. Todo compañero es un amigo en perspectiva. Las amistades de la escuela no sólo son buenas porque nos aseguran uno de los más dulces placeres de la vida y porque nos unen por toda la existencia a ciertos hombres que preferimos a todos los demás y a quienes nos creemos obligados a servir más particularmente, sino también porque nos preparan a las afecciones sociales en general, abren y ensanchan nuestro corazón y plantan los primeros jalones del patriotismo.

Amando a nuestros compañeros y sacrificándonos por nuestros amigos, aprendemos, en efecto, a amar a nuestros conciudadanos y a sacrificarnos por la patria. La primera imagen de la patria que se presenta al niño es precisamente sus compañeros de clase, que tienen la misma edad que él, que verán aparecer en el mismo año sus deberes y sus derechos cívicos, que partirán con él al regimiento y ejercerán en el mismo día por primera vez su derecho de electores. El amor de la patria es ante todo el amor

de nuestros conciudadanos y los primeros con quienes hace conocimiento el niño son sus compañeros de clase.

La escuela contribuirá además a la educación del patriotismo por la dirección que el maestro sepa dar a la enseñanza de la geografía y a la de la historia. La patria, en efecto, no es solamente la generación de hombres a que pertenecemos ni el conjunto de los ciudadanos que viven al mismo tiempo que nosotros. La patria no es un ser de un día ni de un siglo, puesto que tiene su pasado y su porvenir. Excitando hábilmente la emoción del niño por los relatos históricos, contándole las grandezas y las miserias de su país en el pasado, enseñándole cómo nuestros abuelos han luchado, sufrido y triunfado por su gloria, hablándole también de sus destinos, de sus esperanzas para el porvenir, el maestro encontrará la llave de los corazones y logrará hacer de sus discípulos unos patriotas, sobre todo si él experimenta con fuerza los sentimientos que quiere comunicar.

En la familia, el niño no corresponde tan sólo con su afecto al de los padres; también su agradecimiento filial se conmueve ante el pensamiento de los servicios que sus padres le han prestado. Lo mismo

en la sociedad es bueno que el ciudadano se dé cuenta de todo lo que debe a la patria. Si reflexiona sobre los bienes que le asegura la organización de un Estado nacional que vela por la custodia de sus intereses, está más dispuesto aún a servir a su país y a amarle con todas sus fuerzas.

La sensibilidad no se refiere solamente a las personas; también los objetos abstractos, como el bien, la verdad, la belleza, ejercen sobre nuestra alma un atractivo natural. La prueba de que interesan a la sensibilidad es que podemos encontrar en la práctica del bien y en la investigación de la verdad fuentes profundas de dicha y placeres inagotables. Y allí donde hay placer, hay amor, pues el placer no es más que la manifestación de la sensibilidad satisfecha.

El sentimiento del bien, llegado a su más alto grado de desarrollo, supone una conciencia moral perfectamente esclarecida en la que la idea del bien y la del deber sirven de principios al sentimiento. Existe entonces una inclinación natural del alma a practicar el bien y a evitar el mal, inclinación que nos proporciona placer o pena, según que es satisfecha o contrariada, y que se desarrolla tanto

más cuanto mejor concibe la inteligencia la idea del bien y la del deber.

Pero en el niño, y en su origen, no se puede pensar en dar como base al sentimiento las altas concepciones morales. El sentimiento del bien se confunde en sus comienzos con la afección que nos inspiran las personas a quienes amamos y que están encargadas de dirigir nuestra vida con sus ejemplos, con sus consejos y también con sus órdenes.

“Durante mucho tiempo, decía Töppfer, no he distinguido la voz de mi conciencia de la voz de mi preceptor. Así, cuando mi conciencia me hablaba creía verla con frac negro, aire magistral y unas gafas sobre la nariz.”

La idea del bien se desprende lentamente de las imágenes sensibles de la primera edad y el sentimiento moral adquiere muy despacio toda su fuerza. Este no existe verdaderamente hasta que las emociones a que da origen corresponden a claras intuiciones de la razón.

El sentimiento de la verdad no es menos real que el sentimiento de la belleza. Los sabios que persiguen obstinadamente una obra durante toda su vida lo deben al no conocer la desanimación ni el des-

fallecimiento; el placer del descubrimiento esperado o realizado les acompaña en sus investigaciones y basta para sostener sus esfuerzos. No se trata, sin duda, de procurar a los niños de nuestras escuelas ni a futuros obreros esos goces infinitos cuya extensión conocen solamente los hombres de la alta ciencia y que éstos confían algunas veces a sus lectores, dando gracias a la verdad cuyo culto ha hecho su felicidad. Pero hay, sin embargo, aun para el más humilde escolar, una participación en el sentimiento de la verdad, en los placeres que le proporciona el estudio, en la alegría que le causa la solución de un problema y también, desde otro punto de vista, en la humillación que le produce el que se descubra en sus palabras una mentira que le hace sufrir y avergonzarse. El sentimiento de la verdad, en efecto, no se refiere tan sólo al conocimiento sino también a su expresión.

Así como el sentimiento de la verdad no está reservado exclusivamente a los sabios, así el de la belleza no lo está a los artistas. El sentimiento de la belleza no adquiere toda su fuerza más que en los iniciados y en los que gozan de una educación superior; pero aun en la educación ordinaria, es

posible y hasta necesario asociar al niño en cierta medida a las emociones de la naturaleza y del arte. El discípulo que tenga gusto y elegancia en todo lo que haga, hasta en su escritura, que además sea ejercitado en saborear las bellezas literarias, en admirar un hermoso trozo de música o una buena pintura y que él mismo cante y dibuje con arte, será recompensado de su trabajo por el placer que procura siempre, ya la producción, ya la contemplación de obras conformes con el ideal.

El cultivo de la sensibilidad, hasta en los niños del pueblo, no es completa si a los afectos generales que ahogan el egoísmo, no se ha sabido unir las emociones nobles, delicadas y elevadas de la virtud, de la ciencia y del arte, que apartan de las satisfacciones groseras y puramente materiales.

XVI

LA EDUCACIÓN
DEL CARÁCTER

La importancia del carácter es capital en la vida del hombre.— La inteligencia, la voluntad y el temperamento contribuyen a la formación del carácter.— La misión del Maestro en la educación del carácter.— Lo que dice M. Momenwier. Hay que inculcar al niño la idea del Bien y del Deber.— Saber querer y el empleo de la Autosugestión.— La conducta y los ideales son la base sobre que se asienta la Perfección de la Raza.

CAPITULO XVI

La Educación del Carácter

El carácter tiene capital importancia en la vida del hombre.

No basta el talento, no basta la virtud, se hace preciso además el carácter. Sin éste, el talento y las virtudes se estrellan en la lucha por la vida, que no es una batalla noble siempre, y en la que hay que esgrimir armas que no proporciona la inteligencia más clara, o si las proporciona carecen de utilidad si no las temple el carácter.

De antiguo es esto conocido, y no podíamos poner fin a estas páginas, sin dedicar aunque sólo sean breves líneas a la educación de tan valiosa cualidad en el hombre.

J. Hawes ha dicho:

“El carácter es una potencia; ejerce una influencia; atrae a los amigos; crea fondos, organiza patronatos y auxilios; abre camino fácil y seguro a la fortuna, a los honores y a la dicha.”

“Por el carácter triunfamos o somos derrotados”, ha dicho Springer.

Debemos, pues, redoblar nuestros esfuerzos para aumentar por todos los medios posibles la educación del carácter y para atenuar la distancia que existe aún entre las fuerzas morales de que dispone el pueblo y la acción que debe realizar.

Las dos facultades que contribuyen sobre todo a formar el carácter son la inteligencia o la razón y la voluntad. Un hombre de carácter necesita convicciones arraigadas y principios; y esto corresponde a la inteligencia. Necesita también decisión, constancia y resolución; y esto corresponde a la voluntad.

Un hombre tiene valor, se arroja resueltamente a la acción, afronta con intrepidez el peligro, no se deja dominar por las influencias exteriores y es independiente y atrevido; pero no habiendo reflexionado bastante sobre las cosas humanas, flotando en-

tre opiniones diversas, pasando de una idea a otra según la sucesión de sus caprichos, realiza con la misma resolución actos contradictorios y no sabe dar unidad a su vida. Este hombre carece de carácter.

Otro, por el contrario, es circunspecto y reflexivo; ha tomado decididamente partido en las grandes cuestiones políticas, religiosas y sociales; sabe dónde está la verdad y no cambia de opinión. Pero es tímido, no se atreve a conformar su conducta con sus principios, teme sin cesar comprometerse y tiene miedo de manifestar sus sentimientos. También éste carece de carácter.

Un firme carácter se funda, pues, a la vez en sólidos principios intelectuales y en una voluntad enérgica. Los dos elementos son igualmente necesarios. Apresurémonos a añadir que, en general, una razón esclarecida y reflexiva conduce por una pendiente natural a una voluntad resuelta. En toda convicción sólida hay un germen de actividad valerosa.

Si tuvieran razón los que dicen que los caracteres se debilitan en nuestro tiempo harían un terrible proceso a los nuevos métodos de enseñanza y

habría que confesar que los ejercicios de pura memoria, la instrucción rutinaria y maquinal son mejores que los métodos activos, que la intuición razonada y que la llamada incesante a la libre inteligencia.

Pero evidentemente no es así. Si los procedimientos actuales de enseñanza son practicados con habilidad, si el maestro cuida de no repartir la atención del niño entre un número demasiado grande de objetos diversos, si sabe conducirla con frecuencia a algunos puntos esenciales, si evita sobre todo la aglomeración y la instrucción meramente pasiva, si despierta la curiosidad, la actividad y la vida del espíritu en los discípulos, la escuela los entregará a la sociedad preparados para ser hombres independientes y capaces, por la continuación de sus reflexiones, de hacerse opiniones sólidas y definitivas.

No es menos cierto que la disciplina represiva y violenta de otro tiempo no tenía para formar el carácter las mismas ventajas que la disciplina liberal de hoy. Por un sistema de comprensión y de severidad excesivas y perpetuas se ahogaba toda iniciativa, se les acostumbraba a dejarse conducir y se les echaba a la vida inhábiles para gobernarse a sí mis-

mos. Debemos, en cambio, esperar resultados muy diferentes de una disciplina que, aun imponiendo la obediencia, quiere que ésta sea voluntaria y que en todas las ocasiones en que el niño pueda ser entregado a sí mismo, el maestro le deje conducirse a su voluntad y por el esfuerzo de su propia razón.

Las esperanzas de los que han trabajado para reformar la escuela serían defraudadas si los niños no aprendiesen más y más a ser hombres fuertes y enérgicos. No es posible que al introducir más libertad en la disciplina escolar y más luz y más razón en la enseñanza, no se haya servido la causa de la energía moral. No olvidemos que a proporción que tenemos más razón y más voluntad, somos más aptos para desplegar en la vida las virtudes del carácter.

Los sentimientos disciplinados pueden sin duda ayudarnos también y añadir a los principios de la razón y a las energías de la voluntad no sé qué inspiración ardiente y soberana. Pero, en general, la sensibilidad, que es por su naturaleza desordenada y caprichosa, es la enemiga en materia de carácter. Que no se diga que esta afirmación contradice lo que hemos expuesto sobre el papel moral de los

sentimientos. Una cosa son los sentimientos esclarecidos por la inteligencia y afirmados y definidos por la costumbre, y otra cosa la sensibilidad en general, o sea la disposición del alma a conmoverse con exceso en todo y a no guardar la sangre fría y la calma.

Un autor contemporáneo, M. Maneuvrier, ha expuesto con brillo en un libro reciente las razones que recomiendan a la atención de los maestros la educación de la voluntad más que de la inteligencia.

“Desarrollar la inteligencia y descuidar la voluntad, dice, es sacrificar lo principal a lo accesorio.”

Las virtudes del carácter, según M. Maneuvrier, se pueden reducir a cuatro tipos principales: la independencia, la justicia, el valor, la bondad. Acaso es extender demasiado el alcance del carácter pretender que comprenda más que la independencia y el valor. La bondad, en efecto, se refiere más bien a la sensibilidad y la justicia a la inteligencia, que no son ni la una ni la otra efectos de la voluntad.

La independencia es en definitiva la esencia misma de la voluntad; es la libertad del juicio y de la acción o, como ha dicho Maneuvrier, la costumbre

de determinarse a la acción por sí mismo, sin presión exterior.

De aquí el deber de respetar todo lo posible la libertad del niño, sin perjuicio de la disciplina y de la autoridad de los padres y del maestro.

“El niño sabrá solamente tomar un día una resolución viril, inclinarse ante una ley que le molesta, respetar una autoridad que le disgusta, si le habéis acostumbrado durante largos años a querer lo mejor, a subordinar por sí mismo lo que le divierte a lo que le instruye, lo que le gusta a lo que está moralmente obligado a hacer. Cuando hayáis formado un libre escolar, habréis hecho un ciudadano libre.”

No decimos que no; pero lo que no podemos conceder es que para preparar ese “ciudadano libre” sea preciso dar entrada suelta a las voluntades del discípulo. La disciplina de la escuela, voluntariamente aceptada, es una escuela de independencia, dígase lo que se quiera. La independencia en efecto, no consiste en obrar a capricho, sin regla ni freno, sino en la sumisión libre a la ley. Por esto, como afirma con razón Mme. Necker de Saussure, la educación pública es preferible a la privada porque

afirma el carácter y desarrolla las virtudes viriles y la energía. El mismo autor dice: “la obediencia a la ley somete la voluntad sin debilitarla”.

El valor, esa otra cualidad fundamental del carácter, “la secreta energía que hace emprender y soportar”, pide para desarrollarse más libre iniciativa que la misma independencia.

Se puede ser independiente aunque se haya estado siempre sometido, en la infancia y en la juventud, a las reglas de una disciplina exacta. Se es difícilmente valiente si las circunstancias de la vida no han puesto a prueba la intrepidez del carácter. La vida escolar, hay que reconocerlo, con sus costumbres uniformes y arregladas en todo, no lleva consigo los azares y las circunstancias imprevistas en que se educa el valor. Por eso es indudable que los pueblos civilizados son menos valerosos que los pueblos salvajes.

Para remediar desde este punto de vista las consecuencias del régimen escolar, M. Maneuvrier recomienda los ejercicios físicos, “el *sport*” a la inglesa. No le contradecemos, pero no hay que olvidar que el valor encuentra ocasiones de mostrarse fuera de los ejercicios del cuerpo. Se habrá favorecido en

cierta medida la energía valerosa del niño acostumbándole a afrontar sin timidez las pruebas de las preguntas, de la exposición oral en el encerado ante unos compañeros no siempre benévolo o delante de extraños cuando se presenta la ocasión; y de un modo general, si se le acostumbra a abordar con resolución las dificultades del estudio. El discípulo laborioso y estudioso es valiente a su manera.

Respetando la espontaneidad del niño, germen de su independencia y de su libertad, dando a su instrucción todas las ocasiones legítimas de ejercitarse, evitando todos los procedimientos de disciplina violenta “que quiebran las voluntades del niño”, es como se fortificará su voluntad.

No serviría de nada y hasta podría ser peligroso el desarrollar la voluntad si a la fuerza que se crea en el niño no se asociase la idea del bien y del deber, de la que la voluntad debe ser instrumento. La voluntad, en efecto, puede ser en sí misma tanto obrera del vicio como de la virtud. Los grandes criminales poseen voluntad a su manera. Se puede querer el mal con la misma energía que el bien. Es, pues, la voluntad del bien la que hay que procurar educar y afirmar, lo que equivale a decir que

el cultivo de la voluntad no debe separarse del de la razón ni del de la consciencia moral. Sepamos querer, pero no lo que no esté conforme con las leyes de la honradez.

Y ya sabemos cómo podemos lograrlo. En la autosugestión estriba todo el secreto. Si por medio de ella hacemos que en nuestra mente sólo fructifiquen los pensamientos honestos y elevados, elevadas y honestas serán nuestras acciones.

A eso debe tender, pues, la educación espiritual y la de la sensibilidad y el carácter que nos han ocupado en estos últimos capítulos, dedicados casi exclusivamente al niño que ha de ser quien prosiga la tarea de perfección por nosotros comenzada.

El niño que mañana será hombre imbuído en estas ideas que forman el cuerpo de enseñanzas del Nuevo Pensamiento, estará capacitado para avanzar un paso más por la senda de la Perfección de la Raza, hacia la que los hombres de hoy le habremos impulsado transmitiéndole nuestros Ideales y ofreciéndole como ejemplo nuestra Conducta.

Conducta e Ideales son la base sobre que se asienta la Perfección de la Raza.
